

LAIA SINCLAIR

**Mientras
estés a mi lado**

Rancho Triple K

Contemporánea



Mientras estés a mi lado
Laia Sinclair

©Laia Sinclair 2019

© para esta edición DirtyBooks Sweetystories

<http://sophiewestautora.wix.com/sweetystories>

Diseño editorial DirtyBooks

<http://sophiewestautora.wix.com/dirtybooks>

Primera edición mayo 2019

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida la difusión. Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

[Introducción](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Epílogo](#)

Introducción

El aeropuerto del Prat era una locura a aquellas horas de la mañana. Fui previsora, como es normal en mí, y salí de casa con más de hora y media de antelación y, a pesar de ello, llegaba con el tiempo justo.

—Hay que ver cómo está el tráfico —comentó la causante de gran parte de mi retraso—. Deberían hacer algo para evitar esos embotellamientos. No tienen vergüenza.

—Sí, mamá. —Había perdido la cuenta de las veces que había respondido lo mismo.

Quiero a mi madre. De verdad la quiero, más que a nadie en el mundo, pero a veces deseaba tenerla lejos. Llevaba cinco días empeñada en acompañarme al aeropuerto cuando tuviera que partir hacia Venecia, y no había podido convencerla de que no lo hiciera. «No es necesario, mamá», le repetí hasta la saciedad, pero ella siempre tenía buenas razones que convertían mi negación en un acto egoísta o absurdo.

«Si voy contigo luego podré llevarme el coche y te ahorras el parking, ¡está carísimo, hija! Y la cosa no está para derroches». Al final siempre acababa cediendo, aunque no quisiera.

Yo sabía que esas no eran las verdaderas razones. A veces me siento culpable por pensar mal de mi madre, pero los treinta y tres años de relación con ella han acabado afinando mis sentidos. Marga no solo quería que me ahorrara ese dinero que ella sabía que no necesitaba ahorrar, también quería asegurarse de que sería quien me recogiera al volver. Ella es así; es controladora, se preocupa en exceso, y quiere ser la primera siempre en enterarse de todo lo concerniente a mi vida, normalmente para darme consejos que no he pedido o contarme exhaustivamente lo que ella habría hecho en mi lugar.

«Creo que eso es porque no tuve hermanos», pensé con hastío en ese momento. «Si los hubiera tenido al menos repartiría la atención entre todos».

Sí, quiero mucho a mi madre, pero estaba cansada de que estuviera siempre encima de mí.

—Ten mucho cuidado, no vayan a robarte la maleta al llegar, que está el

mundo lleno de ladrones, sobre todo allí. En Italia son muy pillos. —Marga siguió hablando, pero solo cuando paré el motor del coche tras maniobrar para aparcar volví a escucharla. Era como un ruido constante de fondo al que una acababa por acostumbrarse.

—Sí, mamá —respondí mecánicamente.

—Los italianos son un peligro —siguió ella—. Con eso sí has de tener cuidado. Cuando fuimos tu padre y yo en aquel viaje que nos tocó en la tele, no hacían más que acosarme. Son unos sinvergüenzas. Ten cuidado si sales, no vayan a echarte droga en la bebida.

Estábamos solas en el coche, pero eso no me evitó sentir vergüenza ajena. Suspiré y quité las llaves del contacto para dárselas a mi madre, que las cogió de inmediato y se las guardó en el bolso.

—Sí, mamá.

—Son muy zalameros, y tramposos. Ten ojo con los negocios, ¡que no te estafen! —La cosa iba escalando. Me miré en el espejo retrovisor y me coloqué un mechón de pelo que se me había salido del moño—. Ay, hija, y la mafia... ¡No había pensado en la mafia! Ten cuidado, por Dios, ¿te has asegurado de que el que te ha contratado no sea un mafioso?

—No lo es, mamá. —Miré el reloj del móvil.

—Estoy muy contenta de que viajes por tu trabajo y de que tu empresa se esté expandiendo..., pero la verdad es que estaría mucho más tranquila si te expandieras más cerca de casa, ¿sabes? Entre españoles, que al menos los conocemos.

—No me voy a Tanzania, mamá —respondí armándome de paciencia—. Italia está cerca y solo será una temporada. Es una gran oportunidad y seguro que los italianos no son como tú crees. A lo mejor deberíais viajar un poco más papá y tú y no esperar a que os toquen los viajes en los concursos.

—Las cosas no están como para derrochar, hija. No, no. Además, a tu padre nada le llama la atención, él está feliz en casa rascándose la tripa —dijo con evidente tono de reproche, con esa gracia que tiene para lanzarlos sin que se note apenas—. Nos dejas muy preocupados, ¿sabes? ¿Nos llamarás todos los días?

Estaba más que acostumbrada al chantaje de mi madre pero eso no lo volvía algo más digerible. Odiaba que me hiciera eso. Odio que me lo haga,

hay cosas que nunca cambian. Suspiré, colgándome el bolso del brazo y abriendo la puerta del conductor.

—Claro que sí, mamá, siempre lo hago cuando salgo. No tienes por qué preocuparte tanto, no va a pasarme nada.

—Pero las cosas...

—Las cosas nunca están bien, mamá, y si me quedo encerrada aquí por eso no haré nada en la vida —repliqué perdiendo un poco la paciencia.

Marga bajó rápidamente del coche y fue a abrir el maletero, adelantándose a mí. Agarró mi maleta y la descargó antes de que pudiera hacer nada.

«Odio que haga esto».

—Sabes que estoy muy orgullosa de ti y que...

—Te alegras de que mi negocio se esté expandiendo y tenga éxito, sí —terminé la frase por ella—, pero no te quedas tranquila si no estoy cerca de casa porque no confías en mí.

—Hija, no es eso...

—Mamá, sí es eso —dije quitándole la maleta de la mano y cerrando el maletero de un portazo. No me gustaba ser tajante con mamá pero al final siempre me obligaba—. Me estás haciendo perder el tiempo y voy a perder el avión.

—Pero..., Esther...—comenzó a poner su cara de dolida, tantas veces reproducida que apenas me causó un ligero hormigueo de culpa.

Cada vez tenía más ganas de salir volando de allí.

—No. No tengo quince años, mamá, basta con que me digas una vez que tenga cuidado y me cuide, ya sé que te preocupas pero no tienes que recordármelo cada minuto que pasa, y tampoco tienes por qué hacerlo. Soy una mujer adulta. Y voy a perder el avión, así que me tengo que ir ya —dije enfatizando esa última palabra con más brusquedad de la que hubiera deseado.

Marga puso ojos de cordera, pero estaba demasiado cansada para que surtiera efecto en mí.

—Sí..., tienes razón. Es verdad. Soy muy pesada, pero es que si te pasa algo me muero. —Marga se acercó y sin pedir permiso intentó agarrar mi maleta—. Deja que te ayude.

—No, no hace falta. Ya se está haciendo tarde, iré mejor sola, y tú tienes

que volver ya a casa. Yo me las apañaré.

Mi madre se tensó como la cuerda de una guitarra. Sus ojos se estrecharon en dos rendijas y casi pude sentir como el ambiente bajaba varios grados de temperatura a su alrededor. Estaba dolida, sí, pero yo estaba harta.

Ignorando su gesto pasivo agresivo la abracé y le di dos besos en las mejillas que ella correspondió con frialdad.

—Te llamaré todos los días, no te preocupes por nada, serás la primera en enterarte de todo —le dije para suavizar un poco la cosa.

—Vale... Vale. Adiós, hija —respondió ella con sequedad—. Que tengas mucho éxito.

Al tomar asiento en el avión sentí que la tensión en mis hombros se relajaba, como si hubiera dejado atrás un enorme peso. Casi podía imaginarme a mi madre esperando en el parking, viendo los aviones despegar sabiendo que en alguno de ellos iba su desagradecida hija. Seguramente pasarían un par de días hasta que se le pasase el enfado y la decepción conmigo.

Mi intención nunca había sido decepcionarla, ni tratarla mal, pero su actitud a veces conseguía rebalsar mi paciencia. Y no es que yo tuviera poca.

La quiero, y le debo mucho. Sin mi madre no habría llegado donde estoy, y eso es algo que tengo siempre muy presente. Le estoy infinitamente agradecida por haberme empujado para llegar lejos, y por haberse esforzado más allá de sus posibilidades para que pudiera estudiar y hacer todo lo que ella no pudo. Siempre tuve su apoyo, y el de papá, gracias a los dos pude estudiar la carrera de arquitectura. En su día, aquello me pareció una locura, ¿cómo iban a pagarme mis padres una carrera tan cara? Marga tenía un sueldo paupérrimo de limpiadora, y mi padre, Josep, trabajaba en una fábrica por un dinero también irrisorio. Se esforzaron mucho por darme un porvenir ya que las becas a duras penas daban para sufragar todos los gastos. Después, una vez pude entrar en el mundo laboral, me esforcé mucho por devolverles el dinero que habían invertido, pero si he llegado tan lejos en parte ha sido por la cabezonería de mi madre, tan buena para unas cosas, y tan mala para otras.

«A veces me ahoga», pensé con cierta culpa, ahora sí, suspirando. Miré por la ventanilla, preguntándome si seguiría en el parking y adivinando todo lo que estaría pensando sobre mí. «Es muy controladora...Y es cierto que no

confía en mí. Tendrá que ir aprendiendo a hacerlo».

Y la verdad es que no todo fue gracias a mi madre. Yo trabajé muy duro y demostré mi valía, y al terminar la carrera tuve la suerte de entrar en prácticas en el estudio de Arturo Mediavilla. Mi trabajo los impresionó tanto que en menos de un año tenía un contrato fijo con ellos. El estudio Mediavilla tenía fama a nivel mundial y un gran prestigio entre los entendidos. Tenían edificios emblemáticos con su firma en todo el mundo, trabajaban para grandes multinacionales, bancos, e incluso gobiernos. El señor Arturo, en cuanto vio mi potencial, no me dejó escapar y su fe en mí nunca ha sido defraudada. Con el tiempo y el trabajo constante y metódico conseguí ganarme la confianza del maestro arquitecto, que en cuanto me oyó hablar de mis propios sueños y proyectos, decidió apoyarlos también sin ninguna condición.

Cuando le conté mi proyecto para restaurar edificios antiguos y convertirlos en nuevos espacios llenos de modernidad y nueva vida no se lo pensó dos veces a la hora de animarme, y también me ofreció convertirme en su socia abriendo una filial independiente del estudio en la que yo tendría todo el poder de decisión y que se dedicaría exclusivamente a la restauración, reforma y reacondicionamiento de edificios históricos. Aquella fe se vio recompensada cuando me ofrecieron la restauración de un palacio modernista en plena Barcelona. Aquel proyecto, en el que convertí una ruina en un hotel ecléctico y respetuoso con su espíritu modernista completamente integrado en la ciudad moderna, me granjeó varios premios y fui reconocida a nivel internacional.

Pensándolo bien, y a pesar de detalles como la relación con mi madre, yo estaba satisfecha con mi vida.

«Mi vida es mi trabajo, y va viento en popa», pensé, animándome.

Habría gente a la que eso le resultaría triste, pero para mí no tener mucha vida social por el tiempo que dedicaba a la arquitectura no era un problema. Mi vida amorosa tampoco era para echar cohetes, pero es que mi pasión era mi trabajo, y aunque algunas de mis amigas se empeñasen en que buscara pareja, yo no estaba interesada.

¿Y a qué hombre le interesaría una mujer como yo? Para mí el trabajo era lo primero, y tenía las cosas muy claras. Sabía que los hombres se sentían amenazados por eso, al fin y al cabo, quieren ser el centro de la vida de sus parejas, y yo no estaba dispuesta a ceder en eso, ni en nada, en realidad. Me

gusta ser independiente y, además, estar sola nunca ha sido un problema para mí, y de hecho me permitía invertir el tiempo en lo que yo escogiese.

«Sí, las cosas me van muy bien. No puedo quejarme. Viajar a Venecia para restaurar un palacete del siglo XVI es una oportunidad de oro, y no voy a desaprovecharla ni a dejar que nada me amargue el viaje».

Desde que Dante Macchi, el dueño del palacete, se había puesto en contacto conmigo no había podido dejar de planear y pensar en cómo sería aquel edificio. Aún no lo había visto, ni siquiera por fotos, mi cliente prefería que lo viera in situ y me tomase mi tiempo para estudiarlo, pero ir a ciegas me ponía un poco nerviosa. Las condiciones de Venecia son únicas y muy distintas a las de Barcelona, y no estaba segura de poder encargarme de algo así, pero me esforzaría al máximo, y haría lo imposible por hacerlo. A pesar de esas ansiedades, el reto me llenaba de ilusión y energía, me pondría a prueba, y eso me encantaba.

Y además, que el trabajo fuera en Italia, a cientos de kilómetros de mi madre, no dejaba de ser positivo. Significaba que no la tendría en casa cada dos por tres, llamándome al timbre o reclamando mi atención con cualquier excusa. Podría estar centrada del todo en lo que debía hacer, sin interferencias de ningún tipo durante mi horario de trabajo.

El avión comenzó a elevarse, sacándome de mis ensoñaciones. Me pegué al asiento y cerré los ojos, dejando pasar la ligera sensación de vértigo que me provocaba el despegue. Cuando el aparato se estabilizó en el aire, suspiré aliviada y me desabroché el cinturón, acomodándome en el asiento.

Había imaginado multitud de posibilidades, había recreado el palacio en mi mente, y todo lo que podría hacer allí, pero lo que no me había atrevido a imaginar era cuánto iba a cambiar mi vida aquel viaje.

Capítulo uno

El *palazzo* estaba hecho una ruina.

Lo supe el día en que mi madre me habló de él, cuando le confesé que estaba harto de mi vida y quería hacer algo con ella porque ya no me bastaba el no hacer nada solo para enfurecer a mi padre. Había sido el eterno adolescente durante demasiados años, rebelándome como un crío ante la posibilidad de que me engullera a su mundo de la política y la ambición.

Soy un Macchi muy extraño, y tengo plena conciencia de ello. El garbanzo negro de la familia. El inútil que no ha hecho nada con su vida, excepto dilapidar la asignación que sus padres podridos de dinero le dan generosamente, viviendo a un ritmo frenético, llenando mi agenda de nombres y teléfonos de mujeres voluptuosas, dejándome ver llevando del brazo a actrices y modelos. Un Casanova moderno que, en la mejor tradición, huía por las ventanas de sus amantes casadas cuando el marido llegaba a casa, y seducía a bellas turistas que venían a Venecia ávidas de alguna aventura insustancial.

El día que mi madre me habló del viejo Palazzo della Luce, yo estaba hundido. Hannah, mi Hannah, la mujer de la que me había enamorado como un idiota, había regresado a Estados Unidos del brazo del amor de su vida, un americano grandote y con malas pulgas que no había sido capaz de aceptar que la amaba hasta que ella huyó de Cascade, el pueblo donde había nacido y se había criado, harta de sufrir por amor, para venir a Venecia a redescubrirse.

No recuerdo exactamente sobre qué hablábamos. Yo estaba tirado en la cama, agarrado al teléfono móvil con desgana, mientras mi madre, desde Roma, me contaba sus tonterías. Yo iba diciéndole que sí a todo, sabiendo que eso era lo único que esperaba de mí, cuando me dijo que papá estaba furioso porque el ayuntamiento de Venecia se había puesto en contacto con él porque el viejo Palazzo della Luce estaba cayéndose a pedazos y podía llegar a comprometer la integridad de los edificios adyacentes.

—Está hecho una furia —me dijo—, y se ha empeñado en venderlo por cuatro perras. ¿Te lo puedes creer?

Estaba mucho más afectada de lo que quería dejarme ver. El viejo palacio

había sido de su familia durante más de diez generaciones, y formó parte de la herencia que el abuelo, su padre, le dejó a ella. Mamá había querido invertir en él para restaurarlo desde el mismo día de la boda, pero papá siempre se había opuesto aduciendo que tenían que invertir todas sus fuerzas en su carrera política.

—Podríamos restaurarlo y convertirlo en un hotel —dije yo, sin pensar demasiado en ello.

—¿Un hotel?

—Bueno, sí —contesté, dudando, dándome cuenta de que estaba metiéndome en problemas—. En Venecia un hotel es un negocio seguro, ya lo sabes. Aunque haría falta mucho dinero para ponerlo en condiciones.

—Eso no es problema. La abuela me dejó una fortuna que está pudriéndose en el banco. —Se estuvo un rato callada. Yo sabía que su cerebro se había puesto en marcha a toda velocidad, evaluando los pros y los contras de la idea—. ¿Te encargarías tú?

Me sorprendió que me lo ofreciera. Siempre he sido la oveja negra, el inepto que no es capaz de llevar a término ninguno de sus proyectos. Cuando los he tenido, algo que no ha sido muy a menudo.

Pero en aquel momento, me acordé de nuevo de Hannah y de la manera en la que había reconducido su vida, mandando al diablo las expectativas que su familia tenía sobre ella, librándose de obligaciones impuestas, y había viajado hasta Venecia (para ella, la otra punta del mundo), para hacer realidad sus sueños.

¿Podría hacerme cargo de un proyecto así? ¿Estaba preparado para ello?

«No lo sabrás si no lo intentas», me dije.

—Por supuesto.

Así fue como la restauración y reforma del Palazzo della Luce se convirtió en mi proyecto personal, el que cambiaría mi vida para siempre, y les demostraría a todos (sobre todo, a mi padre), que no era un inútil, y que había terminado con mi faceta de rebelde sin causa.

Pero el *palazzo* era una verdadera ruina. La estructura principal seguía en pie y parecía sólida; pero las paredes estaban llenas de grietas y humedades;

las escaleras estaban todas levantadas y, algunas, medio destruidas; los techos habían perdido la mayoría de frescos originales e iba a costar mucho recuperarlos, si es que era posible. Las partes de madera estaban podridas y habría que renovarlas todas.

Un desastre.

Me costó mucho encontrar a la persona adecuada para llevar a cabo el proyecto. Hablé con muchos estudios de arquitectura, pero pocos se dedicaban a la restauración; y de los pocos, ninguno me convenció.

Hasta que un amigo arquitecto me habló del estudio de Esther Blanch, una especie de filial del de Arturo Mediavilla, un reputado arquitecto de fama internacional, y que se había especializado precisamente en lo que yo necesitaba.

Sí, iba a conseguirlo. No importaba lo difícil que fuese. El Hotel della Luce sería una realidad en pocos meses, y la jet set internacional haría cola para alojarse aquí.

—Hannah estará orgullosa de mí cuando lo sepa.

«¿Cuándo lo sepa? Mejor contárselo yo mismo», me dije.

Hannah no solo había sido la mujer de la que me enamoré, sino la persona que me enseñó a valorarme por mí mismo, y me descubrió un mundo en el que las personas no importaban por lo que tenían en el banco, sino por sus acciones, por su corazón y sus sentimientos. Hizo que me mirara en el espejo y que no me gustara lo que veía en el reflejo.

Cuando se marchó, me quedé destrozado, pero también me dejó un gran regalo que atesoraré toda la vida: una amistad sincera y honesta.

Así que no me lo pensé más y la llamé.

—¿Hannah?

—¿Dante? ¡Qué alegría! No te lo vas a creer, pero ahora mismo estaba pensando en ti.

Oí de fondo la voz de Mac gruñendo algo así como: «¿qué quiere este capullo a estas horas?».

Sonreí como el granuja que soy. Picar a Mac siempre era un placer y no iba a dejar pasar esta oportunidad.

—¿Estabas pensando en mí? ¿No será que te has planteado dejar a ese

paleto sin futuro que oigo gruñir, y volver a Venecia conmigo?

«¡Será mamón el desgraciado!» lo oí gritar de fondo, y no pude evitar soltar una carcajada. Había supuesto que Hannah tendría el móvil con el altavoz puesto, y había acertado. Mac me había oído perfectamente.

—¡Mac! —exclamó Hannah—. ¿Siempre tienes que ponerte así cuando hablo con Dante? —parecía enfadada, y eso sí me supo mal. No sé qué contestó él, porque no lo oí, pero ella añadió—: Pues mejor te vas haciendo a la idea, porque es mi amigo y no voy a dejar de hablar con él, ¿entendido?

Sé que Mac nunca dejará de sentir celos de mí. Yo fui el hombre que estuvo a punto de conseguir que Hannah lo olvidara definitivamente, y me siento en la obligación moral de recordárselo siempre que puedo.

—Sigue siendo un gruñón —le dije, riéndome.

—Y tú un diablo con apariencia de ángel —me contestó Hannah, intentando no echarse a reír—. ¿Por qué lo haces?

—¿Lo de picarle? Para que no olvide que si no se comporta contigo como debe, te perderá.

—Siempre se comporta conmigo como debe. Desde que decidió aceptar lo que sentía por mí, se ha convertido en el mejor hombre que una mujer puede tener a su lado. —Se calló durante unos segundos como si dudara en seguir hablando. Quizá temió hacerme daño con lo que dijo a continuación—: Es súper cariñoso conmigo, Dante. Ha cambiado mucho, y cada día que pasa, le quiero más.

—Me alegro mucho por ti, *cara*. Pero, entonces, ¿por qué estabas pensando en mí?

Se echó a reír y el sonido de su risa fue como un bálsamo para mi alma. Hannah siempre sería especial para mí sin importar qué rumbo tomara mi vida.

—Porque hoy nos han dado una noticia y tenía ganas de compartirla contigo. ¡Adivina! ¡Estoy embarazada!

Me alegré por ella, por supuesto, aunque eso la alejara más de mí todavía. Supongo que en algún pequeño rinconcito en mi interior, todavía tenía la esperanza de que ella decidiese volver conmigo. Y, con la noticia de su embarazo, supe que era infundada. Mac Rayne era el amor de su vida, y nunca lo dejaría.

—Eso es maravilloso. —Intenté que mi voz sonara alegre, aunque no pudiese compartir su felicidad—. Estarás radiante. ¿Podré ser el padrino?

Hice la pregunta sin pensar, pero después de soltar la bomba, me di cuenta de que realmente me hacía ilusión.

—¿Tú? ¿En serio? —Que pareciese sorprendida me dolió, mucho—. No te imagino con una responsabilidad así, Dante. Eres el eterno adolescente.

—Bueno, supongo que he madurado, y tú eres responsable de ello. Precisamente por eso te llamaba, para darte la noticia de mi madurez: voy a convertir el viejo palacio de mi familia en un hotel.

—Dios mío, eso no es una noticia, ¡eso es un milagro! ¿Y cómo surgió la idea?

Se lo conté a grandes rasgos, el problema que había con el ayuntamiento de Venecia, el empeñamiento de mi padre por venderlo para quitarse problemas de encima, y la negativa de mi madre de deshacerse de su herencia.

—Así que, ya ves, he madurado mucho. Antes de conocerte ni siquiera me habría planteado hacer algo así, pero tú me enseñaste que, si uno se empeña en ello, puede cambiar el curso de su propia vida. Por cierto, ¿cuándo será tu primera exposición? Porque te prometí que allí estaría, y pienso cumplirlo.

Hannah es pintora. Gran parte del tiempo que pasó aquí en Venecia lo dedicó a hacer bocetos de todo lo que veía.

Seguimos hablando durante un buen rato y, por mucho que yo intentaba estar feliz por ella, sentía que en mi interior algo se quebraba. Tenía el convencimiento de que al perderla a ella había perdido también mi única oportunidad de ser feliz. Hannah había sido la única mujer (aparte de mi prima Gia), que no se había dejado engañar por mi superficialidad y había visto lo que siempre mantengo escondido a todo el mundo, incluso a mí mismo.

Cuando colgué el teléfono me quedé mirando la pantalla durante un buen rato, con un sabor agridulce en la boca. Me alegraba de que Hannah fuese feliz, de verdad, pero me hubiera alegrado mucho más si fuese yo el motivo de su felicidad.

«Tengo que quitármela de la cabeza y seguir adelante con mi vida», me dije, sabiendo que era cierto pero que también iba a ser muy difícil. Miré a mi alrededor y me sentí igual que debía sentirse el *palazzo* en el que estaba: medio en ruinas, desastroso, atacado por la podredumbre y la suciedad.

Y vacío. Terriblemente vacío y solo.

Hannah había llenado mi vida de alegría y honestidad. Había ahuyentado todo lo que me hacía un mal hombre, y me había convertido en alguien mucho mejor. Cambió mis hábitos, olvidé las fiestas, los excesos, las locuras y las amantes de una sola noche y, aunque al marcharse estuve tentado de volver a mi vida de disipación, decidí que no lo haría. Ella me había hecho un maravilloso regalo sin darse ni cuenta, y no iba a desaprovecharlo. Por eso acepté cuando mi madre me propuso ocuparme de convertir en hotel un viejo *palazzo* vacío y mugriento que estaba a punto de caerse a pedazos. Y, por eso, no iba a dejar que la tristeza que sentía en aquel momento, me invadiese y me empujase en una dirección que no quería tomar.

Me levanté del viejo sofá en el que me había sentado para hablar con ella, y me sacudí el polvo del pantalón con el mismo vigor con el que me liberé de la autocompasión que amenazaba con obligarme a rendirme.

Tenía cosas que hacer, entre ellas, ir al aeropuerto Marco Polo a buscar a la señorita Esther Blanch para que me ayudara a convertir un edificio en ruinas en un magnífico hotel.

Si conseguía hacer algo así, ¿como no iba a poder rehacer mi vida y cambiar mi destino?

Me quedé adormilada con la música de Ludovico Einaudi sonando por mis auriculares. Cuando desperté se apoderó de mí una extraña sensación de irrealidad. Había quedado con la frente apoyada en la ventanilla del avión y, al abrir los ojos, un paisaje desconocido se extendía a miles de metros bajo nuestros pies. El sol se reflejaba en las marismas, espejando y creando un efecto casi onírico: los caminos formaban serpenteantes dibujos oscuros que se recortaban sobre la luz dorada, y los tejados de las casas parecían las pequeñas teselas de un mosaico vivo y vibrante. Una ligera bruma hacía que todo resplandeciera y creaba una sensación mágica y nostálgica. Aquellas lagunas, con sus casas aisladas y solitarias, eran tan tristes como hermosas, y cuando vi la ciudad surgir de entre las aguas el corazón se me encogió en el pecho. El mosaico abigarrado que era Venecia desde el aire parecía un laberinto flotando en un espejo dorado.

«Jamás he visto nada parecido», pensé sobrecogida, pegada a la pequeña ventana del avión mientras los acordes del piano se encadenaban en un

crescendo maravilloso. Casi no podía creer que estuviera allí y sentí un intenso deseo de perderme por aquellas calles tortuosas y estrechas.

Me di cuenta entonces de que nunca había viajado por placer. Había estado en muchas ciudades europeas, pero siempre por temas de trabajo, raramente me detenía a disfrutar u observar los lugares por puro placer y sin tener la arquitectura en la cabeza. Para mí era muy difícil desligar la arquitectura del disfrute, pero Venecia me ofrecía las dos cosas en bandeja de oro. Una creciente y agradable ansiedad se abrió paso en mi estómago: era ilusión por descubrir lo que la ciudad me ofrecía, desvelar sus secretos, y empapar me de la influencia antigua y mágica de aquel lugar.

«Seguro que me llevaré grandes cosas de este lugar, ¡ya puedo sentir la inspiración».

En el aeropuerto Marco Polo el trajín de turistas era constante. Era un aeropuerto pequeño, pero elegante y extremadamente limpio. Su solo nombre me provocaba unas deliciosas ganas de explorar. Aún me encontraba en aquella nube de ilusión que me había provocado la visión desde el aire e, inquieta, me detuve a esperar en los muelles de los *vaporettos* donde el señor Macchi me indicó que me recogería. Eché un vistazo alrededor, buscando a alguien que sostuviera un cartel con mi nombre, (no tenía ni idea de cómo era Dante físicamente, así que convenimos que aquel sería el modo en que nos reconoceríamos), pero no lo encontré por ningún lado. Debía estar por llegar.

El otoño ya se hacía notar a esas alturas y la brisa que corría era fresca y venía cargada de humedad. El frío no era muy distinto al de Barcelona, por lo que había venido preparada con ropa de abrigo. Saqué una bufanda de mi bolso y me abrigué el cuello mientras me asomaba por una de las barandillas. Desde allí no alcanzaba aún a ver la ciudad al otro lado de la laguna. Los barcos que iban y venían causaban un estruendo tumultuoso y agitaban el agua, que a veces salpicaba sobre los maderos de los muelles. El sol ya comenzaba a caer, tiñendo de un precioso color anaranjado y rosado el cielo y las aguas.

Miré el reloj: el señor Macchi llevaba veinte minutos de retraso. Mi avión había aterrizado a las cinco y diez minutos, y ya eran las cinco y media. Tal vez había tenido problemas. Cogí mi móvil y me dirigí a uno de los bancos de piedra que se disponían frente a los muelles, y marqué mientras me sentaba. Los turistas no dejaban de subir y bajar de los *vaporettos*, que se bamboleaban

con el trajín de sus idas y venidas.

Una voz en italiano me invitó a dejar un mensaje en el buzón de voz del señor Macchi. Tenía el móvil apagado. Suspiré y apagué la pantalla del móvil, apretándolo entre mis dedos.

«Me han engañado». Quise evitar esos pensamientos, pero acudieron a mí amenazando con convertirse en la voz de mi madre. «Me han dejado tirada».

Tomé aire profundamente y realicé varias respiraciones, conminándome a la calma. No iba a dejar que mi imaginación se disparase. Al principio funcionó, durante media hora pude controlar mis nervios, pero cuando ya llevaba hora y media esperando, la ansiedad era una bola punzante en mi estómago y todos los pensamientos funestos cayeron sobre mí como una avalancha.

«Mi madre tenía razón», pensé, retorciéndome las manos nerviosamente. «Al final, siempre tiene razón. Los italianos son unos informales. Seguramente se ha echado atrás y ni siquiera me ha avisado. Pues se va a enterar. Le voy a montar un pollo».

Aún disfruté media hora más de espera en plena ansiedad, mientras un sinfín de escenarios se desplegaban en mi mente, ofreciéndome un entretenido teatro en el que yo acababa plantándome en casa de ese tal Dante a cantarle las cuarenta y decirle que iba a disfrutar de aquellos días de vacaciones pagadas a su costa.

—¡¡Esther!! ¡¡Señorita Esther Blanch!!—Una voz varonil retumbó sobre el ruido estruendoso de los *vaporetos*.

Me puse en pie, guardando el móvil con un gesto brusco, y entonces vi a un hombre agitando un cartel con mi nombre mientras bajaba apresuradamente al muelle, empujando a la gente que se arremolinaba para subir al transporte.

Decidida, caminé hacia él y fijé en él una mirada helada como un témpano.

—¿Es usted el señor Dante Macchi?

—Sí, y usted debe ser Esther Blanch —dijo con tono contrito, estirando la mano en busca de la mía. Se la tendí con un gesto que habría enfriado el Caribe. Su apretón fue firme, pero bajó la cabeza apurado—. Siento el retraso, lo siento de veras. Se me han acumulado los problemas.

Se dirigía a mí en un español casi perfecto, de no ser por el musical acento que le confería su origen italiano. Era un chico joven, de mi edad, más o

menos, lo cual me sorprendió, ya que esperaba a alguien más mayor como encargado de un proyecto así. Llevaba el pelo un poco largo para mi gusto, ondulado, le rozaba los hombros y era castaño con algunos reflejos de color miel. Sus ojos eran oscuros también, castaños, y evitaban mirarme fijamente. Yo estaba tan enfadada que no reparé demasiado en él en ese momento. Su nariz aguilina, el mentón afilado y sus labios carnosos y masculinos pasaron a mi subconsciente con rapidez y su impresionante atractivo, unido a los vaqueros ajustados a su figura esbelta y la elegante chaqueta que revelaba una cintura estrecha y un pecho firme, chocaron de frente con un muro alzado a base de irritación y rencor por su retraso.

—Mi avión ha llegado a las cinco y diez, sin retrasos —respondí con tono árido. Él me estrechó la mano con calidez antes de soltarla, y yo la guardé rápidamente en el bolsillo de mi chaqueta, mirándole inclemente.

—Sí, y de verdad lo siento, como le he dicho —replicó, inclinando de nuevo la cabeza—. Cogí la lancha para venir personalmente a por usted, pero se ha averiado, así que he tenido que tomar el *vaporetto*, y da toda la vuelta. Tarda muchísimo el maldito.

—¿Más de dos horas? —pregunté con evidente resquemor.

—Bueno, antes he tenido que buscar un mecánico —se explicó apresuradamente.

—¿Y no podía usted tener el móvil encendido? He pensado toda clase de cosas.

—Ha sido un cúmulo de infortunios, no me di cuenta de que tenía la batería baja y... no he podido llamarla, y para colmo había cola en el *vaporetto*.

«Será guapísimo, y vestirá muy bien, pero es un impresentable», pensé, decepcionada con el recibimiento. Uno podía ser informal, pero hacer esperar a una persona a la que vas a contratar, durante dos horas en un aeropuerto, no es nada aceptable. «Pero, al fin y al cabo, este es el hombre que va a pagarme por el trabajo».

Traté de serenarme con aquel pensamiento. No podía comportarme como una rancia nada más verle, por muy merecido que se tuviera que le dijera cuatro cosas a la cara.

«Tiene toda la pinta de ser un juerguista: elegante pero informal, media

melenita de hippie, y esa sonrisita de bribón que tiene aunque se esté disculpando por su retraso. Seguro que ha estado de fiesta y no se ha acordado de que tenía que recogerme hasta ahora». El teatro seguía en mi mente.

—Está bien, no importa —dije al fin, después de hacer una inspiración profunda y llamarme a la calma—, pero vayamos al *vaporetto*, estoy deseando llegar al hotel, me he helado aquí.

Cogí la maleta y me dispuse a seguirle cuando me la quitó de la mano, inclinando la cabeza como para pedir permiso mientras lo hacía. Estuve a punto de quitársela de un tirón, pero entonces pensé que se lo merecía, que como poco tenía que hacerme de porteador por haberme tenido allí esperando tanto tiempo, con la humedad calándome los huesos.

—En realidad, no es un hotel —dijo mientras se ponía en marcha y me ofrecía el brazo.

Ignoré su gesto. No me gustaban esas galanterías, ni que ahora comenzase a comportarse como un caballero después de lo que había hecho.

—¿Tiene más sorpresas reservadas? Porque me gustaría haber sabido de estos pormenores antes de emprender el viaje —repliqué.

«Habías decidido calmarte», me recordé, y volví a respirar.

—Es un apartamento, *signorina* —dijo con una sonrisa sesgada, como si estuviera mostrándome un as en la manga—. Allí se encontrará más tranquila. Además, mi prima vive en el mismo edificio y le echará una mano con lo que necesite. El sitio está cerca del *palazzo*, y estoy seguro de que va a encantarle.

—Oh... Vaya, gracias —dije sorprendida, consciente de que había estado a la defensiva. Carraspeé, algo incómoda de pronto.

Tal vez mi imaginación se había disparado y le había cosido un traje equivocado al señor Macchi. Odio los retrasos, pero si lo que decía era cierto podría estar más tranquila que trabajando desde un hotel, y eso era algo que agradecer, siempre y que él y su prima no me molestasen demasiado fuera del tiempo que tuviéramos que dedicar a tomar decisiones juntos.

Con el ánimo renovado, imaginando la ducha caliente que iba a darme nada más llegar, seguí a Dante hasta el interior del *vaporetto*, y me senté en uno de sus incómodos y duros asientos de plástico.

Cuando la barcaza comenzó a moverse, bamboleante, y salimos a la laguna, la incomodidad dejó de importarme al ver el intenso color anaranjado

del cielo y la bola roja en la que se había convertido el sol mientras se hundía en las aguas agitadas.

La primera impresión que tuve de la señorita Blanch no fue muy agradable, en la misma medida en que la que tuvo ella de mí no fue muy afortunada. Lo que le había contado era cierto, pero no pareció que se creyera ni una palabra. Su aspecto tan... anodino, contrastaba enormemente con el fuego que vi en sus ojos mientras estaba enfadada conmigo. Al principio creí que no me gustaba, pero cuando mi mente voló (como siempre) hacia terrenos más íntimos, pensé que había formas mucho más agradables en las que enfocar esa pasión y esa lengua afilada.

La observé detenidamente mientras el *vaporetto* cruzaba la laguna. Su rostro se había relajado en cuanto el barco se puso en marcha y cerró momentáneamente los ojos para dirigirlo hacia el sol que lucía en el cielo anaranjado, ya despidiéndose del día.

—Es una pena que sea tan tarde —le dije en un murmullo, casi temiendo molestarla.

—¿Por qué?

—Porque cuando llegemos ya será de noche y no podrá disfrutar de su auténtico esplendor. Aunque Venecia de noche también es preciosa.

—¿Es usted un romántico? —me preguntó, entrecerrando los ojos, en un tono frío y acusatorio que hizo que me estremeciera.

—¿Yo? En absoluto —exclamé con horror, y miré hacia otro lado, dando por terminada la conversación.

Era una lástima, pensé, que fuese tan arisca como un gato salvaje, porque era muy guapa. A pesar de llevar el pelo castaño recogido en un moño severo que le daba un aire estricto de señorita Rottenmeier, o de su ropa, anodina y sin personalidad. Debajo del traje chaqueta que llevaba puesto, de un color gris muy oscuro, se adivinaba un cuerpo perfecto, con las curvas justas en los lugares indicados, y los pantalones, a juego con la chaqueta, escondían unas piernas largas que seguro eran tan bonitas como su rostro.

—Menos mal. Por un momento temí que lo fuera.

La miré con curiosidad. Frunció los labios con desagrado, y no pude evitar fijarme en ellos. Eran bonitos, como de muñeca, perfectamente delineados a

pesar de no llevarlos maquillados. Me miró con una interrogación en los ojos, y yo sonreí como un estúpido. Me había pillado pasándome la lengua por mis propios labios, imaginándome cómo sería besarla, y me sentí un idiota.

—Pues puede estar tranquila, señorita Blanch.

Podría haberle dicho que no entraba en mis planes intentar seducirla, pero mi mente me traicionó pensando que, si hubiera sabido que era tan guapa, la habría instalado en un apartamento al lado del mío, en lugar de al lado de mi prima Gia. Pero me lo quité rápido de la cabeza porque ella no estaba aquí para hacer turismo, ni para retozar entre mis sábanas de seda. Había venido a trabajar, para ayudarme en el proyecto que iba a marcar mi futuro, y no podía dejar que un calentón lo echara todo por la borda. Aunque fuese muy guapa y me sintiese irremediamente atraído por ella. Al fin y al cabo, siempre me había enamorado con la misma facilidad y la misma frecuencia con la que la gente suele cambiarse de ropa interior; por lo menos, hasta conocer a Hannah.

Sonreí con satisfacción al darme cuenta de que me sentía atraído por la señorita Blanch sin que el recuerdo de Hannah se interpusiera, porque eso significaba que mi corazón estaba empezando a sanar.

No iba a seducir a Esther Blanch, pero era bueno saber que deseaba hacerlo. Sobre todo porque sería muy interesante descubrir qué ocurría cuando perdía la compostura y se soltaba el pelo. Era tan fría, arisca y estirada, que provocarla era toda una tentación.

«Contrólate y céntrate —me dije—. Enfócate en tu objetivo de cambiar tu propia vida, y no en bajarle las bragas. Ella es tu empleada, ¿de acuerdo? Aunque no tengas ni idea de qué significa eso».

Me propuse ser amable con ella, a pesar del desafortunado inicio, y empecé a hacerle un poco de guía contándole algunas curiosidades de los lugares que íbamos viendo desde el *vaporetto*.

Le hablé de Murano y su tradición vidriera, del museo del Vetro y de la iglesia de Santa María y San Donato, una construcción del siglo VI en cuyo interior se guardan las reliquias del santo y los huesos del dragón que mató con valentía y arrojo. Me miró con suspicacia ante esta última información, y tuve que jurarle que la historia era cierta y que no me la acababa de inventar.

Al pasar por delante de la isla de San Michele no pude evitar contarle la macabra historia de cómo llevaban allí a los fallecidos por culpa de la peste; lo hice con voz tétrica y poniendo mucho énfasis en las partes más siniestras.

Era un viejo truco que había utilizado a menudo con las turistas, para hacer que se arrimaran a mí buscando que las abrazara, sobrecogidas por el horror de mi relato. Pero Esther permaneció impassible y solo comentó que había sido encomiable que los venecianos fuésemos tan prácticos y precavidos como para enviar a una isla deshabitada los cuerpos de los muertos que no podíamos enterrar, para que no siguieran propagando la enfermedad.

—Si te apetece, durante los ratos de ocio puedo hacerte de guía y enseñarte Venecia. Es una ciudad que debe visitarse a fondo —me ofrecí sin pensar, empezando a tutearla sin darme cuenta—. Nací aquí, y aquí pienso morir cuando llegue la hora.

—Por lo que veo, es cierto lo que dicen.

—¿El qué?

—Que los venecianos estáis muy orgullosos de serlo.

—Bueno, echa un vistazo a tu alrededor y dime si no hay motivos para estarlo. Venecia es una ciudad inimitable, única y maravillosa. Todo el mundo que la visita se enamora de sus calles, plazas y edificios, y se jura que ha de volver. Es inevitable. Ya me contarás dentro de unos días, cuando hayas tenido tiempo de pasear y de impregnarte de su belleza.

No contestó, pero en sus ojos vi claramente que tenía muchas ganas de disfrutar de Venecia y de todo lo que esta ofrecía a sus visitantes.

Llegamos a Rialto y bajamos del *vaporetto*. El apartamento estaba cerca de allí y fue un paseo corto que Esther disfrutó en silencio, mirando con sus grandes ojos todo lo que la rodeaba, brillando por la emoción contenida. Yo iba detrás, arrastrando su maleta por las calles empedradas, indicándole hacia dónde debía girar en cada esquina.

Cuando llegamos a la iglesia de San Giacomo di Rialto, me sorprendió. Se quedó mirando como hipnotizada el enorme reloj que ocupaba la mitad de la fachada, y caminó hacia ella con cautela, casi con reverencia. Posó las manos sobre las piedras y apoyó la cabeza, cerrando los ojos, como si intentara escuchar alguna especie de mensaje secreto.

—Las piedras hablan si sabes escucharlas —murmuró para sí en voz tan baja que no la hubiera oído si no me hubiese acercado, siguiéndola.

Tragué saliva, estupefacto. Creo que fue ese el momento en que me

enamoré de ella, aunque no lo supe hasta mucho más tarde. Al ver la veneración con la que acariciaba la estructura, como si de un amante se tratara, deslizando los dedos sobre las piedras como si fuesen la piel de un ser vivo, de alguien amado y deseado, mi corazón se aceleró y deseé ser yo el objeto de su deseo. Un extraño desasosiego se apoderó de mí, y me sentí débil y vulnerable, como si de repente me hubiese quedado desnudo ante miradas extrañas.

Lo que resultó de lo más perturbador, porque yo nunca he tenido vergüenza y le he mostrado mis posaderas a más gente de la que quiero recordar, en circunstancias variadas y no siempre favorecedoras.

—Le caerás bien a Gia —dije, y debería haberme mantenido en silencio, porque la magia del momento se rompió. Esther se sobresaltó, carraspeó nerviosa y se sacudió los pantalones impolutos como si se hubiesen manchado de polvo.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, a ella también le gustan mucho las piedras. Ya te contaré. —Quise sonar despreocupado y frívolo, sacando al viejo Dante de su encierro, e hice revolotear la mano en el aire—. Seguro que os pasaréis horas y horas hablando de vuestros trabajos. Todo de lo más aburrido. Menos mal que me tendrás a mí para que te saque a divertirte.

Ella frunció el ceño, pero no contestó. Alzó los hombros y, con voz fría y algo altanera, me preguntó:

—¿Y falta mucho para llegar al apartamento? Estoy cansada y necesito instalarme para empezar a organizarme.

—Diez minutos. Si me hace el favor de seguirme, señorita Blanch —bromeé, haciendo una reverencia exagerada, a la antigua usanza, dejando que el payaso que habita en mí tomara el mando, porque yo estaba demasiado confundido con los pinchazos que me daba el corazón y las mariposas que revoloteaban en mi estómago—, llegaremos a sus aposentos en un santiamén.

No rió la broma, lo que no me extrañó. Tuve la sensación de que ella también estaba confundida conmigo, aunque era muy posible que solo fuese una falsa apreciación provocada por las ganas de que ella estuviera en mis mismas condiciones. Asintió con la cabeza y empezó a caminar, decidida y con la espalda muy erguida, en la dirección que yo le señalaba.

—Oh, vaya. No esperaba algo así.

Me gustó que se sorprendiera positivamente al entrar en el apartamento. Se había mostrado visiblemente incómoda y distante después de la escena ante la iglesia, y ver que sus ojos volvían a brillar al cruzar la puerta de la que sería su casa durante las semanas que estuviera en Venecia, hizo que me sintiera extrañamente feliz.

—El apartamento no es muy grande, pero he procurado que hubiese todo lo que podías necesitar —intenté explicarle.

—Sí, ya lo veo, incluso una mesa de dibujo reclinable. Qué detalle.

—Sí. —Sonreí, satisfecho conmigo mismo—. También he hecho los deberes, y en esos portaplanos —señalé los tubos de cartón que había apilados al lado de la mesa—, están los planos del *palazzo* original, junto a los de las modificaciones posteriores. Has de ir con cuidado, porque algunos son los originales y son muy delicados.

—No te preocupes —contestó mientras abría los tubos y extraía los planos con sumo cuidado, para extenderlos sobre la mesa—. Me encargaré de escanearlos, así no tendré que toquetearlos. Después podrás devolverlos al museo o donde sea que hayan estado guardados.

—Bueno, yo había pensado que estaría bien enmarcarlos y colgarlos en el vestíbulo del hotel.

—¿Eh? Bueno, ya hablaremos de eso —me contestó, enfrascada en la contemplación de aquellos papeles, como si fuesen reliquias religiosas.

—Bueno, sí, ya hablaremos de ello. —Tuve la extraña sensación de que ya no me prestaba mucha atención—. Arriba vive mi prima, Gia. Puedes contar con ella para cualquier cosa que necesites. Y conmigo, claro.

—¿Tú también vives en este edificio? —me preguntó sin apartar los ojos de los planos.

—Oh, no, yo vivo a unos diez minutos. —Asintió con la cabeza, pero no dijo nada—. Mañana te la presentaré. Ya te he dicho que creo que os caeréis bien. Trabaja en el palacio ducal, ¿sabes?

—Interesante... —murmuró, pero no supe si era por el trabajo de Gia, o por algo que había visto en el plano que parecía estudiar.

—Sí, muy interesante —contesté, algo picado. No estoy acostumbrado a que me ignoren tan descaradamente, y menos si mi interlocutora es una mujer—. Voy a dejarte sola un rato para que te acomodes, te des una ducha, explores el apartamento o hagas lo que necesites. En una hora pasaré a recogerte para ir a cenar.

Eso sí llamó su atención. Alzó la cabeza con brusquedad, apartando su atención del plano que había extendido sobre la mesa, y dirigió su gélida mirada hacia mí para observarme con intensidad.

—No es necesario.

—No voy a dejarte sola la primera noche, *cara* —dije con mi tono más sensual. No sé por qué lo utilicé. Fue sin pensar, como un acto reflejo. Empezaba a sentirme muy atraído por ella, y mi instinto natural, cuando me ocurre algo así, es comportarme como el Casanova nato que soy. Pero a ella no le gustó. Me miró con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido, y me obligó a carraspear, incómodo, antes de aclararle mis intenciones—. Así podremos empezar a hablar del proyecto, y podrás contarme qué ideas has tenido. Para el hotel, claro.

—Sí, por supuesto. —Parpadeó, confusa—. Hay mucho que hablar al respecto. Está bien. En una hora estaré lista.

—*¡Perfetto!* Entonces, hasta dentro de una hora.

Me marché, despidiéndome con mi mejor sonrisa, y subí las escaleras de dos en dos hasta llegar al apartamento de Gia. Abrí con la llave que me dio hace ya mucho tiempo, y que siempre llevo encima. A Gia no le gusta que entre sin llamar, como si aquella fuese mi casa, y es precisamente ese el motivo que me lleva a hacerlo siempre.

Me gusta mucho verla enfadada.

—¡¡Giaaaa!! —grité en cuanto abrí la puerta—. ¡¿Estás en casa?!

Cerré tras de mí y me fui directo a la nevera. El piso de Gia es espectacular, con un enorme salón comedor y cocina, todo en uno, y nada más entrar. Saqué una cerveza y estaba dándole el primer trago cuando salió, envuelta en un albornoz y con una toalla enrollada en la cabeza.

—¿Cuántas veces te he dicho que no entres sin llamar?

No le hice caso, por supuesto. Sus reproches son ya mecánicos, no producto de un enfado real. O, por lo menos, eso creo. Me dejé caer en el sofá

y empecé a hablarle de Esther Blanch.

—Ya ha llegado la arquitecta española.

—¿Y cómo es? —me preguntó, sentándose a mi lado y tomando la lata de cerveza de mi mano para darle un sorbo.

—Guapa. Muy guapa, en realidad; y muy seria.

—Bueno, mejor, ¿no? Está aquí para trabajar, no para divertirse. Si es seria, también será responsable.

—Sí, supongo, aunque a nadie le va mal en la vida por sonreír un poco, ¿no crees?

—Dante... —Su tono de advertencia me avisó del discurso que iba a seguir a mi nombre de pila—. Recuerda que este proyecto es tu oportunidad para que tío Massimo te tome en serio y deje de pensar, con razón, que eres un gandul y un inútil.

—Papá nunca va a dejar de pensar eso de mí. Y, ¿sabes qué? es algo que ya no me importa demasiado. Tengo muy claro que lo único que haría que cambiase su opinión sobre mí sería que empezara a dedicarme a la política, como él, y eso es algo que no va a ocurrir nunca. Antes se congelarán los océanos; y, teniendo en cuenta el calentamiento global, y que el mundo se está derritiendo en consecuencia, nunca llegará a producirse. Así que, no. Esto no lo hago por él. Lo hago por mí.

—Pues, con más razón todavía, si lo estás haciendo por ti, procura no meter la pata. Manténte alejado de la arquitecta.

—¿Y cómo voy a mantenerme alejado de ella? Ha venido para trabajar para mí, ¿sabes? —bromeé.

—Oh, ¡ya sabes a qué me refiero! A que tengas tus manos bien quietecitas y que no te empeñes en meterlas bajo sus bragas.

Me reí. Cuando Gia se pone en plan grosero es muy graciosa.

—Haré lo que pueda, pero ya sabes que meter la pata en cuestión de mujeres, es mi especialidad. —Sí, tal y como la metí con Hannah. Mucho. Y bien metida—. Por cierto, hace un rato he hablado con Hannah. ¿Sabías que está embarazada?

—Sí, lo sé, pero no podías esperar a contármelo, ¿eh? —me recriminó haciendo un mohín—. Tenías que soltármelo sin asegurarte de que ya me lo

había dicho.

—Venga, mujer, no te pongas así. Eres su *más mejor* amiga. Estaba seguro de que te lo había dicho a ti primero.

—Y, ¿cómo te ha sentado la noticia? —me preguntó, poniendo cara de circunstancias. Estaba realmente preocupada por mí y mis sentimientos. Mi dulce y adorable prima Gia, siempre pendiente del loco e irresponsable de Dante.

—Bah, no te preocupes tanto —le dije, componiendo mi mejor sonrisa falsa—. Ya sabes cómo soy. Tengo déficit de atención amorosa, hoy me enamoro de una, y mañana, de otra. Estoy feliz por ella.

Me miró con tristeza y la sonrisa murió en mi rostro. Gia me conoce demasiado bien. Más que yo a mí mismo. Y sabe leer mis expresiones con total certeza.

—No sé por qué te empeñas en seguir con esa farsa —me dijo, cogiéndome las manos con ternura—. Sé perfectamente que todo es una máscara.

Me hizo sentir incómodo. Tenía razón, por supuesto, pero eso no aliviaba mi desazón por que ella lo supiese ver tan claramente.

—¿Tienes algún plan para esta noche? —cambié de conversación con rapidez, apartando las manos de su contacto que, en aquel momento, me quemaba—. Yo voy a ir a cenar con Esther, pero cuando le he dicho que pasaría a buscarla en una hora, ha parecido incómoda con la idea. Creo que ha pensado que mi intención era tener una cita. No sé, quizá me lo he imaginado. —Sacudí la cabeza y sonreí beatíficamente—. Creo que se sentirá mucho más cómoda si tú también vienes.

—Seguro que te ha calado al echarte el primer vistazo —rezongó ella, levantándose del sofá—. Todavía no la conozco, y ya me cae bien.

—Ya sabes, llevo escrito Giacomo Casanova en la frente —bromeé, soltando una carcajada—. ¡No lo puedo esconder! Entonces, ¿te vienes, o qué?

—Claro que voy. Me muero de ganas de conocerla. Solo dame un momento para arreglarme.

—Claro, te espero aquí tomándome mi cerveza.

La miré desaparecer y sonreí. ¿Un momento? Miré el reloj y recé para que los treinta y cinco minutos que faltaban, fuesen suficientes.

Capítulo dos

El apartamento no estaba nada mal. Era espacioso y los suelos de madera le conferían un aire acogedor. Las paredes eran blancas y la decoración sobria y moderna se combinaba en un equilibrio exquisito con algunos objetos como lámparas de araña, cómodas o sillas que sin duda eran antigüedades restauradas. Era como si nada en aquella ciudad pudiera escapar de la huella del pasado, y aquello me encantaba.

Al contrario de lo que podría esperarse en el ambiente de aquel apartamento no había rastro de humedad debido al estucado de las paredes y al grosor de los muros de piedra. Las estancias eran cálidas y la temperatura se mantenía agradable y constante en todas ellas.

El sonido del móvil interrumpió mi ducha y tuve que salir a toda prisa. El nombre del señor Arturo Mediavilla, mi jefe y socio, parpadeaba en la pantalla. Puse el manos libres al descolgar para poder hablar mientras terminaba de arreglarme.

—Buenas noches, Esther, ¿ha ido bien el viaje?

—Buenas noches, señor Mediavilla. Ha sido un vuelo muy agradable —respondí mientras me secaba.

—¿Ya has conocido a Dante Macchi?

—Ah, sí. Ha... venido a recogerme. —Decidí saltarme la parte en la que el señor Macchi se retrasaba dos horas en aparecer—. Aún no he tenido tiempo de ver el palacio, nos hemos entretenido mientras veníamos al apartamento.

—No te preocupes, vas a tener tiempo, y acabas de llegar —respondió don Arturo. Era un hombre comprensivo que jamás me presionó, aunque tampoco lo necesitó.

—Sí, pero estoy algo inquieta. Es un proyecto complicado, y el primero de estas características del que me hago cargo... Cuanto antes vea el edificio antes estaré tranquila.

Me fui vistiendo mientras hablaba, combinando unos pantalones de color gris con finas rayas blancas con una camisa blanca.

—Esther... —Arturo rió suavemente—. Todo irá bien, te lo aseguro. Eres capaz de eso y de mucho más, lo has demostrado sobradamente.

Suspiré, y cogí el teléfono tras abrocharme los botones de la camisa, llevándomelo al oído y desactivando el manos libres.

—Gracias, don Arturo. Ya sabe que las cosas nuevas siempre dan un poco de vértigo.

—Ah... Me temo que eso se me ha olvidado, tengo edad suficiente para haberme acostumbrado a las novedades constantes. Disfruta de ese vértigo, es una de las cosas buenas de la vida.

—Lo haré. Sabe que adoro este trabajo —respondí, acercándome al espejo para darme un toque de maquillaje y peinarme.

—Si necesitas algo solo tienes que llamarme, pero estoy seguro de que vas a encargarte de todo sin problemas.

—Aun así es de agradecer, don Arturo.

—En fin, he de dejarte. Pasa una buena noche y mantenme informado de tus avances.

—Lo haré. Buenas noches, don Arturo.

Colgué y terminé de peinarme, atándome el pelo en un recogido sencillo en la nuca. Estaba comprobando mi aspecto en el espejo cuando sonó el timbre.

Dante, y la que debía ser su prima por el remoto parecido que tenían, me recibieron con una sonrisa de oreja a oreja al abrir. La de Dante siempre tenía ese aire canalla, pero la de ella era resplandeciente y llenaba sus ojos de luz, aunque estos fueran oscuros. Tenía el pelo largo, negro y ondulado, y la piel ligeramente bronceada, de un tono oliva precioso. Sus rasgos angulosos le conferían carácter y había algo en ella que empujaba a una confianza inmediata.

—Señorita Esther Blanch, esta es la señorita Gia Macchi, mi prima —nos presentó en italiano—. Ha accedido a acompañarnos a cenar.

—Dante, ¿es que no somos familia? Déjate de formalismos —le reprendió ella con un tono ligero. Debía estar bromeando. Le dio un codazo suave y se acercó a mí, saludándome con dos besos que correspondí con naturalidad—. Puedes llamarme Gia. Me parece que vamos a ser vecinas durante una temporada.

—Sí, eso parece —respondí también en italiano, con una suave sonrisa. La presencia de ella me hacía sentir más segura, su carácter era ligero, pero no me daba la misma impresión que su primo—. Tenéis un edificio muy bonito.

Hacía mucho tiempo que no practicaba el italiano, pero me pareció la mejor ocasión para hacerlo. Dante hablaba perfectamente el español, pero por deferencia hacia su prima, me esforzaría en hablar mi mejor italiano.

—Sí, ¿verdad? Ya tendrás tiempo de verlo bien. Yo estoy justo en el piso de arriba, si necesitas algo solo tienes que llamar a mi puerta.

Tenerla cerca me pareció un alivio. Tal vez el hecho de que fuera mujer y no me mirase con ningún brillo burlón en la mirada contribuyó a aquella primera impresión.

—Muy bien, pues ya os conocéis. Ahora, a cenar. ¿No estáis hambrientas?

Gia me acompañó al recibidor y Dante cerró la puerta de mi apartamento, haciéndonos un gesto caballeroso después para que bajásemos las escaleras adelantándonos a él.

—La verdad es que sí. Me comería un elefante relleno de pajaritos —dijo Gia con voz cantarina. Dante se rio.

—Creo que no hay ningún restaurante cerca donde sirvan eso, ¿qué os apetece? ¿Pizza? ¿Pasta? ¿Algo menos italiano?

—Debería elegir Esther, que es la invitada —apuntó Gia mientras salían a la calle.

El rumor del canal cercano se dejó oír, y me pregunté cómo debía verse de día.

—No tengo problemas con ninguna comida —respondí—. Me dejaré aconsejar por vosotros.

—¡Ah! ¡Ya sé! Conozco un sitio donde hacen unos *moéche* buenísimos —exclamó Gia entusiasmada.

—¿*Moéche*? No conozco ese plato —comenté mientras caminábamos en dirección al puente que cruzaba el canal.

Las aguas parecían negras a esas horas de la noche. El reflejo invertido de las casas iluminadas por la luz anaranjada de las farolas daba un aire irreal a la ciudad, como si fuera una ventana a otro mundo. No pude evitar detenerme un momento para observar aquel efecto hipnotizante.

—Son cangrejos fritos. Te van a encantar —respondió Dante antes de que pudiera hacerlo Gia.

Se detuvo un momento a mi lado, y al darme cuenta de que se habían detenido por mi causa volví a ponerme en marcha, aunque los ojos de Dante no se apartaron de mí. Me sentí algo incómoda, pero al mirarle de soslayo no sorprendí ninguna sonrisilla canallesca ni esas miradas casi burlonas que me había dirigido antes. Simplemente me miraba con curiosidad.

Caminamos durante un rato por estrechas calles, cruzando puentes de piedra y forja bajo la luz que apenas iluminaba las casas y callejones. No estaba segura de que aquel alumbrado no hubiera sido ideado así de pobre de una manera deliberada. El aspecto de la ciudad de noche tenía un punto siniestro. En pleno octubre, apenas había turistas por las calles, y mucho menos a aquellas horas, y todo parecía tranquilo. Demasiado tranquilo y oscuro. Y a la vez, tenía un extraño aire de cuento, como si el tiempo se hubiera detenido allí en algún momento y solo hubiera que quedarse en silencio para entrever las historias que los muros querían contar a quienes quisieran mirarlos con verdadero interés.

Ese ambiente cambió en el momento en que llegamos al puente de Rialto, más brillante y señorial. El puente se alzaba imponente sobre las aguas negras, y su reflejo invertido creaba una trémula simetría sobre el Gran Canal. Las tiendas en el interior del puente aún estaban abiertas; joyerías y pequeños talleres artesanales despedían a los últimos clientes del día.

Cerca, en una casa junto a uno de los canales que desembocaba en el Gran Canal, se encontraba el restaurante al que me guiaron. Era pequeño y acogedor. Sus suelos eran de madera y en las paredes colgaban cuadros con paisajes venecianos y decoración pesquera. Al entrar tuve la certera sensación de que me encontraba en un lugar auténtico, uno de esos sitios donde uno se encuentra con la tradición cuando sale de viaje. La elección me gustó al instante.

El camarero nos recibió y saludó a mis acompañantes con un evidente tono de confianza. Nos guió hasta una terraza sobre el pequeño canal y nos sentamos en una de las mesas a la luz de las velas y de la iluminación tenue e íntima del lugar. Había más clientes, algunos ya comían de sus platos y charlaban en un tono suave que no rompía la calma del lugar.

Dante y Gia tomaron asiento, riendo entre bromas. Mientras me guiaban

hasta allí no habían dejado de charlar, se notaba que entre ellos había una relación estrecha, llena de camaradería, que me hizo sentir un poco extraña, como si no acabase de encajar en la escena. No estaba muy acostumbrada a salir en términos que no fueran de negocios.

Me senté y elegí un par de platos en la carta, dejándome aconsejar por Gia y llevándole la contraria a Dante de manera inconsciente.

—¿No quieres vino? —preguntó Dante escandalizado cuando rechacé su ofrecimiento.

—No, no bebo cuando trabajo.

—Pero ahora no estás trabajando —replicó gesticulando con las manos—. Vamos, tienes que probar la ombra.

—Dante, no seas plasta —le recriminó su prima, dándole un codazo—. Si quiere agua, que beba agua.

Le dirigí una mirada de agradecimiento a Gia. Que me insistieran cuando decía que no me ponía especialmente nerviosa, y ella debió darse cuenta de ello por la mirada que le dirigí a Dante.

—Gracias, Gia. Nunca he sido muy amiga del vino.

—Porque no has tomado una copa junto a un canal... —Otro golpe de su prima hizo callar a Dante.

Gia sonrió, apoyando los codos en la mesa e inclinándose un poco hacia mí. Los tenía sentados enfrente a ambos.

—Y, cuéntanos, Esther, ¿cómo es que te decantaste por dedicarte a la arquitectura? —preguntó con curiosidad, mientras Dante la miraba de reojo algo molesto.

Aquella pregunta me hizo sentir más cómoda, como si al fin las cosas estuvieran conduciéndose por el camino que conocía bien.

—Siempre me he sentido atraída por ella. De pequeña me pasaba la vida fijándome en los edificios y... la verdad es que haber nacido en Barcelona tiene mucho que ver con eso. Es una de las ciudades más interesantes a nivel arquitectónico que hay en el mundo, sobre todo por su etapa modernista. Es el estilo del que me enamoré, y el culpable es Gaudí.

Sin darme cuenta había comenzado a hablar por los codos. Gia escuchaba con mucha atención, y Dante había abandonado su gesto desdeñoso para

volver a observarme con la misma expresión curiosa de antes.

—La verdad es que es una ciudad preciosa —respondió Gia—. Yo estuve de más joven, ¿sabes? Me encantó su aire cosmopolita y moderno, y el ambiente artístico, me sentí como en casa, la verdad. ¿Tú has estado antes en Venecia?

—No. Es mi primera visita.

De pronto, Gia se puso a aplaudir con una alegría genuina, dando un pequeño salto en su silla. Sus ojos se iluminaron y su sonrisa se ensanchó.

—¡Maravilloso! —exclamó—. Podré hacerte de guía y enseñarte todos los secretos de Venecia, que son muchos.

Me vi tentada a aceptar aquello, pero mi sentido del deber acudió raudo.

—Ah... Gia, te lo agradezco, pero esta es una visita de negocios. Tengo mucho trabajo que hacer y no voy a tener tiempo de visitas turísticas, pero en otra ocasión estaré encantada de que me enseñes la ciudad.

—No todo va a ser trabajar —dijo Dante entonces, sonriendo. El camarero había traído el vino y el agua y nos estaba sirviendo. La encantadora sonrisa del italiano agradeció el servicio antes de volver a mirarme sin borrarla—. Tendrás tiempo para descansar y divertirme, seguro. ¿Qué sentido tiene la vida si no nos divertimos?

«Menuda filosofía de vida barata», pensé. Dante me parecía cada vez más un niño de papá con aspiraciones *hippiescas*.

—Si yo hubiera dedicado el tiempo a divertirme en lugar de a trabajar, no me encontraría aquí en este momento —repliqué, envarando la espalda sin darme cuenta—. Seguiría en casa de mis padres sin tener un futuro prometedor por delante.

Dante levantó las manos, como si le estuviera apuntando con una pistola y me pidiera paz. Gia soltó una carcajada cristalina y volvió a golpearle en el costado con el codo.

—Vaya corte te ha dado, ¿eh? Te ha dado donde duele, primo.

Al instante me arrepentí. Sentí que el calor subía a mis mejillas al ruborizarme.

«Esto no es empezar con buen pie, no debería ofender a mi primer cliente importante de esta manera», pensé atribulada.

Pero lo cierto era que Dante no parecía ofendido. Tenía una media sonrisa socarrona en los labios y reía.

—Yo he dedicado toda mi vida a divertirme —respondió, mirándome con un gesto divertido—, así que quizá tengas un poco de razón. Aun así, estar en Venecia y no salir ni un solo día a disfrutar de ella es un pecado mortal. Debe haber algún término medio entre el deber y la diversión, ¿no? Al fin y al cabo, yo soy tu cliente y no me voy a tomar a mal que te tomes un par de días libres —dijo encogiéndose de hombros—. Es más, me ofrezco amablemente a obligarte a tomarte un par de días libres. Y seré yo quien te haga de guía.

Gia hizo un mohín y se cruzó de brazos.

—Ah, y a mí me dejáis fuera, ¿no? Te recuerdo que la idea ha sido mía. Además, yo soy la especialista —se quejó—. Dante solo te contará cosas que se inventa sobre la marcha para impresionarte.

Ese era un buen momento para cambiar de tema y olvidar lo que había pasado. Aún no conocía a Gia.

—Gia, ¿a qué te dedicas tú?

—Soy restauradora en el Palacio Ducal. Si quieres conocer la historia y el arte de Venecia en quien debes confiar es en mí —dijo señalándose con un dedo a sí misma—. Y no en este holgazán.

«Esta mujer cada vez me cae mejor», pensé.

—Oye, no te pases. Yo sé lo necesario —se defendió él.

—Sí, y el resto te lo inventas para ligar. No puedo dejar que hagas un lío a una mujer culta e inteligente como Esther. Además, ella parece que te ha pillado muy bien la medida.

Los dos rieron. El camarero comenzó a sacar los platos y extendí diligentemente una servilleta de tela sobre mi regazo.

Aquellas bromas no me hacían mucha gracia. Solo confirmaban lo que estaba pensando desde mi llegada: Dante era como un tópico con patas, un italiano ligón de película, un juerguista que no se tomaba nada en serio, al parecer.

«Debo tener cuidado con él. Porque además de encantador es guapo de narices. A saber con cuántas chicas habrá estado y por cuántas camas habrá pasado». No, yo no estaba allí para perder el tiempo con tonterías, ni para dejar que me lo hicieran perder.

Me aclaré la garganta, y hablé cuando dejaron de reír.

—Agradezco mucho el ofrecimiento, pero yo misma veré si puedo tomarme un día libre o no, dependiendo de cómo transcurra el trabajo. No sé cuánto hay por hacer en el edificio, hay muchas cosas que valorar y no quiero que los gastos se eleven innecesariamente por tenerme aquí demasiado tiempo.

Dante abrió la boca. Iba a replicarme, estaba segura de que iba a insistir, de que no se daría por vencido, pero entonces Gia le puso una mano sobre la boca y lo hizo callar.

—Esther —dijo la italiana—, lo dejaremos en tus manos. Cuando quieras podrás elegir a tu guía y te llevaremos encantados a ver la ciudad.

Vi como Dante la miraba de reojo y resoplaba por la nariz, y cuando bajó los hombros me pareció que se daba por vencido.

Al fin iba a poder cenar en paz.

Una de las cosas que más me gustan de mi ciudad, Venecia, es la total ausencia de ruido provocado por el tráfico. Con excepción del Gran Canal, por el que transitan todo tipo de lanchas, barcazas llenas de turistas y *vaporettos*, y que inundan el lugar con el estruendo de sus motores, el resto de Venecia es extrañamente tranquila en ese sentido.

Sobre todo, por la noche.

Después de cenar, me empeñé en acompañarlas hasta su casa. Quizá sea un poco crápula y casanova, pero ante todo, siempre he sido un caballero con las mujeres. ¿Cómo iba a permitir que volviesen solas? Sin importar que Venecia sea una de las ciudades más seguras del mundo, incluso por la noche.

Pura excusa.

Lo que me apetecía, en realidad, era estar más rato junto a Esther. Cuando por fin conseguimos que se relajara con la conversación, resultó no ser tan fría ni estirada como aparentaba. Hablar de lo que le gustaba, la arquitectura, hacía que le brillaran los ojos y que su semblante se iluminara, olvidando momentáneamente la seriedad tras la que siempre se escondía. Descubrí a una mujer interesante, apasionada, decidida y fuerte. Una mujer que sabía lo que quería, y que estaba dispuesta a luchar por conseguir su sueño.

No puedo obviar que, en parte, me recordó a Hannah en su templanza y su pasión, aunque ahí terminaban las similitudes.

Lástima que la noche se estropeó con la llegada de Melissa.

Melissa era una turista con la que me enrollé unos días antes de la llegada de Esther. La conocí en un bar, charlamos durante un rato, y acabamos besándonos apasionadamente. Me la llevé a casa y terminamos en mi cama, haciendo el amor.

No pensé que volvería a encontrármela. En realidad, al terminar, me quedó un regusto amargo en la boca y me sentí culpable, preguntándome si eso era lo que quería, volver a mi vida anterior a conocer a Hannah.

Me di cuenta de que no.

Melissa había sido la prueba fehaciente de que, en ese sentido, había cambiado mucho, porque ya no me bastaba con una noche loca en la que desahogar mis necesidades. Hannah me había hecho desear mucho más, y no iba a conformarme con menos.

—¡Dante! Dijiste que me ibas a llamar y no lo has hecho. ¡Eres muy malo, no tienes palabra!

Melissa iba borracha. No tanto como para no ser consciente de lo que hacía, pero sí lo bastante como para que no le importara dar un espectáculo.

Se abalanzó sobre mí y se me colgó del cuello, sonriendo estúpidamente. No parecía enfadada, sino más bien intuí que lo que pretendía, era repetir. Me echó el aliento en la cara cuando abrió la boca, buscando la mía, y el vapor del alcohol me penetró por la nariz, dándome ganas de estornudar.

La cogí de las muñecas para apartarla y evitar el beso, y miré hacia el grupito de cuatro amigas que la acompañaban. Se habían quedado algo apartadas y nos observaban con curiosidad mientras reían como pavas, escondiendo la boca tras las manos y echándose miraditas cómplices. No parecían adultas de veintitantos, sino adolescentes descerebradas.

—Dante, de verdad —intervino Gia, ahogándose de la risa, burlándose de mi incomodidad—, mira que eres mala persona, ¿eh?

Miré hacia Esther y fui consciente de que la tranquilidad y la complicidad que habíamos logrado con la charla distendida, se había roto en mil pedazos. Me miraba con el rostro inexpresivo y el cuerpo tenso, visiblemente molesta por aquella situación. Me estaba juzgando, y estaba a punto de condenarme.

Aquello me irritó. Esther era como el resto del mundo. Se atrevía a juzgarme sin casi conocerme, y me condenaba sin intentar comprender por qué

yo era como era, y sin molestarse en mirar si había algo debajo de mi imagen de canalla seductor. Aunque, ¿qué podía esperar de alguien a quién acababa de conocer?

—Melissa, por favor, no hagas un numerito —le supliqué en voz baja, esperando que nadie me oyera—. Vete al hotel a dormir la borrachera.

Ella soltó una carcajada medio ahogada y me miró con los ojos empañados por el alcohol.

—Numerito fue lo de la otra noche. —Volvió a reirse, intentando colgarse de mi cuello otra vez. Era como un pulpo y escurridiza como una anguila. Sudé intentando controlarla—. ¿No te gustaría repetirlo? Porque a mí, sí.

Trágame, tierra. Las carcajadas de Gia me dejaron claro que había oído perfectamente nuestra escueta conversación. Y la cara de Esther, también. Sus ojos, muy abiertos, iban de Melissa hacia mí, y de vuelta a Melissa.

Agarré con determinación a Melissa y la empujé suavemente hacia sus amigas, sin dejar que sus múltiples manos se aferraran a mí, empeñada en besarme. Dios, su boca me pareció en aquel momento igual a las fauces de la ballena que se tragó a Pinocho, y sus manos, como las garras de una arpía, con dedos largos y uñas peligrosas que me destrozarían si se lo permitía.

—¿Por qué no os ocupáis de vuestra amiga y la lleváis al hotel? En el estado en que está, acabará cayéndose en algún canal y resfriándose.

Todas, menos una, la cogieron para llevársela sin dejar de soltar risitas tontas. Todas parecían bastante borrachas y me pregunté si serían capaces de encontrar el camino hasta su hotel. Pero me quité de la cabeza el impulso de ofrecerme a acompañarlas. Esther y Gia se lo tomarían como que aceptaba la invitación de Melissa y no creerían que lo hacía porque me daban lástima.

Una de las amigas, la única que parecía que no se había pasado con el alcohol, se quedó atrás y me miró a los ojos durante unos segundos.

—Le advertí que no se acostase contigo, que eres el típico tío que se acuesta con todas las que se le ponen a tiro y que después se olvida rápidamente.

Lo escupió como un reproche, como si yo fuese el culpable de algo.

—Dudo mucho que tu amiga esperase de mí algo más de lo que recibió: una noche para recordar cuando estéis de vuelta en casa.

Ella bufó, miró a Gia y a Esther como si estuviese planteándose decirles

algo, pero finalmente se dio la vuelta sin soltar ni una palabra más, y se alejó tras sus amigas dando zancadas airadas.

Suspiré, aliviado. Por fin había terminado todo.

¿Terminado?

En absoluto.

Cuando me di la vuelta, vi que Gia seguía riéndose a mandíbula batiente. Estaba apoyada contra la pared y doblada, cogiéndose la barriga como si temiese que se le fuese a caer.

Por su parte, Esther se mantenía dignamente erguida, mirándome con una mezcla de superioridad y desprecio.

«Vaya manera más penosa de intentar empezar una conquista», pensé. ¿Cómo iba a tener siquiera una oportunidad después de esta escena?

Abrí la boca para intentar explicarme, disculparme por la escena, e intentar aclarar que, en realidad, todo había sido un malentendido.

Esther no me dejó.

Alzó una mano para callarme antes de que empezara a hablar y, con voz muy fría, me dijo:

—No creo que tengas que explicarme nada. Además, lo que ha pasado aquí, ni es de mi incumbencia ni me importa en absoluto. Yo he venido a trabajar y no para juzgarte.

Pero me juzgó, ya lo creo que sí. Si ya tenía una concepción muy desfavorable de mí, aquello subió el listón hasta cotas insospechadas. Me sentí como un insecto repugnante. Una cucaracha. Como si fuese un violador que iba por ahí aprovechándose de las mujeres indefensas.

Quise defenderme, pero en sus ojos vi que iba a ser inútil. Además, ¿para qué? Había perdido la batalla antes incluso de que empezara la guerra.

—Os acompañaré hasta casa —dije, sintiéndome derrotado.

—No es necesario —me contestó ella. Gia no decía nada. Había dejado de reírse y solo nos miraba con los ojos muy abiertos, como si fuese testigo de algo insólito—. Gia y yo nos apañaremos perfectamente solas, gracias.

—Sí, primito, no te preocupes, me sé el camino perfectamente. Quizá todavía estés a tiempo de ir tras Melissa y aprovechar su invitación —añadió Gia, provocándome con esa sonrisa burlesca que tan bien conozco.

No dije nada. Me encogí de hombros y me despedí con un «hasta mañana» que sonó mucho más lacónico y dramático de lo que quise.

Me alejé de ellas sin mirar atrás. No quería ver más la cara de disgusto de Esther, que me hizo sentir como si fuese un delincuente; ni oír la risa ahogada de Gia.

¿Por qué me comportaba así? Me había jurado que no iba a caer de nuevo en lo mismo, que iba a dejar de ser el seductor que había sido durante toda mi vida; que dejaría de ser el eterno adolescente al que las responsabilidades le producen ampollas. Quería tomarme mi vida en serio, y hacer algo con ella en lugar de andar malgastándola. Dejar de lado a las mujeres en general, y centrarme en mi futuro, en lo que se había convertido en un reto importante para mí: la rehabilitación del Palazzo della Luce y su conversión en hotel.

Pero ahí estaba, perdiendo el norte por culpa de una mujer que acababa de conocer y que ni siquiera era mi tipo: demasiado seria, demasiado formal, y nada dispuesta a divertirse. ¿Desde cuándo me interesaban ese tipo de féminas? Además, en las pocas horas que hacía que la conocía, me había sentido constantemente juzgado por ella, como si me observara bajo un microscopio buscando hasta el último de mis defectos.

Aunque, quizá, ese era el problema. Esther era un reto interesante, porque nunca había conquistado a una mujer como ella. Siempre me había lanzado de cabeza a por las fáciles, a por las que era evidente que se sentían atraídas por mí y que estaban dispuestas a dejarse seducir. ¡Hasta ese punto llegaba mi holgazanería!

En cambio, Esther era como un puerco espín con las púas siempre preparadas para pinchar a todo aquel que se le acercara demasiado, y me atraía demasiado la idea de lograr sortear aquel muro espinoso para llegar hasta su cama.

Pero, ¡por el amor de Dios! Esther era la arquitecta de la que dependía la restauración del *palazzo* y, en consecuencia, mi futuro. ¡No debería andar jugando con sus sentimientos! Gia tenía razón, tenía que dejarla en paz y centrarme en lo importante, que era llevar hacia adelante el proyecto que tenía entre manos.

No fracasar tenía que ser mi prioridad. Y empeñarme en seducir a Esther Blanch me llevaría de cabeza al fracaso más absoluto.

Casi pude ver el rostro de mi padre mirándome con desprecio mientras

escupía su decepción, como siempre hacía cuando estaba en su presencia.

O no. Porque, a esas alturas, mi padre ya no esperaba nada de mí, excepto que hiciese las tonterías propias de un payaso inconsciente y sin ambición ni amor propio.

Pero mamá sí esperaba cosas buenas de mí. Su fe había sido incondicional durante toda mi vida, a pesar de todas las decepciones. Incluso había puesto el dinero de su propio bolsillo, arriesgándolo solo porque todavía creía en mí.

Y a ella no podía volver a defraudarla, esta vez no podía fallarle; tenía que corregir mi actitud y no volver a las andadas.

Además, era evidente que Esther no pensaba muy bien de mí. Siendo sinceros, tenía la sensación de que, cada vez que yo abría la boca, mi estatus en su ránking personal de personas de las que mantenerse alejada, subía una posición. Eso, sin contar que no parecía el tipo de mujer que se acuesta con alguien solo por el placer de hacerlo, sino más bien de las que esperan a tener una relación formal y a estar enamoradas para entregarse en cuerpo y alma, y para siempre.

Y eso no era lo que yo quería.

O eso pensaba en ese momento.

Tenía que olvidarme de la necesidad de seducirla y centrar mi tozudez italiana en llevar a buen puerto el proyecto del hotel. Y, si se me antojaba seducir a alguna chica, la ciudad estaba llena de turistas como Melissa, que estaban deseando echar un polvo con un italiano guapo y atractivo como yo, para llevarse la experiencia a casa como un buen recuerdo y nada más.

Sí, la cabra tira al monte, dicen, y es cierto. Era imposible que yo pudiera mantenerme célibe durante mucho tiempo, y más al darme cuenta de que la melancolía que me produjo perder a Hannah ya se estaba evaporando. No quería volver a las andadas, pero tampoco convertirme en un eunuco.

Un término medio, eso era lo mejor.

¡Dios, qué lío tenía en la cabeza en esa época!

Capítulo tres

Venecia despertó bajo un sol cálido y dorado. El ambiente era húmedo y un poco frío en pleno octubre, pero eso despejaba sus calles del habitual transitar de turistas. Aquella era, sin duda, una de las mejores épocas para encontrarse en la ciudad, así que al salir a la calle, después de que Dante llamase a mi timbre para acompañarme al *palazzo*, me sentí afortunada de estar viendo la ciudad sin artificios. Las tiendas abrían sus puertas, los comerciantes hablaban entre sí en italiano, los gondoleros que recorrían los canales alzaban sus voces saludándose y comentando las expectativas de la soleada jornada que parecía esperarles.

De día, parecía otra ciudad. El velo siniestro que la cubría de noche se había retirado, ofreciendo otra cara como si de una moneda se tratara. Venecia era luminosa, los canales brillaban con un color esmeralda que nada tenía que ver con las negras aguas de la noche. El sol se reflejaba en ellas haciéndolas resplandecer, y el ir y venir de visitantes, comerciantes y habitantes la volvía una ciudad viva y vibrante. Era tan diferente que costaba creer que fuera la misma ciudad silenciosa, oscura y casi vacía que había visto durante la noche.

Dante caminaba junto a mí, y para mi sorpresa y alivio, ese día estaba comportándose como una persona normal. Y para mi paz mental, se estaba dirigiendo poco a mí aquella mañana, tal vez avergonzado por la escenita de la noche anterior. No me había dado buena impresión, era cierto, pero tampoco había sido una sorpresa, solo había confirmado por completo lo que yo ya pensaba sobre él.

Agradecí el silencio, porque me permitió disfrutar del paseo hasta el *palazzo* y observar las casas del barrio de Castello. Todas, sin excepción, eran una obra de arte atemporal, plantando cara al devenir de los tiempos y la erosión de la humedad. Los habitantes de Venecia eran obstinados, luchadores y orgullosos, y cuidaban de su ciudad como la joya que era, peleando siempre contra las aguas que deseaban engullirla.

Decían que tarde o temprano pasaría, que en el futuro Venecia sería una ciudad sumergida. Pero viendo aquel empeño, reflejado en la conservación de las casas y los monumentos, por mantener su patrimonio a flote y en perfecto estado, estuve segura de que los venecianos ganarían la batalla al mar.

Tras cruzar por el puente de Rialto y recorrer un par de callejuelas, al fin llegamos al famoso Palazzo della Luce. Era un edificio de cuatro plantas, con ventanas ojivales y balcones de piedra. La fachada que daba a la calle tenía la pintura roja desgastada, había zonas donde se había desconchado por completo, e imaginaba que la fachada del canal debía estar mucho peor; pero, a simple vista, la estructura era robusta y estaba intacta, no había grietas ni nada que comprometiese su integridad. Aunque no podría asegurarlo hasta no ver los cimientos y la fachada del canal.

—Aquí lo tienes, el Palazzo della Luce, uno de los palacios menores de la familia Dolfín, de la cual soy descendiente —dijo con orgullo—. ¿Qué te parece? —Dante me interrogó también con la mirada. De pronto, parecía un poco ansioso.

—Tiene muchas posibilidades, y es precioso. Su localización es inmejorable. Me gusta mucho.

—Sí, sí lo es —dijo sonriendo con cierto alivio.

«Parece que esto sí se lo toma en serio. Menos mal», pensé.

Dante me guio al interior. Por dentro el palacio era aún más impresionante. Aunque la pintura estaba descascarillada, incluso había alguna viga quebrada a punto de caer y los suelos estuvieran rotos y levantados, el lugar era hermoso y, en mi cabeza, según pasábamos por las distintas habitaciones, se iba conformando la imagen que tendría cuando todo estuviera arreglado. Podía ver dónde irían las cocinas, dónde el salón, cómo sería el espacioso y luminoso vestíbulo y, a medida que Dante me fue enseñando las plantas superiores, también comencé a idear la disposición de las habitaciones.

—Está bastante deteriorado... —comentaba Dante. No había dejado de incidir en lo abandonado que había estado todo, y yo no estaba segura de si intentaba disculpar a su familia por aquello o se sentía inseguro con el proyecto—. Hace años que debieron restaurarlo, pero los fondos se dedicaron a cosas más urgentes. Es una pena que haya llegado a este punto.

Nos detuvimos ante un balcón amplio que se abría al Gran Canal. No era capaz de estimar cuánto dinero podía costar aquella casa, en tan buen emplazamiento, pero desde luego, la cifra no bajaría de los seis ceros.

—No hay daños estructurales. Hay algunos derivados de la humedad, pero nos podremos hacer cargo de ellos. Por lo que me contaste en tus mails pensé que estaría muchísimo peor.

—¿Ah, sí? —Dante pareció animarse y esbozó una sonrisa luminosa. Le sentaba bien, no era uno de esos gestos impostados de seductor que me había dedicado la noche antes—. Me das una alegría. La verdad es que esperaba que hubiera complicaciones.

—Ah, cuenta con ellas. Siempre hay complicaciones. Pero puedes estar seguro de que el palacio no se vendrá abajo. No lo ha hecho en seiscientos años, y no será ahora. Aun así, tenemos que ver qué nos dicen los técnicos.

—Oh, eso está bien, sí. Sería mala suerte que lo hiciera justo cuando nos interesamos por reformarlo.

Sonreí. Me encontraba relajada, observando el ir y venir de las embarcaciones en el Gran Canal.

—Habrás que insonorizar estas ventanas —comenté abstraída, y me aparté del balcón para seguir con la visita.

—Lo tenía en cuenta. El Gran Canal es un hervidero de embarcaciones.

Sin darme cuenta, comencé a conversar con Dante de la manera más natural hasta el momento mientras me enseñaba cada habitación del palacio. A veces me quedaba rezagada mientras él parloteaba sobre los tipos de materiales que quería o las ideas que había tenido de contar con salas de exposición y un gimnasio.

La verdad es que a veces dejaba de escucharle, absorta en mis propias ideas. No era que no fuera a respetar lo que él quería, pero aquel lugar me absorbía por completo.

—Arriba podrás tener seis habitaciones más, o cinco si las quieres más amplias. Serán abuhardilladas —iba diciendo mientras bajábamos de nuevo al primer piso. Dante llevaba un rato escuchándome con atención. Una agradable novedad—. Respetaremos las chimeneas de la casa, son algo muy identificativo de Venecia, así que idearemos un sistema de calefacción que las aproveche y sea eficiente.

No solo me estaba escuchando, durante la visita me había estado haciendo incluso preguntas, y ahora parecía muy interesado por todo lo que tenía que decir, y su mirada tenía un brillo distinto, como si estuviera contagiándole mi entusiasmo por todo aquello.

«Creo que no se sentía del todo seguro con esto», pensé.

—Me sorprendes —dijo de pronto cuando llegamos al pie de la escalera

—. Quiero decir... Ya sabía que eras buena, pero tienes una imaginación muy clara y enseguida sabes qué hacer en cada lugar. Me parece increíble.

Me sentí incómoda al instante. Nunca he llevado bien los halagos, y creo que incluso me ruboricé.

—Ah... Gracias —carraspeé—. Hablemos de las cocinas, ¿de acuerdo? Tenemos que comprobar las canalizaciones.

Dante sonrió. Temí que hiciera alguno de sus comentarios irritantes, pero no lo hizo y me acompañó hasta el lugar donde iban a ir las cocinas.

Estábamos hablando sobre la conveniencia de cambiar los desagües de lugar cuando mi móvil comenzó a sonar. Ví que se trataba de mi madre, así que lo silencié, pensando en llamarla cuando tuviera un rato libre. Guardé el aparato, pero al poco se puso a vibrar en mi bolsillo. Lo dejé sonar un par de veces, intentando retomar el hilo de la conversación con Dante, pero las llamadas insistían, y yo comencé a ponerme nerviosa.

«Siempre tan oportuna, mamá», pensé con fastidio.

—Dante, disculpa, tengo que ponerme al teléfono —me excusé sacando el móvil.

—Por supuesto, tómate tu tiempo.

Le dirigí una mirada de disculpa y me aparté, metiéndome en la alacena para descolgar el teléfono. Las llamadas insistentes de mi madre me ponían muy nerviosa, sobre todo cuando estaba trabajando y me interrumpía de aquella manera. Y también me preocupaban. Nunca podía saber si aquella insistencia era debida a un problema de verdad o a cualquier tontería que se le hubiera ocurrido.

Me alteró tanto que al deslizar el icono de llamada para descolgar, debí pulsar también el del altavoz, y la voz de mi madre se escuchó en alto, resonando en la alacena como la trompeta del apocalipsis.

—¿Hija? ¿Esther? Estoy muy preocupada, ¿por qué no me llamaste anoche? —Mis nervios fueron a más. Tenía las manos sudadas y cuando fui a intentar pulsar el altavoz de nuevo, el teléfono me resbaló de las manos—. ¿Cómo es tu jefe? ¿Tiene pinta de mafioso? Ay, ve con cuidado. ¿Qué ha sido ese ruido? ¿Estás bien? ¿Hija?

Escuché la risa de Dante, que seguía en la cocina. Parecía hacer esfuerzos por no soltar una carcajada. Sentí que el calor me subía a las mejillas de pura

vergüenza. Cogí el móvil rápidamente y logré al fin desactivar el altavoz.

—¡Mamá! —dijo en un susurro airado—. Ya hablamos ayer, ahora mismo estoy trabajando y me estás molestando.

—Estaba preocupada, quería saber cómo está yendo —replicó Marga un poco ofendida—. ¿Te está tratando bien tu jefe?

—Mamá, no puedes llamarme a estas horas, estoy trabajando, ¿lo entiendes?

—Pero yo solo quería...

—Ya, ya sé que estás preocupada porque piensas que todos los italianos son mafiosos o acosadores. No, no lo son —respondí sin poder evitar ponerme borde—. Hazme el favor y espera a que sea yo la que te llame, ¿vale? Lo haré todas las noches.

—Vale... Vale, hija —respondió Marga con un tono triste que me hizo enfadar más.

—Te cuento a la noche.

Colgué sin darle tiempo a replicar, e instantáneamente me sentí mal por haberle hablado así. Era el efecto que ella tenía en mí. Hacía cosas que no debía hacer, me irritaba, acababa respondiéndole mal y luego me sentía horriblemente culpable.

Guardé el teléfono y respiré hondo, dejando que la ansiedad se retirase un poco de mi estómago antes de salir de la alacena. Cuando lo hice, lo primero que encontré fue la sonrisa burlona de Dante, que había escuchado el histerismo de mi madre en estéreo. La mirada que le dirigí debió hablar por sí sola porque levantó las manos en son de paz.

—No te preocupes, la fama de las madres italianas no es innmerecida. Te aseguro que al lado de ellas tu madre es un alma bendita.

Resoplé, pero no pude evitar una risa que reprimí cuando me di cuenta de que era demasiado alta. Estaba nerviosa. Exhalé un suspiro profundo y negué con la cabeza. Dante la había escuchado y no había nada que hacer.

—No creo que tu madre sea así —respondí con resignación.

—Ahora no, pero lo fue. Cuando yo era más joven era muy controladora y no me dejaba ni respirar. Empecé a no responder a sus continuas llamadas, sobre todo cuando me fui de Roma para regresar a Venecia... aquello era un

asedio constante —dijo girando los ojos con un gesto de hartazgo muy gracioso—. Al principio me sentía mal, pero con el tiempo aprendí a no sentirme culpable. Es cuestión de práctica, como todo. Ella también aprendió a tomarse las cosas de otra manera y a aceptar mis reglas.

Fruncí un poco el ceño. Ese día Dante no hacía más que sorprenderme. Me parecía más persona, como si se hubiera quitado en parte esa careta de casanova insoportable que parecía llevar, y la verdad es que ese consejo que me acababa de dar era muy sabio. Lo pensé, pero no sabía si yo sería capaz de hacer algo. Mi relación con Marga era un poco complicada, y la culpa siempre había formado parte de ella. Yo me sentía mal por el simple hecho de que ella me hiciera sentir mal, como si fuera un monstruo o algo así. No podía darle toda la atención que reclamaba, y mi madre sabía en qué puntos tocar para que le hiciera caso.

—¿Has vivido en Roma? —le pregunté entonces. No quería seguir pensando en Marga—. No sabía que eras romano.

—Ah, no, no. Nací aquí, en Venecia —respondió con una sonrisa orgullosa—. Lo que pasa es que cuando mi padre empezó en la política nos trasladamos a Roma, pero yo volví en cuanto tuve la oportunidad. Roma nunca me ha gustado. Yo soy veneciano, y la sangre tira de mí. La Serenissima es mucho más acogedora que la capital... a pesar de los turistas —añadió con un poco de fastidio.

—Nunca habría imaginado que tenías un alma tan romántica.

—Por supuesto que tengo un alma romántica. Soy de la estirpe de Casanova —dijo volviendo a las andadas.

Me di cuenta de que había metido la pata diciéndole aquello.

—No me refería a esa acepción de romanticismo.

—No intentes arreglarlo —replicó, haciéndome ojitos. Me reocriminé a mí misma haber dicho aquello sin pensar en lo idiota que era. Que se comportase como una persona me había hecho bajar las defensas—. No disimules, en el fondo sabes que lo soy también en esa acepción.

—Ya hemos perdido suficiente tiempo —dije tras un resoplido, cortando de raíz aquella escena absurda—. Tenemos mucho por hacer aquí. Tengo que llamar a los técnicos y hacer mil cosas, ¿tú no tienes nada que hacer?

Dante se rio, pero asintió, aceptando mis reglas.

—Claro, yo soy el coordinador, estoy aquí para vigilaros a todos y cerciorarme de que hacéis bien vuestro trabajo.

—Pues espero que sepas coordinar tan bien como flirteas —le espeté. No pretendía ser un halago pero...

—Ah, ¿entonces te parece que flirteo bien? —Volvió a la expresión de sátiro de siempre, y tuve ganas de darle una colleja. Era insufrible.

Le miré entrecerrando los ojos, pero no dije nada. Me di la vuelta y caminé hasta el salón, donde la mesa de trabajo me esperaba.

A lo largo de aquella mañana, pasé de un estado de euforia y alegría a uno de aburrimiento total.

De euforia porque, en contra de lo que esperaba, el *palazzo* no estaba tan mal como creía, y el brillo en los ojos de Esther cuando hablaba de todo lo que podía hacerse en él la delataba. Disfruté mucho caminando a su lado mientras recorríamos las habitaciones, oyéndola hablar sin parar, contagiándome su entusiasmo.

Pero después empezaron las llamadas telefónicas y las largas conversaciones en un italiano horrible que me ponía el vello de punta. Si me lo permitiera, le daría clases particulares y haría que su acento tan desastroso mejorara muchísimo hasta conseguir el tempo musical digno de una nativa.

Pero, en lugar de eso, me pasé media mañana sentado en los escalones rotos de la escalera del vestíbulo, mirándola deambular de un lado a otro, pegada al teléfono móvil, pasando del italiano al español, llamando a técnicos, a especialistas y al ayuntamiento, demandando, casi exigiendo, lo que esperaba de ellos.

Lo que peor llevé fue que no me dejara ayudarla. Podría haber hecho alguna de las llamadas, por ejemplo. Podría haber usado mi tono aristocrático, ese con el que nací pero que casi nunca uso, para exigirles a los técnicos del ayuntamiento que se presentaran inmediatamente en el *palazzo* para hacer la inspección. El apellido Macchi todavía tiene mucho peso en la ciudad y, aunque no nos ponen la alfombra roja ni nos hacen reverencias como antiguamente, sí son más receptivos a nuestras exigencias disfrazadas de peticiones amables.

Pero cuando se lo sugerí a Esther, me miró de aquella manera que

empezaba a fastidiarme, como si yo fuese un niño molesto empeñado en entorpecer su trabajo.

Así que me senté en la escalera, enfurruñado, y empecé a divagar mientras la observaba.

Que era bonita, ya me había dado cuenta. Su paso enérgico transmitía fuerza, y su contención a la hora de hablar, severa pero sin dejar de ser amable, dejaba entrever un carácter firme, algo de lo que ya me había percatado de sobras.

Lo que me sorprendió fue la risa tan bonita que tenía, y que repicó en mis oídos como un cascabel. Fue cuando hice la broma sobre las madres. Soltar aquella tontería la había hecho reír con ganas, y me descubrió una Esther distinta, alegre y divertida, que ni siquiera había sospechado que existía. Una Esther que deseé conocer a fondo.

¿Cuán dura habría sido su vida?, me pregunté, lleno de curiosidad.

Esther no hablaba de sí misma. Cuando mantenemos conversaciones informales con otras personas, siempre salen a relucir experiencias propias; pero Esther casi nunca hacía referencia a nada de su pasado, ni siquiera por accidente, a no ser que hablara sobre arquitectura y edificios. Aunque, a esas alturas, yo ya sospechaba que había tenido que trabajar muy duro, y seguía haciéndolo, para conseguir su sueño.

Aunque tampoco es que ella fuese de mantener conversaciones insustanciales.

A las once en punto de la mañana, Esther se quedó quieta de repente. Se había pasado la mañana en movimiento, sin parar ni un segundo, yendo de acá para allá, hablando constantemente por teléfono, acompañando a los técnicos que finalmente habían aparecido, y señalando a los operarios que venían a sacar los escombros, por dónde debían empezar; y súbitamente, sus pies se quedaron pegados al suelo, miró el reloj y después alzó la vista hacia mí.

—Café —dijo, muy seria—. Necesito más café.

Me levanté de un salto sonriendo como un estúpido. ¡Por fin podría hacer algo más divertido que tener el trasero pegado a un escalón!

—En la esquina hay una cafetería que tiene unos dulces deliciosos, y el café es uno de los mejores de Venecia. Allí podremos estar tranquilos y

relajarnos un rato. ¿Qué te parece?

La mirada que me lanzó me congeló al instante. Incluso creí percibir un bajón drástico en la temperatura ambiente del vestíbulo, como si una ráfaga de aire helado hubiese atravesado el portal.

—¿De qué estás hablando? Lo que quiero es un café, no perder la mañana entera. ¿Por qué no me lo traes tú en lugar de estar ahí sentado mirando a la nada? Así harías algo útil. ¿No querías coordinar? Pues coordíname una taza de café hasta aquí.

Me hubiese echado a reír si aquello no me hubiese sentado como una patada en mis partes más íntimas y delicadas. Enfurruñado, le pregunté que cómo quería el café.

—Me da igual mientras sea doble y muy azucarado, aunque con un poco de leche estaría mucho mejor, gracias.

Lo dijo distraída, mirando el teléfono mientras marcaba otro número. ¿Pero esta mujer se pasaba la vida al teléfono? ¿En eso consistía trabajar como arquitecta?

Vaya chasco, pensé. No me había hecho ni puñetero caso en toda la mañana; ni siquiera me había dirigido una simple mirada de soslayo, y encima, me trataba muy mal.

¿Por quién me había tomado? ¿Por el chico de los recados? ¿En serio?

De repente, me sentí el más inútil de los habitantes de este planeta. Esther se había hecho cargo de todo durante la mañana, mientras yo me limitaba a no hacer nada. Incluso cuando los técnicos llegaron, ella me ignoró completamente. Tuve que levantarme y acercarme para estrecharles la mano y presentarme. No creo que le gustara la deferencia que aquellos dos hombres me mostraron al saber quién era yo; al contrario, me miró con los ojos entrecerrados y la frente arrugada cuando solté un par de chascarrillos, molesta conmigo.

¿Cómo podía tener tanta facilidad para hacer que me sintiera como un insecto?

Durante toda la mañana me había sentido como si fuese un estorbo. Como si estuviese de más. Incluso tuve la tentación, más de una vez, de largarme y dejarla trabajar en paz. Al fin y al cabo, eso hubiera sido la opción más lógica y fácil; yo no sabía nada de arquitectura, ni podía serle de alguna ayuda. Era

un procrastinador ocioso sin ningún tipo de sentido de la responsabilidad.

Pero, qué demonios, yo quería estar involucrado en el proyecto. Convertir el Palazzo della Luce en un hotel en el que todo el mundo quisiera hospedarse era mi responsabilidad, y no quería ser solo el tío que firma los cheques. Quería vivir todo el proceso desde el principio, y a fondo, en lugar de ser un mero espectador.

Mientras caminaba a grandes zancadas hacia el café, ladrando interiormente y deseando morder a todo el mundo como si fuese un perro rabioso, iba pensando en eso precisamente. En mandarla a hacer gárgaras (por no decir algo más fuerte) e irme a mi casa, volver a mi vida, con mis cosas, y dejar que ella se ocupara de todo; al fin y al cabo, para eso la había contratado, ¿no?

Volver a mi vida.

Eso estaría bien.

Pero, ¿a qué vida? ¿A una vida vacía de sueños y oportunidades? ¿A la vida superficial y frívola que había llevado hasta entonces? Una vida que había desperdiciado tontamente, en un arrebato juvenil que ya duraba demasiados años. Una vida que ya no me satisfacía en absoluto. Una vida que quería cambiar.

Y el cambio empezaba por hacerme responsable de mí mismo y de mis proyectos. Por una vez en mi vida, no quería cagarla. Quería demostrarme a mí mismo que podía ser útil, que tenía suficiente carácter como para llevar a cabo lo que me había propuesto.

Dejarlo todo en manos de Esther Blanch sería seguir el camino fácil. ¿Cómo podría sentirme orgulloso cuando todo acabara, si mi única aportación habría sido contratarla a ella y desentenderme después?

No, nada de eso. No podía dejarlo todo en manos de otra persona, y menos en las de alguien que acababa de conocer. Quizá no supiese nada de arquitectura ni de diseño, pero tenía que estar presente y ayudar en todo lo que fuese necesario. Incluso si ella no quería. Sobre todo, si ella no quería.

Aunque, sinceramente, tampoco me apetecía mucho convertirme en el chico de los cafés, y estaba seguro de que esa sería toda mi aportación si no encontraba otra manera más productiva en la que emplear mi tiempo.

Entonces, tuve una brillante idea. Llamé a mi amigo Alessio y, después de

charlar con él unos minutos, pregunté por su hermano Renzo. El chico era un adolescente un tanto irresponsable al que sus padres habían cortado el grifo de forma drástica para obligarlo a que se esforzara más en los estudios; pero el chaval, lejos de amilanarse, se había puesto a buscar trabajo.

—¿Por qué preguntas por él? —Alessio parecía algo receloso.

—Puede que tenga un trabajo para él. Necesito un chico de los recados para que le eche una mano a la arquitecta española, le vaya a buscar los cafés y esas cosas. ¿Crees que estará dispuesto?

—¿Dispuesto? Estará encantado.

—Pues hazme el favor, dile que en media hora lo quiero ver en el café Giovanni.

Estaba revisando los planos cuando Dante regresó. Había tardado demasiado en buscarme el café, y eso me había puesto de un mal humor de perros. No quería tratarle como al chico de los recados, pero estaba allí sentado en la escalinata sin hacer nada, y eso me puso nerviosa, así que le di algo que hacer. Lo que no esperaba es que trajera a alguien que lo hiciera por él. Aunque era algo que podía esperar de Dante Macchi, por lo poco que le conocía.

El chico que lo acompañaba, un adolescente de unos dieciséis años, con el pelo rubio y rizado, se acercó con mi vaso de café. Dirigí una mirada de reojo a Dante y luego me centré en el chaval que me traía mi ansiada cafeína.

—Gracias, ¿cómo te llamas? —pregunté en italiano.

—Soy Renzo, soy el nuevo chico de los cafés —respondió con una sonrisa radiante, como si aquello le hiciera sentir orgulloso.

Volví a mirar a Dante, que permanecía de pie con los brazos cruzados como si hubiera conseguido algún tipo de triunfo, sonriendo con suficiencia. Cogí el vaso que me tendía el chico y bebí antes de responder nada. Necesitaba despejarme y entrar en control.

«Este tío tiene más cara que espalda. Es un vago de mucho cuidado. Por lo visto está acostumbrado a tenerlo todo a base de pagar por ello, y a que otros le hagan el trabajo».

No podía evitarlo. Aquellas actitudes me desagradaban. Yo venía de una familia humilde, y habíamos tenido que trabajar por todo, luchar por cada

pequeño éxito. Me daba rabia que hubiera gente a la que la vida le venía regalada y que no parecían esforzarse por nada. Sí, solo era un café, por eso mismo, no necesitábamos a nadie que nos trajera los cafés, solo necesitábamos coordinarnos y hacer bien las cosas, pero Dante no se había hecho cargo de nada en toda la mañana, y eso me tenía un poco mosca.

El café comenzó a hacer su efecto y sentí que empezaba a calmarme. Podrá sonar contradictorio, pero es un gran tónico del sistema nervioso. Os lo aseguro.

—Gracias, Renzo. —Le tendí la mano—. Yo soy Esther.

—No hay de qué, ¿quieres algo más?

—No, Renzo, pero no te vayas muy lejos. Da gusto tener cerca a gente con ganas de trabajar. Puede que te ascienda a ayudante. Necesitaré a alguien que ponga orden cuando empiecen a llegar los materiales.

Renzo era muy jovencito, pero vi cómo su sonrisa se ensanchaba y le brillaban los ojos de pura ilusión. Realmente tenía ganas de trabajar, y eso me gustó.

—Me pareció que necesitabas un asistente —interrumpió Dante, acercándose y dándole un par de palmaditas al chico en la espalda—. Porque por si no te habías dado cuenta, yo soy el jefe, no el recadero —dijo con retintín.

—¿Ah, sí? —repliqué, cruzándome de brazos y lanzándole una mirada asesina—. Entonces haz de jefe, quítate del medio y deja de estorbar y distraerme.

Renzo nos miró a los dos, puso cara de poker y se apartó poco a poco hasta desaparecer de escena. No hizo falta que yo le diera ninguna orden para que cogiera una escoba y se pusiera a barrer.

—¿Te distrae mi presencia? —dijo Dante con ese tono juguetón que tan nerviosa me ponía, coqueteando.

—Tu presencia no me distrae, me distrae la presencia de cualquier espantapájaros que esté plantado todo el día sin hacer nada —le solté casi sin pensar. Dante me miró perplejo.

Y me di cuenta de que la había cagado. Me estaba pasando.

«¿Por qué me hace perder los nervios así este hombre? No ha sido para tanto. Es un vago, pero eso no es excusa. La mayoría de jefes lo son, solo

sirven para mandar».

Además, ese vago era mi cliente. Me pagaba por estar allí, y yo estaba tratándole francamente mal. Pero es que no hacía más que alterarme. Parecía que lo hiciera a propósito.

Durante un instante él solo me miró como si no comprendiera lo que me había atrevido a decirle. Entonces, repentinamente, se levantó las mangas del jersey, se dio la vuelta y cogió uno de los capazos que había cerca de la escalera. Airado, comenzó a llenarlo de escombros, levantando polvareda mientras ayudaba a Renzo a limpiar el vestíbulo con gestos decididos y bruscos.

No daba crédito a lo que estaba viendo. Y ahora que él no me veía a mí, no pude evitar sonreírme, satisfecha. ¿De verdad había hecho reaccionar a aquel aristócrata holgazán con ínfulas?

Pues eso parecía. Por una vez en su vida, la vergüenza azotó al gran Dante Macchi y le empujó a doblar el lomo y trabajar. Y yo sentí un secreto placer al ser testigo de primera mano de un hecho que debía ser histórico.

Capítulo cuatro

La primera semana no pasó tan rápido como esperaba. Los trabajos de desescombros eran lentos. Las cuadrillas de trabajadores me parecieron como hormigas afanosas, llenando los capazos con toda la porquería acumulada durante los años en que el Palazzo della Luce había estado deshabitado, y bajando los muebles que todavía quedaban allí, que resultaron ser muchos más de los que creía, para vaciar las habitaciones.

Decidí unirme a ellos porque tenía que hacer algo en lugar de quedarme de pie mirando como trabajaban. Me había empeñado en dejar de ser el vago de la familia, y empezar con un trabajo duro acabó pareciéndome una buena idea.

Por las noches, cuando me acostaba después de hincharme a analgésicos, con el cuerpo como si me lo hubieran molido a golpes, cambiaba de opinión y me decía que hablaría con Esther para exigirle que me dejara ayudarla de alguna otra manera; pero por la mañana me sentía tan lleno de energía y tan orgulloso de mí mismo, que volvía al *palazzo* de nuevo dispuesto a trabajar duro, como uno más.

Al principio, el capataz me miraba de forma extraña, como si se preguntara qué demonios hacía yo allí, llenándome de polvo la ropa, fabricando callos en las manos y estropeándome mi perfecta manicura. Pero el viernes, cuando aparecí por allí de nuevo a las siete de la mañana, me dio una palmada en la espalda y, con una amplia sonrisa de sorpresa, me dijo que estaba orgulloso de mí, que jamás habría imaginado que un petimetre como yo fuese capaz de aguantar toda la semana haciendo un trabajo tan duro.

Recibir el halago de aquel hombre me hinchó de satisfacción de una manera tonta. Nadie, jamás, y mucho menos un desconocido, me había dirigido un halago sincero como aquel, y me llenó de determinación para volver el lunes siguiente.

Pero el sábado por la mañana, después de una noche de sueño reparador, tenía el cuerpo hecho polvo. Me dolían hasta las pestañas.

Había sido el primer viernes de mi vida, que yo recordara, que había pasado la noche durmiendo en lugar de irme de fiesta por ahí. Me caí en la cama a las nueve, sin cenar siquiera, y a las siete de la mañana mi cuerpo se

había despertado sin necesidad de alarma. Intenté volver a dormirme, pero me fue imposible. Estaba agotado, quería seguir durmiendo, pero al mismo tiempo mi cuerpo estaba lleno de una extraña energía que me impulsaba a querer hacer cosas.

Un sábado.

Por la mañana.

Increíble.

Me tomé el café y salí a pasear para disfrutar de Venecia y del sol de octubre. Además, necesitaba pensar para intentar poner en orden mi cabeza.

Por un lado, estaba contento y satisfecho porque me había demostrado que era capaz de comprometerme en un trabajo duro sin rendirme a los cinco minutos.

Pero por otro lado, estaba molesto con Esther. En toda la semana había aparecido por el *palazzo* muy pocas veces. Se paseaba por el edificio tomando notas en su iPad, seguida por Renzo. De vez en cuando, se quedaba quieta en una habitación, observando las paredes y el techo, consultaba algo en el iPad, y tomaba más notas. Después, hablaba con el capataz, le daba algunas indicaciones en su extraño italiano, y se iba.

No me hizo ni puñetero caso, a pesar de que me acerqué a ella en cada ocasión para charlar y comentarle un par de ideas que había tenido. Por ejemplo, que los muebles que no estaban destrozados los había enviado al taller de un ebanista experto en restauración. Y que en el desván, guardados en baúles, habíamos encontrado una colección de vestidos antiguos y originales que se habían mantenido en buen estado, a salvo de las polillas, gracias a unas bolsitas de no sé qué hierbas, que olían tan mal que hasta habían ahuyentado a los insectos. Quería consultarle si le parecería una buena idea convertir una de las salas de la planta baja en un pequeño museo para exponerlos; o si sería mejor repartirlos por el edificio, en lugares que destacasen, para que los huéspedes pudiesen admirarlos al pasar.

Al final, el día anterior, había podido hablar por fin con ella. Más bien le impedí que se fuera poniéndome delante, obstaculizándole el paso.

—Dante, tengo mucho trabajo. —Alzó el mentón y me miró con desconfianza. Me estremecí, porque mi instinto me dijo que todavía estaba molesta conmigo por el espectáculo que Melissa había dado en plena calle. Y

si estaba molesta... ¿sería que, en el fondo, sí le interesaba?

—Solo quería saber si estás contenta con el chico. —Señalé a Renzo, que estaba tras ella, silencioso y circunspecto. El chaval, al oír su nombre, abrió los ojos como platos.

—Sí, sí, es muy eficiente.

—Me alegro. Por cierto, quería comentarte que los muebles...

—¡Espero que no hayas ordenado tirarlos! —exclamó horrorizada sin dejarme terminar de hablar, entrecerrando los ojos y mirándome fijamente—. ¡Le dije al capataz que debían guardarse en un almacén para ser restaurados más tarde!

—¿En serio? Qué raro. —No pude evitarlo. Tomarle el pelo podría ser divertido—. Y yo que pensaba que querías tirar todo lo viejo y roto.

—No habrás sido capaz —siseó, furiosa conmigo. Parecía a punto de echarse encima de mí con las uñas afiladas para arañarme la cara—. Contaba con ellos.

—Podrías habérmelo dicho en lugar de estar ninguneándome durante toda la semana.

—¡Se lo dije al capataz! ¡Y no estoy ninguneándote! Maldita sea, si se ha dejado engatusar por ti, lo despediré.

—Eh, tranquila, fiero. —Decidí que no iba a llevar más allá la broma. No entraba en mis planes poner en riesgo el empleo del hombre que me había alabado sinceramente hacía apenas unas horas—. Era una broma. El ebanista vino a seleccionar los que podían restaurarse y ya está en ello. Cuando termine, podrás escoger los que quieras para utilizarlos aquí. El resto, los venderé o algo. Por cierto, creía que tú en persona solo te encargarías de la rehabilitación del edificio, que de la decoración se encargaría alguno de tus empleados.

—Y así será, por supuesto. Jaime llegará cuando la obra esté más avanzada. Es un genio y tiene un gusto exquisito. Ya verás, cuando termine el *palazzo* parecerá sacado de un cuento de hadas.

—¿Jaime?

Jaime. Un tío. ¿En serio? De todo el párrafo, solo me quedé con que el decorador que se encargaría del *palazzo* iba a ser un tío que trabajaba estrechamente con Esther.

Los celos hicieron acto de presencia sin que pudiese evitarlo. ¿Por qué tenía celos de un tío al que ni siquiera conocía? ¿Un hombre del que no sabía ni el tipo de relación que tenía con Esther?

—Sí, Jaime. —Me miró con extrañeza, como si me hubiera salido una segunda cabeza o algo igual de raro. De repente, se le iluminaron los ojos y casi se le escapa una sonrisa—. Es una delicia de hombre, y como decorador es magnífico. Todo lo que hace, lo hace maravillosamente bien.

Aquel brillo y la casi sonrisa, me animaron. Sentí celos, sí, pero la oportunidad de tomarle el pelo pudo más que mi inseguridad. Por eso, la provoqué.

—¿Todo? —ronroneé con picardía—. ¿Todo, todo? —insistí—. Parece que os conocéis muy bien.

—Pues sí. Absolutamente todo. Y hace años que nos conocemos.

Me salió el tiro por la culata. Yo buscaba que ella se ruborizara cuando entendiera lo que implicaba mi pregunta, pero en lugar de eso, alzó la nariz con altanería, me miró con suficiencia, y me soltó ese «absolutamente todo» con tal seguridad que me dejó completamente descolocado.

¿Sería que no había pillado que iba con segundas? ¿Que en ese «todo» incluía el sexo? ¿O lo había pillado perfectamente y sabía de primera mano que ese tal Jaime era un buen amante? ¿Lo habrían sido? ¿Lo serían todavía?

—Pero seguro que no es tan guapo como yo.

—Te equivocas. No solo es tan guapo como tú, sino que, además, es inteligente.

Se fue de allí dejándome totalmente rayado. Mi cabeza dio vueltas como una peonza, imaginándome mil escenarios diferentes en los que ese tal Jaime y ella estaban juntos, sintiendo que la sangre me hervía de celos.

Celos.

Yo.

Que nunca jamás los había sentido.

Los celos están causados por las inseguridades, y os aseguro que no había en el mundo un hombre más seguro de sí mismo en cuestión de mujeres que yo. Las tías siempre se me han echado encima para seducirme, desde que mi barba despuntó con dieciséis años. Me las he tenido que quitar de encima, a todas.

Nunca he tenido amigas (excepto Gia), porque las mujeres siempre se me han acercado con una sola idea en mente. Incluso las madres de mis «amigas» se me han insinuado descaradamente más de una vez.

Los celos lo invadieron todo, coparon mi cabeza y mi corazón, y mi mente empezó a cavilar como una ametralladora. Me imaginé a Jaime como un reflejo de mí mismo, pero mejor. Un hombre capaz de hacer que los ojos de Esther brillaran de emoción, y de hacer que su piel se erizara con el contacto de sus manos. Un hombre al que no miraría con el desprecio que me demostraba a mí constantemente. Un hombre al que admiraría y al que sería capaz de amar.

Lo odié, antes de conocerlo. Profundamente y con todo mi ser.

Y de nada valió que me repitiera que eso no podía ser, que un hombre que se dedicara a ese tipo de trabajo tenía que ser gay a la fuerza, y que no debía verlo como un competidor por los afectos de Esther.

Porque, por mucho que me esforzara, no era capaz de quitarme de la cabeza la idea de seducirla.

A pesar de que acababa de llamarme tonto en mi cara.

O, quizá, precisamente por eso.

Me fascinaba que me diese tanta caña, que se resistiese a mí casi sin esfuerzo, que me criticara, que fuese dura conmigo. Que me dijera lo que pensaba de mí a la cara.

Sí, en el fondo me gustaba, porque me demostraba que era una mujer honesta, sincera, muy diferente a las mujeres con las que iba normalmente. Las mujeres con las que me he rodeado siempre son superficiales y vanidosas, y el único interés que tienen en la vida es gastar dinero y divertirse.

Son una versión femenina de mí mismo.

Todo lo contrario que Esther.

Pasarme la semana esperando que apareciera por el *palazzo* para llamar su atención, y el hecho de que ella a duras penas me hubiera hecho caso, consiguieron que la deseara todavía más.

Sí, la deseaba. Era hora de aceptarlo. La deseaba como nunca había deseado a otra.

La cuestión era: ¿qué iba a hacer con ello?

«De momento —me dije, echando una mirada al sol que iluminaba Venecia —, voy a buscarla para ir a desayunar con la excusa de que me cuente cómo van los avances con los planos. Y, después, ya veremos».

Abrí los ojos y miré el reloj sobre la mesilla. Los números iluminados en neón azul indicaban que eran las nueve y media de la mañana. En otra circunstancia, y a pesar de ser sábado, habría dado un salto de la cama, escandalizada por lo tarde que se había hecho. Tenía la costumbre de madrugar bastante, incluso durante el fin de semana, y si normalmente me levantaba a las siete, los días festivos no aguantaba hasta más de las ocho y media acostada en la cama. Una vez que mi cabeza se ponía en marcha ya no podía permanecer entre las sábanas.

Pero aquel sábado era distinto. Estaba agotada, y la noche del viernes se me convirtió en madrugada mientras terminaba de preparar los planos que debía presentar el lunes en el ayuntamiento. A pesar de que lo había estudiado todo al dedillo antes de viajar, me encontré con varios problemas con la legislación urbanística de la ciudad que me obligaron a hacer cambios de última hora. A las tres de la mañana aún estaba sumergida entre líneas y cálculos.

Y el resto de la semana no había sido mejor. Apenas había dormido más de cuatro o cinco horas cada día, y parecía que llegado el fin de semana mi cuerpo reclamaba el tiempo de descanso que le había negado. Y allí estaba, tumbada mirando al techo, pensando en qué órdenes debía dar a mis piernas para que se deslizaran fuera de la cama y me obedecieran de una buena vez.

El timbre me dio una buena excusa. El sobresalto hizo que me sentara sobre la cama, y después solo tuve que ponerme en pie y acudir a la puerta dando tumbos. Debía ser Gia, muchas mañanas venía a traerme el café y algo de desayuno, y suponía que ese día tendría libre y había venido un poco más tarde. Adormilada, con el pelo suelto y despeinado y cara de haber salido de la tumba en ese mismo instante, abrí la puerta.

Y cual fue mi sorpresa al ver a Dante allí, con su sonrisa brillante y encantadora, enfundado en los vaqueros oscuros y con una chaqueta que le entallaba la cintura y le sentaba fenomenal. Con el pelo peinado hacia atrás y toda su pose de galán. Llevaba un vaso enorme de café y me lo tendió nada más abrir la puerta.

Confusa, lo cogí sin pensar, por mera inercia.

—¿Qué... qué haces aquí?

«Y yo con estos pelos. Si lo llego a saber no le abro. ¿Por qué la gente no llama por teléfono antes de presentarse?», pensé indignada y apurada.

—Vengo a rescatarte de ti misma.

Mi reacción en aquel momento fue cerrar la puerta. Le cerré en toda la cara. Al tipo que me pagaba por mi trabajo. A mi jefe. Y lo hice con tanta frialdad que no me percaté de lo que estaba haciendo hasta que me di la vuelta dispuesta a volver a la cama y me di cuenta de que tenía un vaso de café en las manos.

Más apurada todavía, me di la vuelta y abrí de inmediato.

—Lo... Lo siento —balbuceé, pero vi que Dante no estaba enfadado. De hecho, seguía en la misma postura y con su misma sonrisa perfecta y beatífica —. No sé por qué he hecho eso.

—Está claro: porque no has tomado café aún. Por eso te lo he traído. Tómatelo y vístete, luego iremos a desayunar y te contaré cómo está avanzando todo.

Le miré con desconfianza. Dante rompía todos mis esquemas, y durante aquella semana lo había hecho día a día, volviendo al trabajo después de cada jornada de limpieza intensiva de escombros y catalogación de muebles antiguos. Me había sorprendido que volviera después de aquella primera tarde de trabajo, pero me había dado una lección.

Y ahora le tenía ahí, sonriendo como si estuviera más fresco que una lechuga. Y sin intentar nada raro.

«Sé de sobra de qué pie cojea», pensé. «A lo mejor solo quiere que baje la guardia para volver a las andadas».

—Venga... —dijo. Aún seguía mirándome con cara de niño bueno mientras esperaba mi respuesta—. Si tardas tanto en pensártelo te dará una lipotimia y tendré que llevarte al hospital en brazos, como a una princesa.

Aquello me hizo gracia, pero intenté no reírme. Debí fallar estrepitosamente porque entonces Dante se inclinó un poco hacia mí para hablarme.

—Permítete sonreír alguna vez, te sienta fenomenal.

Creo que por el mero hecho de llevarle la contraria, no lo hice. Lo miré con desdén y me crucé de brazos, sosteniendo el café que me había traído.

—No me vas a dejar opciones, ¿verdad? Vas a estar insistiendo hasta que acceda por puro hastío.

Él levantó las cejas con un movimiento rápido y gracioso.

—Recuerda que soy rico y ocioso. Tengo todo el tiempo del mundo para dedicarlo a convencerte. Puedo hacerte perder todo el día, o puedes aceptar y atreverte a pasar un buen rato. Al fin y al cabo vamos a hablar de trabajo, que es lo que te apasiona, ¿no?

Suspiré. Menudo morro tenía el niño pijo. Pensé en enviarle a freír espárragos. Me molestaba que pensara que al final podía tener todo lo que desease, ya fuera con dinero o a base de ser pesado; pero la verdad es que estaba muerta de hambre, y la idea de salir a desayunar y despejarme no me parecía tan mala.

—Dame media hora —respondí al fin—. Tengo que tomarme este café y darme una ducha.

—¿No me invitas a entrar?

—No —respondí tajante—. Si tanto tiempo libre tienes y te da igual cómo usarlo, espera en el rellano.

—¿Qué pasa? ¿No te fías de mí? —preguntó en un tono burlón.

—No, claro que no me fío de ti —respondí muy seria antes de cerrar la puerta.

Me mordí los labios y di un sorbo del café mientras me dirigía al baño. ¿Realmente era de él del que no me fiaba? Sabía que Dante no era peligroso, no iba a pasar nada si esperaba en el sofá mientras yo me duchaba, pero me ponía nerviosa tenerle allí en casa, tan cerca. Aquella intimidad me hacía sentir extraña, no había estado evitándole toda la semana en balde.

Me duché sin darme demasiada prisa, me sequé el pelo y me asomé a mi armario. Viendo la ropa que tenía allí comenzaron a asaltarme las dudas. Dudas que yo no había tenido jamás: ¿qué podía ponerme? No había traído nada informal, toda la ropa que tenía era mi ropa de trabajo, trajes pantalón y alguna que otra falda para las cosas más formales, pero todo me pareció aburrido y fuera de lugar de pronto.

«¿Y qué más da? No he venido aquí de turismo, ¿no? Es lo que siempre le

digo a Dante».

Rebelándome contra aquella repentina inseguridad, cogí uno de mis trajes chaqueta y me lo puse. Luego me peiné, atándome el pelo en una coleta, y me puse un poco de maquillaje para disimular las ojeras, nada que ver con que quisiera estar medianamente presentable para ese engreído de Dante.

El susodicho seguía esperando cuando salí. Estaba allí, apoyado en la pared del pasillo, mirándose la manicura con aire despreocupado a pesar de que le había hecho esperar al menos media hora. Con un gesto ligero se miró el reloj, y luego me miró a mí sonriendo con esa mirada traviesa que ponía a veces.

—Si tardas un poco más nos tenemos que ir a comer en lugar de a desayunar.

A pesar de su sonrisa, no capté que se trataba de una broma.

—¿Sabes? Si tienes prisa lo podemos dejar correr, yo tengo mucho trabajo que hacer, pero has venido tú a...

—Esther... —dijo levantando las manos en son de paz—, solo era una broma. Deberías tomarte la vida menos en serio, ¿sabes?

Me sentí un poco estúpida. No entendía por qué aquel italiano presuntuoso y guapísimo me ponía tan nerviosa. Seguramente por eso, porque era atractivo y lo sabía, y su seguridad me hacía sentir amenazada, como si en cualquier momento pudiera derribar mis defensas y seducirme.

—Tú puedes permitirte el lujo de tomártelo todo a broma, pero yo, no —respondí sin darle tregua, cerrando la puerta con llave mientras él se acercaba.

—Venga, no te enfades. No quería ofenderte —dijo poniendo una voz melosa que me hizo tragar saliva. Por eso me ponía nerviosa, porque a pesar de todo, Dante tenía un extraño poder de seducción, y yo me negaba en redondo a que aquello me afectase.

—Vamos, ya hemos perdido demasiado tiempo —le dije intentando parecer agria. Él ignoró mi tono y me tendió el brazo con un ademán caballeroso.

—¿Me permitiría el honor la dama de bajar las escaleras junto a mí?

Carraspee para no reírme, no fuera a pensar que era gracioso y siguiera con sus tonterías. En lugar de agarrarle el brazo, caminé por delante de él para bajar las escaleras sola.

—Se te pone un brillo muy bonito en los ojos cuando te aguantas la risa — dijo a mis espaldas. Y no pude evitar sonreír esta vez, cuando no me veía.

Por una vez me dejé llevar sin rechistar. Fuimos a pie hasta la plaza San Marcos, pero lo último que esperaba era que me llevara al café más famoso y caro de Venecia: el café Florian. Dante se detuvo en la puerta y la abrió para invitarme a entrar, pero yo me quedé bloqueada.

—Ah... No, no, Dante. Hay sitios donde no te arrancarán el hígado y el café sabrá igual de bien.

—No te tienes que preocupar por eso —respondió—. Puede que en otros sitios el café sepa igual, pero te aseguro que ninguno de esos lugares tiene tanta historia como este. Es el café más antiguo de la ciudad y el primero que permitió entrar a mujeres, ¿lo sabías? Honra su historia aceptando mi invitación.

—Ah... Yo...

—Por favor —dijo esbozando un gesto de súplica.

La opulencia del lugar era acorde a sus precios, pero me olvidé de ese detalle al entrar. El café era como un museo, las pinturas auténticas, los marcos cubiertos de pan de oro, las molduras de los ricos techos llenos de detalles, los frescos y el mobiliario antiguo me dejaron sin habla mientras Dante me mostraba los distintos salones del café. En ellos, la gente hablaba en un tono bajo y comedido mientras disfrutaban de sus cafés. Dante me invitó a sentarme en uno de los sillones forrados de terciopelo granate, y yo tomé asiento sintiéndome indigna, como si solo el hecho de estar allí pudiera estropear aquel lugar. Casi daba miedo tocar las cosas.

—La moda de los cafés nació en Venecia, ¿sabías? —comentó Dante mientras se sentaba. Él parecía en su salsa en aquel lugar de opulencia y oropel.

—No tenía ni idea —respondí aún impresionada.

—Sí, fue por sus rutas comerciales con oriente. Trajeron aquí el café, y comenzaron a abrirse tiendas donde lo vendían. La moda creció y se extendió por toda Italia, y luego siguió hacia Austria.

Me sorprendió que estuviera contándome aquello. Los ojos le brillaban, y no había rastro de ese aire burlesco que solía contagiarse a su sonrisa cuando

bromeaba. No se lo estaba inventando, y eso me gustó.

El camarero vino en cuanto nos sentamos, y me pareció evidente que conocía a Dante, se dirigió a él en primer lugar, saludándole por su nombre y apellidos, y después nos tomó nota tras explicarnos extensamente la carta. Pedimos *capuccinos* y *focaccini* para acompañar, unos bollos dulces que tenían muy buena pinta.

No sé si estaba influenciada por el precio o por el hambre voraz que tenía, pero tanto el café como aquellos bollos me supieron a gloria y suavizaron mi humor mientras Dante me hablaba de la sala en la que nos encontrábamos, llamada de los Hombres Ilustres, donde se reunían grandes personalidades a debatir sobre todo tipo de temas. Lo hacía con tanta soltura y gracia que incluso me arrancó un par de sonrisas sin que me diera cuenta.

—¿Ves como puedo ser un guía ideal? —me dijo al final.

—Al menos si no te lo estás inventando...

—Oh, claro que no me lo invento, se lo puedes preguntar a Alvise —dijo haciendo un gesto hacia el camarero.

Negué rápidamente con la cabeza.

—No hace falta que le llames. Te creo.

—Entonces... ¿querrás que te haga de guía mañana? —dijo con la sonrisa ilusionada de un crío—. Te contaré los secretos de Venecia.

—El lunes tenemos que entregar los planos y aún me quedan cosas por hacer... —Era una excusa. Y me pregunté por qué la ponía. En el fondo, estaba muy tentada de aceptar esa invitación. Quería ver la ciudad.

—Los entregaremos por la tarde, y por la mañana te ayudaré en todo lo que pueda. Venga... el domingo es el día del señor y está prohibido trabajar, y tú no tienes pinta de pecadora.

«Ya estamos. Con lo bien que iba».

—Tú no sabes lo pecadora que puedo llegar a ser —le solté sin pensar. Y tan pronto lo solté sentí que me ardían las mejillas—. Y tampoco lo sabrás —intenté arreglarlo.

Dante me miró con los ojos muy abiertos, como si no hubiera esperado ese comentario y le hubiera pillado con la guardia baja. Como de hecho fue.

«Esto no es propio de mí», pensé de pronto. Y que Dante no dijera nada,

que se hubiera quedado sin palabras, me hizo sentir aún más incómoda.

Si ese hombre no se callaba ni debajo del agua, ¿por qué reaccionaba así?

—Ah..., disculpa. Esto... es verdad que tengo que adelantar los planos y no tengo casi tiempo, así que es mejor que vuelva al apartamento —dije poniéndome en pie, sin mirarle a los ojos siquiera. Cogí mi bolso y enfilé directa hacia la puerta, sintiéndome absolutamente ridícula.

«¿Qué demonios me pasa?». De pronto solo quería huir de él, y no aceptar que acababa de devolverle un flirteo con otro.

Le escuché levantarse detrás de mí y decirme que esperara, pero no lo hice. Salí a la plaza, y al poco él me alcanzó, después de haber pagado la cuenta.

—Esther, ¿qué ocurre? ¿Te he ofendido?

—No, no es nada de eso. Tengo que centrarme, Dante, no hay más —mentí. Mi cabeza era un hormiguero, y no me había sentido tan avergonzada por algo que hubiera salido de mi boca en mi vida.

No es para tanto, pensaréis, pero aquello era un síntoma de que estaba pasando algo. Algo que no quería aceptar. Y mi subconsciente me estaba traicionando.

—Vale... vale, déjame acompañarte a casa —se dio por vencido, y yo no se lo negué.

Dante me acompañó sin decir nada más, y solo antes de cerrar la puerta del apartamento le escuché hablar con su voz cantarina.

—Te espero mañana. A las diez, estaré puntual en tu puerta, ¿de acuerdo?

—Vale, ¡vale! —respondí antes de cerrar.

Me apoyé contra la puerta y me tapé la cara con las manos una vez le dejé en el pasillo.

—Dios santo... ¿por qué soy así? —murmuré a la nada.

Me quedé en el rellano durante unos minutos, absolutamente satisfecho por cómo habían ido las cosas. Había conseguido que Esther sonriera en varias ocasiones, y que se comprometiera a pasar el domingo conmigo, ¡toda una hazaña! Estaba feliz, como un niño que ha conseguido por fin aquel juguete por el que tanto ha suspirado.

Bueno, comparar a Esther con un juguete no ha sido una elección acertada porque no era mi intención jugar con ella. Aunque, en aquel tiempo, todavía no tuviese muy claro cuáles eran mis intenciones; solo sabía que ella me gustaba mucho más de lo que me había gustado una mujer antes, que me sentía atraído como la polilla por la luz de la vela sin importarme que pudiese acabar con las alas quemadas, y que había conseguido que dejara de pensar en Hannah y de lamentarme por su pérdida.

Me engañé diciendo que la deseaba porque era diferente a las mujeres de mi círculo de amistades, y que me había propuesto, como una especie de reto personal, demostrarle que la vida no era solo trabajo y más trabajo, sino que la diversión también debía formar parte de ella.

Sí, estaba hecho un lío, más liado que la pata de un romano.

Decidido a compartir mi alegría con los demás, subí decidido las escaleras hasta la puerta del apartamento de Gia, y usé mi llave para entrar con la intención de molestarla un rato.

Estaba tirada en el sofá. Todavía llevaba puesto un pijama lleno de corazoncitos, y estaba con la televisión encendida, viendo una de esas series románticas turcas tan horribles que se habían puesto de moda. Cuando oyó la puerta, levantó la cabeza y me miró con ansias asesinas.

—¿Cuántas veces te tengo dicho que no entres sin llamar antes? Algún día te llevarás una sorpresa y me encontrarás follando.

Solté una carcajada espontánea. Gia siempre me resulta muy graciosa cuando intenta ser obscena.

—Bastante improbable. Incluso me atrevería a decir que tienes eso de ahí abajo lleno de telarañas de lo poco que lo usas.

—¡Og! —gruñó, incorporándose a medias para coger un cojín y lanzármelo a la cara—. ¡Eres un cerdo!

—¡Eh! —El cojín impactó en mi rostro y cayó al suelo—. ¡Si has empezado tú! Yo solo te seguía la conversación. —Me senté a su lado y coloqué el cojín en su sitio—. Pero, en serio, me preocupa que te pases los días de casa al trabajo y viceversa. Últimamente no sales a divertirte a no ser que yo te saque a rastras, ni tienes citas. ¿Acaso el panorama masculino veneciano ya no te interesa?

—Preocúpate menos de la vida de los demás y pon orden en la tuya.

¿Cuándo te vas a echar una novia formal? Porque ya te va tocando.

Curioso que cuando me habló de «una novia formal», a mi mente acudiera la imagen de Esther. No sé qué gesto compuse en mi rostro, pero Gia se me quedó mirando con los ojos entrecerrados y vi que los engranajes de su cabeza se ponían en marcha a toda velocidad.

—¿Qué? —le espeté, sintiéndome escrutado, analizado y diseccionado.

—¿Hay algo que quieras contarme?

—No, ¿por?

—¿Seguro que no?

—¿Por qué me preguntas eso? —acabé exclamando, molesto.

—Porque has puesto una cara muy rara cuando he dicho lo de la novia formal. ¿Acaso hay alguna por ahí, revoloteando? —añadió, haciendo un remedo un tanto siniestro de melosidad.

Me puse rojo como la grana. Noté como el calor subía a mi rostro hasta ponerme las mejillas coloradas. Intenté poner mi pose más indolente para contrarrestar el efecto que ese sonrojo iba a tener, pero fallé estrepitosamente.

Gia estalló en carcajadas.

¡No hay nada mejor que alegrarle el día a Gia!

—¡No me jodas que te has enamorado! —balbuceó entre carcajada y carcajada—. ¿De quién?

Ese «quién» sonó más bien como un «kuiiiiiiiiiennnnn», producto de la risa incontenible de mi querida y adorada prima, a la que quiero con locura pero que a veces estrangularía con mis propias manos.

—De nadie que te importe —contesté, molesto por su risa y por los codazos que estaba metiéndome para obligarme a confesar.

—¡Uuuy, que esto es más serio de lo que parece! —siguió carcajeándose—, ¿será la borracha de Melissa? ¡No, no! ¡La taquicárdica de Antonella! ¿O la histérica de Marcella? ¡Te veo el resto de tu vida viviendo con tapones en los oídos!

Siguió riéndose a mi costa un buen rato, nombrando a todas aquellas amigas mías que ella tenía el disgusto de conocer (así lo decía Gia para remarcar me lo poco que le gustaban todas y cada una de ellas), dándome codazos e incluso intentando hacerme cosquillas.

Al final, para que se callara, acabé confesando entre dientes.

—Me he pillado de la española.

—¿De quién? —preguntó, quedándose seria de repente, incorporándose en el sofá y mirándome con sus increíbles y escrutadores ojos—. ¿De Esther? Si ella no es el tipo de mujer con el que sueles liar te.

—Precisamente por eso me he pillado. Creo que mucho. Demasiado.

—¿No será que te gusta porque te lo pone difícil?

—Puede —reconocí a regañadientes.

—Te has picado porque no quiere tocarte ni con un palo. Dante, eso es simplemente una cuestión de orgullo.

—¡Y yo que sé! —estallé, levantándome del sofá. Empecé a caminar de un lado a otro como un león enjaulado, esperando hacer un surco sobre la alfombra—. ¿Cómo voy a saberlo? ¡Estoy hecho un lío! Tengo la cabeza como si dentro tuviera a mil grillos haciendo un concierto de Metallica. ¡No sé lo que siento o dejo de sentir! Solo sé que me he obsesionado con ella, y que por más que intento quitármela de la cabeza, no puedo. ¡Si hasta me he pasado la semana trabajando como un obrero más, esperando con ansia que ella apareciera por allí! ¡Mira mis manos! —gemí—. ¡Están destrozadas!

—Ay, pobrecito mío —se burló. ¡Qué cruel! Ten primas para esto—. Tus preciosas manos se te llenarán de callos. —Después enderezó la espalda y me miró sin parpadear, signos evidentes de que iba a ponerse seria—. Dante, sabes que te quiero mucho, y sé que en el fondo eres un tío estupendo, sensible y cariñoso, pero no juegues con Esther. No es el tipo de mujer que va por ahí teniendo romances sin sentido solo para divertirse, y si la persigues y al final se enamora de ti, cuando todo termine le harás mucho daño. Y terminará, porque eres como eres, no puedes evitarlo y ambos lo sabemos. Te aterra el compromiso, Dante.

Me ofendí con aquella aseveración. Gia me conocía demasiado bien, tanto, que cuando me soltaba las verdades a la cara, me dolían mucho. ¿En serio yo era así? No, me negaba a creerlo. Yo no le tenía miedo al compromiso. Había estado dispuesto a comprometerme con Hannah, ¿no? Estaba loco por ella y preparado para dar el siguiente paso. Estaba convencido de ello.

Pero...

—Yo no soy de los que juegan con los sentimientos de las mujeres —me

defendí. No estaba preparado para analizar las verdaderas intenciones que había tenido con Hannah. Todavía no. Así que me puse como gato panza arriba—. He tenido muchos líos, sí, pero a ninguna de ellas le he pedido más de lo que estaban dispuestas a dar, ni les he prometido nada. Cada una de ellas sabía perfectamente dónde se metía.

—Puede ser, pero si te empeñas en perseguir a Esther será mejor que seas sincero con ella desde el principio y le dejes las cosas claras, no vaya a creer lo que no es.

Volví a dejarme caer en el sofá, suspirando, totalmente desanimado. Gia tenía razón, como siempre. Esther no era como las demás mujeres que había en mi vida, eso ya lo sabía. En mi círculo, si le dedicaba una sonrisa a una mujer, sabía lo que quería de ella sin necesidad de decírselo. Sexo. Nada más. Sexo superficial y sin ataduras. Todas me conocían demasiado, a esas alturas, y sabían qué no debían esperar de mí. Es la fama que me precedía.

Pero Esther, a pesar de que me había calado desde el primer momento, no me conocía en absoluto. Ni yo a ella.

—De todas formas, da igual —le dije, con la cabeza gacha y los codos apoyados en las rodillas—. Una mujer como Esther jamás se fijaría en un tío como yo. Me desprecia, y ni siquiera se molesta en ocultarlo.

Gia se compadeció de mí. Lo vi porque su mirada cambió y me cogió del brazo para apretarse contra él mientras esbozaba una sonrisa triste.

—¿Una mujer que no cae rendida a los encantos de Dante Macchi? Habrase visto hasta dónde hemos llegado. ¡Eso no lo ha visto el mundo! —bromeó con dulzura—. ¿No será que es de otro planeta?

Me eché a reír. Sí, Esther era de otro mundo, de un mundo en el que la gente no se ocultaba detrás de una careta, que era sincera con sus sentimientos y que le daba importancia a las cosas que verdaderamente la tenían.

Un mundo que me era totalmente ajeno, excepto por Gia.

Me eché a reír, no pude evitarlo. Gia tiene ese efecto en mí. La abracé con fuerza y di gracias a Dios y a la Madonna por tenerla en mi vida.

—Eres la única que me comprende de verdad, Gia. La única persona en esta vida que me dice las cosas tal cual, sin juzgarme. No sabes cuánto te lo agradezco.

Me empujó para apartarse de mí sin dejar de reír.

—No te pongas melodramático, cariño. Y no te rayes por Esther. Dale tiempo a tu corazón, y ya se te aclararán las ideas. Ya verás.

Capítulo cinco

Aquel domingo, aunque no quisiera reconocerlo, desperté nerviosa. Estuve un buen rato delante del espejo, evaluando los pantalones lisos que había escogido, de un color crema que de pronto me pareció aburrido, y el jersey blanco. Era lo más confortable que tenía para salir a hacer turismo, y aun así no me sentía del todo cómoda. Me había hecho una coleta, pero el conjunto me pareció insulso.

«¿Desde cuándo me preocupa esto a mí?».

Resoplé y me quité la goma del pelo, peinándome con los dedos para dejarlo suelto. El aspecto que mostraba en el espejo me hizo sentir más segura esta vez. Estaba acostumbrada a llevar el pelo recogido para el trabajo, donde tenía que dar una imagen más seria, pero ahora no había necesidad de eso. Mi pelo se retorció en bucles en las puntas y era muy espeso, algo que siempre me gustó y de lo que raramente hacía ostentación.

—Un poco de colorete tampoco estaría mal... —pensé en voz alta mientras abría mi neceser.

Al cabo de unos minutos me sentía lo suficientemente segura como para enfrentarme al día que me esperaba. A las diez en punto me puse el abrigo, y casi al mismo tiempo sonó el timbre y mi estómago se encogió absurdamente.

«¿Es que me he vuelto tonta? Solo voy a hacer turismo, no tengo por qué estar nerviosa».

La sonrisa luminosa de Dante me recibió al abrir la puerta. Sus ojos parecían chispear de una ilusión que me resultaba incomprensible.

—Buenos días —saludé mientras cerraba la puerta.

Dante parpadeó, y por un instante pareció que no encontraba palabras para responder.

«¿Qué le pasa a este hoy?». Nerviosa, me pasé las manos por el pelo y me pregunté si acaso él estaba juzgando algo de mi aspecto. «¿Me habré pasado de atrevida?».

—Ah, buenos días. —Reaccionó al fin—. Hemos tenido suerte y ha salido un sol dorado espectacular. ¿Dónde quieres ir primero?

—El Palacio Ducal y la Catedral de San Marcos —dije sin tener que pensármelo.

No había sido consciente de las ganas que tenía de disfrutar de la ciudad hasta ese momento. Incluso Dante se sorprendió, pero ensanchó su encantadora sonrisa y me ofreció el brazo.

—Entonces deja que te guíe.

Esa vez acepté y le tomé del brazo.

Como había anunciado Dante, el día había amanecido resplandeciente, un sol dorado besaba los canales y hacía vibrar los colores de Venecia, dándome una segunda bienvenida que hizo que mi corazón se estremeciera. Las aguas de la laguna vestían un color aguamarina que solo había visto en los cuadros de Canaletto y que siempre creí una idealización, pero era real. Todos los colores de aquellas pinturas lo eran. Eran, de hecho, más bonitos de lo que cualquier artista hubiera podido plasmar. La Plaza San Marco me robó el aliento, el Campanile se alzaba sobre ella apuntando al cielo, majestuoso, y la imagen de la catedral parecía un sueño materializado contra el azul límpido del cielo. Dante hablaba animadamente, describiéndome los antiguos días de mercado en la plaza como si él mismo los hubiera vivido y hablándome sobre las celebraciones del carnaval que sí había visto con sus propios ojos.

La primera sorpresa del día me la llevé al llegar a la entrada del Palacio Ducal y ver que Dante, ni corto ni perezoso, se saltaba la kilométrica cola que esperaba para la visita de la mañana. La gente nos miró indignada, y lo cierto es que me sentí algo avergonzada.

—Dante..., ¿no deberíamos...?

—Los Macchi no hacemos cola. Recuerda que Gia trabaja aquí.

Sospechaba que tenía más que ver con el apellido y el dinero que tenían que con el hecho de que Gia estuviera allí, pero el caso es que los revisores reconocieron a Dante y no solo le dejaron entrar, sino que quisieron llamar a un guía para ofrecernos una visita exclusiva. Dante se negó, y yo lo agradecí. No estaba acostumbrada a que me trataran con aquella preferencia, y tampoco creía merecer más que la gente que estaba haciendo cola y pagando la entrada como cualquier hijo de vecino. Sin embargo, no era tan tonta como para quejarme del privilegio que suponía aquello, y lo aproveché al máximo. Las

salas del palacio, las pinturas de los altos techos, los artesonados y los muebles antiguos me fascinaron, y por lo que podía leer en los folletos y placas, Dante no se estaba inventando nada. Estaba siendo especialmente agradable, sin sus habituales histrionismos, y la personalidad que dejaba entrever en esos momentos me permitía relajarme. Parecía una persona normal.

«Incluso atractiva», me atreví a pensar. Saqué aquel pensamiento de mi cabeza a empujones y me centré en la visita.

Dante me llevó a las antiguas celdas y accedimos a los corredores secretos que conectaban las administraciones públicas con el lugar donde se enjuiciaba a presos y malhechores. Por lo que me explicaba Dante, allí podría haber acabado cualquiera por el asunto más absurdo, ya que las denuncias se hacían de manera anónima a través de un buzón en la calle, y si le caías mal a tu vecino bien podías acabar colgando de la horca. Siguiendo por los estrechos corredores y las estancias administrativas, acabamos llegando a una celda bajo el tejado. Era de madera, con un pequeño ventanuco que daba al exterior y por el cual apenas entraba luz, de techo tan bajo que teníamos que agacharnos un poco al entrar.

—Esta es mi favorita —dijo Dante con una sonrisa.

—¿Tu favorita? Es bastante siniestra...

—De eso se trata, es una celda, pero no una celda cualquiera —dijo abriendo los brazos al entrar. Se colocó en el centro y alzó las cejas con un gesto teatral.

—¿Qué misterio hay?

—Esta fue la celda de Giacomo Casanova: famoso libertino, pero muchas cosas más. Fue agente secreto, bibliotecario, alquimista, diplomático, filósofo, aventurero..., y el primer preso que logró escapar de las celdas del Palacio.

—Vaya, eso lo hace más interesante que su fama de mujeriego.

—Fue mucho más que eso. Y, además, también es familia mía —añadió con un retintín orgulloso. Ya lo había dicho otras veces, pero pensaba que estaba de broma.

Le miré un tanto incrédula.

—Dices eso para ligarte a las turistas impresionables...

—¡No! Lo digo totalmente en serio. Está en los registros familiares. Una

de mis antepasadas tuvo un *affaire* con él y en algunas cartas descubrimos que la hija que tuvo no era de su marido, sino de él. Esa hija se casó con un Macchi, y mi rama familiar desciende de ella. Así que es muy real que tengo sangre de Casanova.

Gia ya me había advertido de la inventiva de su primo, así que me tomé aquello con mucha cautela. Una nunca estaba segura de cuándo Dante estaba hablando en serio y cuando no.

—Si es así, comprendo mejor que las chicas se tiren a tu cuello por la calle —comenté con cierto retintín, aunque me costaba creerle.

La cara le cambió de pronto, si hubiera sido un perro hasta habría agachado las orejas.

—Aquello fue una tontería, y la verdad es que me avergonzó que fueras testigo de algo así.

—No me tienes que dar ninguna explicación, Casanova —respondí riéndome por lo bajo—, pero quedó claro qué tipo de hombre eres.

—¿Y qué tipo de hombre soy? ¿Uno extremadamente seductor e irresistible?

Los dos hablábamos en tono de broma, pero yo aún tenía mis reservas con él. Me había demostrado que estaba implicado con su proyecto y que era más serio de lo que pretendía mostrar al mundo, pero en relación a las mujeres aún no las tenía todas conmigo.

—No, si atractivo y seductor eres, pero yo estoy vacunada contra esas cosas —dije mirándole de arriba abajo.

Dante se limitó a reírse y a señalarme el camino de salida con otro gesto teatral.

Era casi mediodía cuando salimos a la plaza. Aunque no era temporada alta, el lugar estaba atestado de gente. Había larguísimas colas para acceder a la catedral y al Campanile, turistas sentados en escaleras y en el suelo o paseando erráticamente de aquí para allá con los ojos puestos en las alturas. Era difícil moverse sin chocar con nadie o sin tener que detenerse cada poco para esquivar a grupos y visitantes solitarios. No sé qué cara debí poner mientras nos abríamos paso por la plaza, pero debió quedar claro lo poco que me gustan las multitudes.

—¿Estás bien? Podemos volver más tarde, cuando haya menos gente... —

dijo Dante con cierto tono de preocupación.

—No. No importa, este es el precio por visitar Venecia. Es una pena que esté tan masificada... —me lamenté en alto.

—Lo es. El turismo mantiene viva la ciudad, pero si sigue así, también será su muerte.

—¿Por qué dices eso? —pregunté con verdadera curiosidad.

—La gente no es muy cívica, llenan las calles de basura..., por no hablar de la mala educación general, pero lo más preocupante es lo de los cruceros, la ciudad no puede soportar que miles de personas lleguen en un instante, y el volumen de esos barcos hace que las aguas suban, se agiten y erosionen los cimientos. Llevamos mucho tiempo luchando porque los cruceros no lleguen a nuestro puerto.

—Vaya... Eso es una barbaridad.

La idea de que toda aquella grandeza acabase bajo el agua o pisoteada por culpa de la codicia humana me llenó de tristeza. Cada centímetro de aquella ciudad merecía ser respetado y preservado para siempre, como un baluarte de la memoria y del arte. Había sobrevivido a través de los siglos, y esperaba que pudiera sobrevivir a la voracidad de los tiempos modernos.

Tal y como había hecho en el palacio, Dante se saltó la cola para visitar la catedral. Allí dentro el flujo de visitas estaba controlado, la gente no se apiñaba y caminaba despacio, observando en silencio reverencial las altas cúpulas. Comprendí el silencio al alzar la mirada, y yo misma me quedé muda, observando los mosaicos, las doradas teselas que formaban firmamentos fantásticos en los que estaban representados Jesucristo y los santos. La luz se reflejaba en lo alto, provocando un efecto de irrealidad que secuestraba los sentidos y elevaba el espíritu.

Me di cuenta entonces de que Dante había dejado de hablar, y era extraño, porque no había dejado de hacerlo en toda la mañana. Le miré de reojo; sus ojos estaban puestos en los mosaicos, en las altas cúpulas doradas, y brillaban como contagiados de aquella luz, observando el lugar fascinados. Sabía que no era la primera vez que Dante entraba allí, pero me costaba creer que le impactase tanto como parecía.

—Viendo lo hermosa que es uno comprende que la gente no dudase de la existencia de Dios al entrar aquí —dijo en voz baja. Estaba cerca de mí y

pude oírle a la perfección, su voz sonaba arrobada—. Parece hecha por su misma mano.

Que Dante se sentía orgulloso de su ciudad era algo que ya sabía, pero la sensibilidad que descubrí en él en ese preciso momento me sorprendió. Su relación con Venecia era algo más que el orgullo que sentía por ella, realmente parecía muy unido a su ciudad, como si hubiera una conexión especial entre él y el suelo que pisaba. Aquello era algo que yo podía entender, y me hizo sentir más cercana a él, como si al fin hubiera encontrado algo que no me resultase confuso ni difícil de entender en su personalidad.

Nuestras miradas se encontraron cuando bajó los ojos y entonces me dedicó una de sus sonrisas encantadoras. El calor me subió a las mejillas y volví la atención a la catedral.

—Tómate tu tiempo, este sitio lo merece —dijo apartándose un poco de mí. Sin darme cuenta, nos habíamos acercado demasiado.

La mañana pasó como un suspiro y después de comer en una *trattoria* visitamos el barrio judío. Dante estaba siendo fiel a su palabra y fue un guía genial. No dejó de sorprenderme en toda la jornada, contándome detalles históricos adornados con sus gestos teatrales y sus sonrisas. A media tarde, mientras paseábamos por una de las callejuelas estrechas entre altas casas de viejos apartamentos donde antiguamente se afinaban los judíos del *guetto*, comencé a sentirme cansada. Habíamos ido a pie a todos los sitios, la única manera de desplazarse por la ciudad si no usabas las lanchas o el vaporetto, y no habían sido pocas las escaleras que habíamos tenido que subir y bajar para movernos entre barrios. Venecia es un laberinto del que se disfruta con largos paseos, pero también estaba resultando agotadora.

—Antiguamente debían tener las piernas muy duras... —bromeé con cierta fatiga, deteniéndome en el centro de uno de los pequeños puentes que salvaban un canal. Al fondo, el sol ya bajaba y se volvía dorado—. Dame un momento para recuperar el aliento.

—Se me ocurre algo mejor. Si estás cansada de caminar, vamos a darnos un paseo por los canales en una góndola.

Le miré con cierto recelo. No me acababa de acostumbrar a ese Dante que no me tiraba la caña ni se comportaba como un adolescente, y no estaba segura de que fuera buena idea sentarme en una góndola con él; sin embargo, me

dolían demasiado los pies como para negarme a algo que parecía tan relajado y agradable. Los turistas parecían disfrutar mucho montados en aquellas oscuras barcazas.

—Bien, de acuerdo, vayamos a por una —concedí al final.

En ese momento no recordé el miedo que me daba no ver el fondo de los lagos.

Hacía tiempo que no me daba un paseo en góndola. Antiguamente, eran la única manera de poder navegar los canales y toda familia importante de la ciudad tenía sus propias góndolas con sus gondoleros, igual que en el resto de Europa tenían sus carruajes y sus cocheros. Pero hace ya tiempo que se han convertido en un mero entretenimiento turístico aunque yo las había usado mucho para seducir a mis amantes.

No hay nada más romántico que un paseo en góndola por los canales de Venecia al atardecer, cuando el sol está empezando a ocultarse y el cielo se viste de naranja y azul plumizo.

Mi último paseo había sido con Hannah, y formaba parte de mi estrategia para enamorarla.

Cuando nos acercamos, el gondolero me saludó. Los conozco a casi todos gracias a mis múltiples devaneos, y la amplia sonrisa que me dirigió era de complicidad.

—¿La vuelta especial, señor Macchi? —me preguntó.

—No, amigo Fabio —le dije, y le hice una seña disimulada para que no metiera la pata. El italiano de Esther era bastante macarrónico, pero era muy capaz de entenderlo todo—. Solo un paseo turístico para mi amiga.

Fabio se subió de un salto a la góndola, que se balanceó un poco. Esther dejó ir un ruidito nervioso y la miré, enarcando una ceja, pero no dije nada.

Cuando Fabio alargó la mano para cogérsela y ayudarla a subir, fue evidente que algo pasaba.

—Ay, ay, ay, ay —susurró muy bajo, vacilando ante la embarcación. Hizo el gesto de ir a subir varias veces, echándose atrás finalmente, aferrando la mano de Fabio con mucha fuerza.

—No tenga miedo, señorita —le dijo el gondolero.

Quizá subió al fin espoleada por aquella frase. Quizá porque Esther es valiente por decisión propia y no deja que los miedos le impidan hacer lo que verdaderamente quiere. La cuestión es que finalmente subió y se sentó, agarrándose al borde con una mano.

Estaba tensa e inquieta, mirando con nerviosismo hacia el agua. Quise que se relajara, que olvidase que estaba allí, sorprendido de que le tuviese miedo al agua.

—Puedes estar tranquila —le dije, bromeando—, no voy a seducirte aprovechando que no puedes huir a ningún lado. Solo es un paseo entre amigos.

—¿Eh? Sí, sí, vale. Pero no te muevas mucho. Ay, ay, ay, ¿no se balancea demasiado?

Estaba aterrada. Casi me eché a reír, porque jamás me la hubiera imaginado teniéndole pánico a algo, pero era evidente que no estaba muy a gusto.

—Me sorprende que le tengas miedo al agua. Pensaba que eras una mujer aguerrida.

—¡No me da miedo el agua! —protestó, girando bruscamente la cabeza para mirarme—. Pero esto tiene pinta de ser muy profundo, yo no sé nadar, y estaba convencida de que las góndolas eran mucho más estables. Si estuviésemos en una bañera no estaría aterrada. Pero... ¡Aaayyy!

Una lancha pasó por nuestro lado, en dirección contraria, y las ondas del agua provocaron que la góndola se balancease un poco.

Yo no me di ni cuenta. Me quedé cortocircuitado con la imagen que se me presentó en la cabeza. Nosotros dos. Desnudos. En una bañera. Riendo. Acariciándonos. Besándonos.

Tuve que cortar de raíz aquella imagen porque empecé a excitarme demasiado. Me revolví inquieto para acomodar la nada apropiada protuberancia que apareció entre mis piernas, y recé para que ella no se diera cuenta. Capaz sería de empujarme por la borda si lo hacía.

Además, me había propuesto centrarme y dejarme de tonterías. Nada de fiestas, nada de juergas, nada de mujeres. Nada de Esther. Ese tenía que ser mi mantra.

—Puedes estar tranquila, son muy seguras y es muy difícil que llegemos a

volcar. ¿Verdad, Fabio? —Me giré para mirarlo, y estaba intentando disimular el ataque de risa que estaba a punto de tener, mirando hacia todos lados menos a nosotros—. ¡Fabio!

—Sí, sí, señorita. Son muy seguras. Solo volcamos una vez por semana, y a mí no me toca hasta la semana que viene.

Esther se giró como un vendaval, haciendo que la góndola se sacudiera, para mirarlo histérica. Soltó un chillido y se aferró a mis hombros, algo que no puedo negar que me gustó, pero que fue bastante inconveniente para la protuberancia de mi entrepierna.

—¿Que ha dicho qué?! —gritó sobre mi rostro—. ¿Ha dicho que vuelcan?!

—No le hagas caso, Esther —le dije, palmeándole la espalda para que se tranquilizara—. Fabio es un guasón que no puede reprimirse.

Lo miré con los ojos centelleantes, recriminándolo en silencio, y él me soltó un guiño de complicidad y una risa suave entre dientes.

Maldito fuese.

—Ha dicho que vuelcan —gimió.

—Te toma el pelo. Además, los canales no son profundos, y yo sí sé nadar, como un pez, y en el supuesto caso extremo de que volcásemos, te llevaría a salvo hasta la orilla en dos brazadas. Así que tranquilízate y disfruta del paseo.

Si las miradas matasen, Fabio habría muerto fulminado por la que le dirigió Esther. Tuve que hacer un esfuerzo por acallar la carcajada que pugnaba por salir de mi garganta.

—Oh, entonces, si nadas tan bien, debes ser como un *sireno*.

No pude reprimir más la risa. Estallé en una carcajada y me reí durante un rato. Esther me miró con los ojos brillando por la diversión, satisfecha consigo misma.

—¿Has hecho una broma! —exclamé entre risas—. ¡Milagro! Habrá que asustarte más veces para que saques a la luz esa vena cómica. ¿Será por la adrenalina?

Se rió con nerviosismo. Todavía estaba asustada, y me pregunté por qué había querido subir en góndola si le daba pánico; la respuesta surgió por sí

misma: Esther no permite que el miedo le coarte la libertad de elección. Es una mujer valiente, en todos los sentidos.

Seguimos con el paseo, entre bromas y risas. Intenté darle una clase de mitología, explicándole que los machos de las sirenas son los tritones, y me miró, divertida y alzando una ceja, dándome a entender que lo sabía perfectamente y que había usado precisamente el término *sireno* para provocar mi risa.

Estoy seguro de que consiguió tranquilizarse y disfrutar del paseo acuático, y habría quedado en un buen recuerdo que llevarse de Venecia si no hubiese sido por el desastroso final.

Cuando volvimos al muelle de madera, Fabio saltó a tierra el primero y yo me quedé el último para ayudar a Esther desde atrás. Volvía a estar inquieta y muy insegura, soltando «ays» nerviosos con cada movimiento que hacía, y con cada ligero bamboleo de la góndola. Fabio le tendió la mano y yo la sujeté por la cintura para ayudarla a tomar impulso para pasar de la embarcación al muelle. Miraba con angustia hacia las inquietas aguas del Gran Canal, removidas por la gran cantidad de embarcaciones de todo tipo que circulaban por él.

Puso el pie derecho en la borda para tomar impulso justo cuando una lancha pasaba demasiado cerca del muelle, a toda velocidad, provocando una avalancha de olas que desestabilizaron la góndola. Yo la agarré fuerte para evitar que resbalara, intentando colocar bien el pie para afianzarme, y resbalé. Me caí al agua, arrastrando sin querer a Esther, que me siguió dando un grito de pánico que me heló la sangre, con tan mala fortuna que se dio un golpe en la cabeza contra el muelle.

La saqué con rapidez, escupiendo agua mientras Fabio también se lanzaba para ayudarme. Vinieron corriendo el resto de gondoleros, ofreciendo su ayuda, y entre todos pudimos izar hasta el muelle de madera a una Esther inconsciente que sangraba escandalosamente por la cabeza.

Creí que la había matado. La congoja que sentí en aquel momento es imposible de explicar. Al verla inerte y sin responder a mis gritos histéricos, el mundo se volvió gris y sin vida. Alguien tuvo la suficiente sangre fría para agacharse a su lado y hacerle el boca a boca. Yo me había quedado estúpidamente paralizado, sin saber qué hacer, sosteniéndola entre mis brazos mientras las lágrimas se escapaban de mis ojos. Estaba empapado y tenía

mucho frío, pero nada me importaba más que ella.

—Está respirando —me dijo Fabio poniéndome una mano en el hombro, mirándome con lástima—. No te preocupes. En un santiamén llegará la ambulancia. Ya verás como todo quedará en un simple susto.

—No abre los ojos, Fabio. ¿Por qué no abre los ojos?

—Tranquilo, muchacho.

La lancha ambulancia llegó al cabo de unos pocos minutos que a mí me parecieron una eternidad, cruzando el Gran Canal. Se acercó al muelle con cuidado y subieron a Esther en una camilla. A mí me pusieron una manta por encima y me llevaron con ellos. Había tragado algo de agua y era necesario que un médico me echara un vistazo. Ingerir agua de cualquier canal de Venecia puede provocar todo tipo de infecciones, y había que controlarlo.

Pero toda mi preocupación era por Esther, que seguía inconsciente cuando la apartaron de mi lado, ya en el hospital. La angustia que tenía en el pecho me impedía respirar con normalidad. El corazón me bombeaba a mil por segundo, y pensé que en cualquier momento se me saldría por la boca. A mí me atendieron rápidamente, me recetaron un par de cosas, y me enviaron para casa. Pero, por supuesto, no me fui. Me quedé en la sala de espera del hospital, dando vueltas y rezando para que todo quedase en un susto.

Intenté llamar a Gia, pero mi móvil había quedado hecho una pecera, rebosando agua por todas partes, y no llevaba ni una sola moneda suelta para usar uno de los teléfonos públicos del vestíbulo. Tiritaba de frío y necesitaba que alguien nos trajera ropa de recambio. Después de hablar con un par de enfermeras, una de ellas accedió a permitirme usar uno de los teléfonos del hospital. Por suerte, me sé el número de Gia de memoria.

Hablé rápidamente con ella y prometió estar allí en menos de una hora, con ropa seca para mí y para Esther.

Antes de que llegara Gia, por fin salió el médico que atendía a Esther para hablar conmigo. Yo era un manojo de nervios. Había tenido tiempo más que de sobra para pasar de un estado de estupefacción a uno de enfado total, contra mí por haber provocado aquel desastre; contra el conductor de la lancha que había pasado demasiado cerca del muelle, por su temeridad asesina; y contra el universo porque se empeñaba en convertir en imposible cualquier acercamiento que intentaba con Esther.

Iba a odiarme, y mucho, por haberla lanzado al agua aunque fuese sin querer. Había sido un accidente fortuito, una concatenación de pequeños desastres que habían confluído en uno mucho mayor.

—La señorita Blanch ha despertado por fin —me dijo el médico con mirada circunspecta—. Presenta un corte poco profundo en la parte trasera de la cabeza en el que hemos aplicado un par de puntos, y una ligera conmoción. Puede entrar a verla ahora, si quiere.

—Sí, doctor, gracias.

Lo seguí por los pasillos de urgencias hasta uno de los cubículos. El doctor entró detrás de mí y cerró las cortinas. La palidez de Esther hacía que su rostro casi se confundiera con la almohada. Volví a sentir ganas de llorar cuando la vi. Me sonrió con tristeza y la congoja se me atoró en la garganta.

—Lo siento —susurré—. No sabes cuánto lo siento.

—Bueno, has conseguido que me sumergiera en las aguas del Gran Canal. No es algo que pueda decir todo el mundo —bromeó, y mi risa se mezcló con el llanto que me obstruía la garganta.

—Eso es cierto —le contesté con una risa triste—. Te llevas una experiencia de Venecia que pocas personas han tenido.

—Vamos a darle el alta a su esposa en seguida —nos interrumpió el doctor, mirando de uno a otro con una ceja alzada, sin saber bien a qué venía aquella conversación.

—¿Esposa? —exclamé yo, no tan horrorizado con la idea como cabría esperar.

En cambio, Esther casi saltó de la cama. Le volvió el color a las mejillas mientras gritaba:

—¡No, no, no, no, doctor, no estamos casados! Solo somos...

—Amigos. Solo somos amigos —la interrumpí yo.

—Bueno, en ese caso, tendrá que buscarse a alguien que se quede esta noche con usted, señorita Blanch. Tiene una ligera conmoción y hay que vigilarla, y despertarla cada tres horas para comprobar que está bien, que el dolor de cabeza no ha empeorado, y que no está confusa.

El médico siguió dándonos las instrucciones y recomendaciones mientras Esther se tocaba de manera reiterada la parte trasera de la cabeza, donde se

había hecho la herida. Cuando por fin el médico abandonó el cubículo, le pregunté que por qué se tocaba tanto.

—Me han tenido que cortar unos mechones de pelo para poder ponerme los puntos —gruñó—. No voy a perdonarte en la vida que me obligaras a subir a esa góndola infernal.

Suspiré, resignado. Yo no la había obligado a subir, pero no iba a discutir con ella después del susto de muerte que me había dado. Todavía tenía la sensación de que me habían arrancado el corazón de cuajo y que alguien estaba bailando claqué sobre él.

—Menos mal que el sofá de tu apartamento es muy cómodo —dije como quien no quiere la cosa. Me gustaba estar a solas con ella, pero cuando empezaba a gruñir como una vieja amargada, me daban ganas de salir huyendo y recé para que Gia no tardase demasiado en aparecer.

—¿Y a ti qué más te da que sea cómodo o no? No vas a quedarte. No necesito que nadie me vigile mientras duermo, y mucho menos tú.

—Ya has oído al doctor, no puedes quedarte sola.

—Pues se lo pediré a Gia —argumentó, enfurruñada.

—Gía no puede, mañana trabaja y tiene que madrugar. ¿De veras quieres obligarla a pasar la noche en vela? Además, lo que ha ocurrido es responsabilidad mía.

—Mira, en eso tienes razón, todo es culpa tuya. —Que me diese la razón me hizo temer que la conmoción era mucho más grave de lo que el médico había dicho. O eso, o acababa de obrarse un milagro—. Está bien, te quedarás en el sofá, pero te portarás bien y no intentarás nada raro conmigo, o te juro que mañana me subo al primer avión que salga hacia Barcelona.

—¿Inten..? Pero, ¿por quién me tomas? —Me sentí ofendido y atacado gratuitamente. Hacía días que no había intentado seducirla, que me comportaba como un caballero con ella, y que le demostraba mi amistad. ¿Y me salía con esas? ¿De verdad me creía capaz de intentar aprovecharme de ella estando en ese estado tan lamentable? La miré, enfadado, y volví a sentirme tan culpable por lo que había pasado, que me mordí la lengua, asentí y le dije—: Te lo juro, Esther. Voy a portarme bien.

—Eso espero.

Cogí la silla y me senté a su lado. Intenté mantener alguna conversación

insustancial con ella mientras esperábamos a que Gia llegara con la ropa seca. En mi interior todavía bullía el miedo que había pasado por ella, el enfado conmigo mismo, y mi rebote hacia el universo. Además, seguía calado hasta los huesos, la ropa se me estaba secando encima y me temía que iba a pillar un resfriado inmenso.

Por suerte, Gia no tardó en aparecer por la puerta llevando una bolsa con ropa, haciendo tantos aspavientos que, por un momento, me pareció la típica abuela italiana. Abrazó a Esther y después se echó en mis brazos, para apartarse inmediatamente con la nariz arrugada, acusándome de apestar.

—Dame la ropa, vieja bruja —le dije sonriendo.

Salí de la habitación y las dejé solas. Busqué un baño para poder cambiarme y, así, también les dejaba intimidad a ellas para que mi prima pudiese ayudar a Esther a vestirse. Cuando salí, ya estaban esperándome y nos marchamos de allí.

Había sido un día demasiado intenso. Me sentía agotado y deseaba poder tirarme en mi cama y dormir, pero cumplí mi palabra. Pasé casi toda la noche en vela, vigilando a Esther. De vez en cuando, me levantaba del sofá y entraba a hurtadillas en su dormitorio para observarla dormir y asegurarme de que estaba bien. Sentí que mi corazón se henchía de ternura por ella, y deseé poder acostarme a su lado para abrazarla. Solo abrazarla. Nada más. Pero sabía que si lo intentaba ella lo malinterpretaría. Maldije mi fama, y maldije mi pasado como casanova de pacotilla.

Y me maldije a mí mismo porque me di cuenta de que me estaba enamorando de ella, y eso lo iba a estropear todo.

Capítulo seis

Una semana después, los trabajos de desescombro y limpieza habían terminado y yo había logrado sobrevivir al accidente con la góndola. Los primeros días me dolió la cabeza, pero el trabajo hacía que se me olvidasen las molestias y el corte se estaba curando con rapidez. El accidente había sido aparatoso, pero nada grave.

Aquella misma mañana había llegado la cuadrilla que iba a encargarse del montaje de los andamios. El día había amanecido tan gris que habíamos tenido que encender todas las luces del interior, focos y tubos de neón se esparcían aquí y allá en la enorme mansión, enfocando las paredes y los altos techos mientras trabajábamos. La actividad fue febril durante todo el día, los obreros se afanaron en el montaje para poder comenzar con las obras de refuerzo de los techos. Los trabajos de restauración posteriores iban a ser bastante complicados en algunas zonas, puesto que parte de los artesonados de madera estaban echados a perder por el tiempo y había algunas pinturas descascarilladas, o que directamente habían desaparecido erosionadas por la humedad.

Fue un día difícil pero, llegada la tarde, las cuadrillas comenzaron a recoger las herramientas para irse. Los despedí como cada día, deseándoles un buen descanso y recordándoles que el trabajo al día siguiente sería duro. Dante se quedó conmigo, como empezaba a ser su costumbre. Desde el accidente su actitud había dado un giro de ciento ochenta grados, y aunque ya había comenzado a tratarme como a una persona y no como un objetivo de conquista antes de aquello, ahora además parecía especialmente preocupado por mí. Sospechaba que se sentía culpable por lo que había pasado, pero agradecía que me tuviera tan en cuenta; me hacía el trabajo fácil, y también lo mantenía ocupado en algo productivo, puesto que estaba esforzándose el triple por coordinar mejor los trabajos. Ahora, además, comíamos juntos todos los mediodías, lo que me había ayudado a conocer mejor esa faceta animada y agradable de Dante que ya había visto durante aquel día fatídico de la góndola.

Todo aquello me hizo reflexionar, y me di cuenta de que había sido demasiado dura con él basándome solo en la impresión que me dio el primer

día. No es nada nuevo en mí, las primeras impresiones suelen marcar mucho la forma en la que trato a las personas, lo que pasa es que raramente suelo equivocarme en mis juicios. Esa vez, no obstante, Dante parecía una excepción, y estaba descubriendo en él a un hombre trabajador y voluntarioso, que se esforzaba para conseguir lo que quería. El *palazzo* era su sueño, y estaba segura de que si seguía así, acabaría por cumplirlo.

—Deberíamos irnos ya, el cielo se está poniendo muy negro —comentó Dante cuando me vio con la intención de subir al primer piso.

—Me gustaría comprobar antes los andamios. Hay zonas que hay que tratar con especial urgencia y no estoy segura de que los hayan puesto todos...

No me discutió. Aquello también era nuevo. Me siguió y juntos revisamos el andamiaje que habían montado en cada habitación. Las luces estaban encendidas, y aunque aún no se había puesto el sol parecía que ya fuera de noche. Un intenso repiqueteo en el tejado nos avisó de que se había puesto a llover.

—Vaya, por Dios... Creo que nos ha pillado la tormenta —dijo Dante acercándose a la ventana.

—Estoy a punto de terminar.

—Estamos en temporada de *aqua alta*, no te entretengas demasiado —me advirtió, pero aún tardé unos minutos en comprobar los anclajes del último andamio. Todo estaba en orden, y yo estaba satisfecha.

—De acuerdo, vamos.

Al bajar, entendí a qué se refería con lo del *aqua alta*. El vestíbulo estaba lleno de agua, y esta llegaba hasta el cuarto peldaño de la escalera. Me quedé parada, impresionada por la imagen de la planta baja inundada. Una semana antes, trasladamos los planos y las mesas de trabajo a la última planta en previsión de las posibles crecidas, pero no tenía ni idea de que el agua podía subir con aquella rapidez.

—Espero que hayas tenido en cuenta las crecidas a la hora de plantear la reforma... —comentó Dante con un tono de chanza.

Le miré de reojo, fingiendo sorpresa.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que esto pasa siempre? La verdad es que no había caído en eso. —La expresión dubitativa de Dante casi me hizo reír: se lo estaba tragando—. Ahora tendré que rehacerlo todo...

Dante estaba a punto de replicar, pero no pude evitarlo y me reí. Él suspiró aliviado al escucharme.

—Qué susto me has dado.

—Para susto, esto —repliqué señalando al agua que seguía creciendo.

Él parecía muy tranquilo. Debía estar más que acostumbrado a aquellas cosas, al fin y al cabo, aquellas inundaciones se daban constantemente por aquellas fechas, pero la tormenta que se había desatado sobre la ciudad parecía especialmente fuerte aquel día.

—No te preocupes —dijo encogiéndose de hombros—. Como mucho tendremos que pasar la noche aquí. Por ahora, mientras no amaine la lluvia, será mejor que no salgamos. Voy a llamar a Gia, dame un momento.

Asentí y esperé a que Dante terminase de hablar con su prima. Tuvo algunas dificultades por culpa de la cobertura, entre aquellas paredes tan gruesas a veces había problemas con las nuevas tecnologías.

—¿Va a venir? —le pregunté cuando colgó.

—Cuando amaine, ahora mismo es peligroso. Esperaremos a que se calme un poco la tormenta.

El fuerte sonido de un trueno me hizo dar un respingo. Se me aceleró el corazón, y comencé a sentirme más inquieta. Dante estaba acostumbrado, pero yo nunca había visto tal cantidad de agua entrando en una casa.

—Vale, sí —dije sin poder disimular mi nerviosismo.

—Iremos al piso de arriba. Ha sobrado algo de la comida del mediodía, así que no moriremos de hambre.

Le seguí al piso superior. Las mesas de trabajo estaban todas ocupadas con planos y materiales.

—Mira, tenemos mesa y hasta un mantel.

Volví la mirada a Dante, y vi que había puesto una tela blanca sobre un montón de palés. Me hizo un gesto para que me sentara allí, donde había dispuesto los envases con los restos de la comida china del mediodía.

«Está intentando hacer que esta situación me resulte más agradable».

Caer en la cuenta de aquello me hizo sentir un cálido agradecimiento, y también calmó mis nervios. Me senté a su lado, sobre los palés, y durante un rato dimos cuenta de los tallarines, el arroz y las deliciosas verduras. Incluso

fríos, aquellos platos me supieron a gloria en aquel momento. Estuvimos hablando de cosas insustanciales pero, en algún momento, la conversación se agotó, y escuché el estruendo que provocaba la tormenta sobre el tejado.

Me puse en pie y me acerqué al enorme ventanal, abrazándome los brazos. Al otro lado parecía haber caído una noche cerrada. Las aguas estaban agitadas y la lluvia caía con fuerza, azotada por un viento intenso que levantaba el oleaje en los canales. Las embarcaciones amarradas en los muelles chocaban contra los bordes y se agitaban violentamente sobre las aguas negras. Era impresionante, nunca había visto nada parecido en mi vida. El agua llegaba hasta las puertas de las casas, había subido hasta las calles y parecía ir a engullir la ciudad entera.

Daba miedo. Y cuando un rayo iluminó el cielo y se reflejó en las turbulentas aguas del canal, di un respingo y contuve un grito. Entonces sentí a Dante detrás de mí. Me echó la chaqueta sobre los hombros y cerró las manos en mis brazos, apretando con suavidad para calmarme. Aquel gesto me provocó un escalofrío y casi me detuvo la respiración.

—¿Tienes frío? —preguntó en voz baja.

—Un poco..., gracias —respondí algo turbada.

Nada en su actitud hizo saltar mis alarmas. No estaba comportándose como el casanova que conocí al principio. Su preocupación parecía genuina. Se estaba comportando como una persona. Estaba siendo agradable. Lo estaba siendo desde hacía muchos días y descubrí que incluso me gustaba hablar con él.

«Si se comportara como un imbécil al menos tendría las cosas más claras», pensé.

No solo estaba descubriendo todas esas cosas en él; en ese instante, con su cercanía, fui consciente de lo bien que olía.

«La verdad es que así gana atractivo... Y no es que no sea guapo de por sí».

—Estoy impresionado —dijo en voz baja, con un tono confidente que me erizó la piel—. Venecia es hermosa incluso bajo esta terrible tormenta. Pero no tenemos nada que temer, ¿sabes? Ella es la esposa del mar, y nos protegerá. El mar nunca hace daño a Venecia, aunque parezca contradictorio.

Fruncí el ceño y me volví a medias para mirarle. Sus manos seguían en mis

brazos, y no hice nada por quitármelas de encima. En esos momentos, me hacía sentir segura. Y también sus palabras, por absurdas que fueran.

—Eso te lo estás inventando —respondí—, pero es muy bonito...

—Nada de eso —replicó él con una sonrisa evocadora—. Cada nueve de mayo Venecia se casa con el mar. Antiguamente ella era encarnada por el Dux, que salía a la laguna en su embarcación para tirar un anillo al agua, en un ritual que a día de hoy se sigue celebrando.

—Pero ya no hay ningún Dux.

—No, ahora lo hace el alcalde. Es menos romántico, pero sigue guardando el mismo significado.

Me impresionó. No era la historia, sino el tono con el que la estaba contando, y su mirada prendida de la tormenta. Dante parecía fascinado, hablaba en un tono bajo y confidente, como si estuviera compartiendo un secreto conmigo. Había visto aquellos atisbos en él antes, los vi en San Marcos, esa profundidad que Dante parecía querer ocultar a todo el mundo, y que se revelaban como puentes ante mí, como caminos que nos conectaban de algún modo. Aquella autenticidad en él me gustaba, compartíamos ciertas inquietudes y Dante sabía apreciar mi fascinación por la arquitectura.

Suspiré y volví la mirada hacia las aguas de nuevo. Ya era de noche, el cielo estaba completamente negro y entonces, un fogonazo blanco lo iluminó por completo y me deslumbró. El rayo cayó sobre las casas al otro lado del canal y fue tan intenso que las luces, de pronto, se apagaron. Esta vez solté un gritito y di un pequeño salto, pero Dante me abrazó.

Aquel contacto calmó mis miedos, pero despertó algo más. La luz volvió a las calles y se coló por los ventanales, iluminando nuestros rostros con un tenue resplandor. Estábamos mirándonos, y en él veía el reflejo de mi propia mirada, intensa y prendada.

Algo se prendió dentro de mí, como el rayo que acababa de hacer saltar los plomos del *palazzo* y, por primera vez en mucho tiempo, me dejé llevar. Cerré los ojos y me incliné hacia él, hasta que nuestros labios se tocaron. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo y el corazón se me aceleró. Los labios de Dante eran duros, pero cálidos y acogedores, me aceptaron con anhelo y me fundí con ellos al mismo tiempo que los pensamientos desaparecían de mi cabeza.

Me sentí flotar y arder. Sus brazos me rodeaban, me apretaban contra su cuerpo mientras nos besábamos, y mis manos actuaron solas. Treparon por su camisa y se agarraron a la tela mientras le empujaba al besarle con más ahínco.

No podía pensar. No quería pensar. Solo estaba sintiendo, abandonándome a aquel torrente de sensaciones que ya no recordaba, y que tampoco estaba segura de haber experimentado antes. Tenía la piel erizada, el pulso acelerado, me faltaba el aire y una agradable ansiedad, como la de antes de emprender un viaje, me cerraba el estómago. Sabía que si me detenía, si pensaba un solo instante en lo que estaba haciendo, todo terminaría. Pero no hizo falta eso.

De pronto, un ruido en la planta baja nos alertó de la presencia de alguien más.

—¿Dante? ¿Esther? —Era la voz de Gia.

Me aparté bruscamente de él, sintiendo que todo el calor subía hasta mis mejillas, tan intenso que comenzaron a picarme. Tomé aire, intentando recuperar el ritmo de mi respiración, y Dante se apresuró a ir hacia el pasillo para recibir a su prima.

—¡Estamos aquí! —Dante se volvió hacia mí, y yo aparté la mirada, apurada—. Vamos, ya podemos volver a casa.

Agradecí que no hiciera ningún comentario sobre lo que acababa de ocurrir. No podría soportar sus chanzas, ni gesto de triunfo alguno en ese momento. Aún no sabía lo que había pasado, así que, turbada, bajé tras él esquivando sus miradas.

Nos pusimos las botas de agua y los chubasqueros en las escaleras mientras Gia nos miraba alternativamente. Sus ojos iban de mí hacia Esther, y de Esther volvían a mí de nuevo. No dijo nada, algo que le agradecí profundamente, pero se dio cuenta de que algo nos pasaba. Esther estaba toda nerviosa y ruborizada, y evitaba mirarme directamente todo el rato. Por mi parte, también estaba mucho más silencioso de lo normal, sin hacer chascarrillos ni bromas estúpidas.

La lancha nos esperaba a la vuelta de la calle, en el canal que pasaba por la parte trasera del *palazzo*. Subimos al taxi y fuimos hacia casa de Gia.

Estaba estremecido y confuso. Alarmado. Y muy, muy asustado.

Porque aquel beso que nos habíamos dado, no había sido normal. En absoluto.

Los labios de Esther eran dulces y adictivos. Sentirlos sobre los míos había sido como ser alcanzado por un rayo en el corazón, provocando en mi cuerpo una tormenta eléctrica tan aparatosa como la que había en el exterior del *palazzo*. Como abrir una ventana a un mundo desconocido que te engulle y te atrapa, mostrándote sus maravillas. Aquel beso me convirtió en Alicia, y sus labios eran la madriguera del conejo por la que me precipité sin poderlo, ni quererlo, evitar.

Porque no solo había sentido deseo o lujuria.

Había despertado en mí una ternura insondable que jamás había sentido antes por una mujer. Quise acariciarla con reverencia con estas humildes manos que nunca antes se habían sentido tan torpes e indignas; quise hundir las rodillas en el suelo y contarle que mi corazón estaba aleteando de felicidad por ella. Mis ojos se llenaron de lágrimas no derramadas con una mezcla de congoja y alegría que me oprimió la garganta.

Casi lloré allí mismo, delante de ella, sin poder explicarme por qué lo hacía.

Por suerte, la aparición de Gia me obligó a recomponer mis maltrechos y desordenados sentimientos, y a recobrar el control sobre mí mismo.

Amor. ¿Esto era estar enamorado? ¿Sentir que la otra persona tenía el poder de destruirte o de ensalzarte hasta el púlpito celestial, con un solo beso? ¿Era saber que podías volar sin alas, pero que en cualquier momento podías estrellarte contra el suelo de la manera más dura y cruel?

Desde que conocí a Esther, Gia me había aconsejado que me mantuviera apartado de ella porque podía hacerle daño.

Pero no me había advertido que Esther también podía hacérmelo a mí.

Cuando llegamos al canal cerca de casa de Gia, bajamos del taxi y corrimos hasta el portal. Mi prima nos había dicho que nos quedásemos allí a cenar, que tenía pizzas en el congelador, y ambos aceptamos.

Esther también estaba inusualmente ausente y silenciosa, y me pregunté qué pasaba por su cabeza. ¿Estaría tan asustada como yo? Lo dudé. Saberme de repente enamorado fue un shock del que me costaría recuperarme. Me

encontraba confuso y desorientado, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Esther había respondido de una manera tan apasionada, tan diferente a como me la había imaginado... que me había asustado.

—Yo... me voy a mi apartamento a darme una ducha y a cambiarme de ropa —avisó Esther mientras Gia abría la puerta de su piso.

—Pero baja a cenar y a dormir, ¿vale? En una noche así, no es bueno estar solo —contestó Gia.

—¿Una noche así? —preguntó ella, abriendo mucho los ojos y mirándome de soslayo.

—Con tormenta y lluvias torrenciales. ¿A vosotros no os da miedo? Porque a mí, sí.

—Sí, a mí tampoco me gustan las tormentas.

Le dirigió una sonrisa forzada y subió las escaleras mientras nosotros entrábamos en casa de Gia. Esta cerró la puerta tras de sí y apoyó la espalda en ella para mirarme con severidad.

—Ahora dime qué diantres ha pasado entre vosotros.

—Nada. Nada en absoluto.

—Y yo soy Úrsula, la reina del mar.

—Bueno, un poco azul sí te estás poniendo, prima, por el frío, supongo — intenté bromear.

—Déjate de tonterías. Los dos habéis estado muy raros durante todo el rato. ¿Has intentado algo con ella? —Me cogió el rostro y me lo giró a un lado y al otro, escrutando las mejillas—. No hay signos de que te haya arreado una bofetada, así que supongo que no habrás intentado besarla. Pero algo ha pasado.

«Ay, Gia, si yo te contara...», pensé, pero mis labios no dieron esa réplica.

—No ha pasado nada, ya te lo he dicho.

—No soy tonta, Dante. ¿Habéis discutido? ¿Le has dicho alguna grosería?

—Oh, basta ya de interrogatorio, por favor —me harté—. Solo hemos estado mirando la tormenta desde arriba y nos hemos puesto un poco tiernos, nada más. Ha sido un momento muy bonito de confianzas y esas cosas.

—¿Un momento «muy bonito»? ¿De «confianzas y esas cosas»? ¿Quién

eres tú y dónde está mi primo?

—Deja de tomarme el pelo, ¿quieres? Estoy cansado y helado de frío. ¿Puedo ir a ducharme ya, por favor?

—Sabes que acabarás contándomelo.

—No hay nada que contar.

Me metí en el interior del apartamento hacia la habitación que Gia siempre guardaba para mí. Había vivido allí durante varios meses, hace ya muchos años, cuando abandoné mi hogar en Roma para volver a Venecia; el tiempo que tardé en encontrar mi propio apartamento.

Desde entonces, lo usaba cada vez que Gia me pedía que me quedara con ella, cuando necesitaba compañía, o cuando necesitaba un hombro sobre el que llorar, algo que sucedía más a menudo de lo que me gustaría.

Yo no tengo una buena relación con mi padre, pero puedo decir que mi madre siempre ha estado ahí para mí. Gia, en cambio, no puede contar con ninguno de los dos. Nuestros padres, además de ser hermanos, parecen cortados por el mismo patrón. Y su madre es... bueno, especial. Nunca ha tenido tiempo para dedicárselo, ni siquiera cuando era pequeña, y hoy en día le sigue fallando estrepitosamente.

Por eso me supo mal tratarla de esa manera, ignorando sus preguntas y desapareciendo para no tener que contestar. Pero, ¿qué podía decirle si ni yo mismo sabía qué diablos me estaba pasando?

Me metí bajo el agua de la ducha e intenté relajarme. Estaba muy asustado por todo lo que había sentido con un simple beso. Había besado a multitud de mujeres a lo largo de mi vida; pero nunca, jamás, había sentido como si, con ese beso, me robaran el alma y la voluntad.

Le había dado a Esther el poder de destruirme con una simple palabra, y eso me aterraba porque sabía lo que era. Mi padre lo había hecho durante toda mi infancia, y me había costado años deshacerme de esa sensación de fracaso que acarreaba por su culpa. Si es que acaso lo había conseguido. No podía entregarle voluntariamente ese mismo poder a otra persona. No podía. De ninguna manera.

Cuando salí de la ducha, me vestí. Cogí la primera camiseta que cayó en mis manos, y un pantalón de pijama de franela, nada sexy, pero holgado y cómodo. Todavía sufría los efectos físicos del beso en mi entrepierna, porque

nunca he sido de palo, y eso me ayudaría a disimularlo.

Al volver al salón principal, Esther ya estaba allí y vi a Gia en la cocina, revolviendo en el congelador.

—Yo me ocupo de eso —le dije y atravesé el salón sin mirar a Esther. Siempre me han gustado las cocinas de concepto abierto, que dicen los americanos, en las que no hay paredes que separen cocina, comedor y salón. Pero en aquel momento pensé que unas paredes que me separaran de ella, me hubiesen ido muy bien—. Tú eres capaz de quemarlas y dejarnos sin cenar.

Envié a Gia al sofá, con Esther, y me dispuse a hacer de cocinero. Saqué las pizzas del plástico y las metí en el horno, y me puse a revolver en el frigorífico a ver si había algo más. No es que Gia tuviese demasiada comida allí metida. La nevera parecía un huérfano abandonado al que hace mucho tiempo que no visita nadie, pero encontré una bolsa de ensalada y un par de tomates que no estaban podridos, así que dispuse un cuenco grande, lo mezclé todo y lo aliñé.

De vez en cuando, observé a Esther. Sentada al lado de Gia, hablaban en susurros y se reían. Me pregunté de qué estarían hablando, y sonreí yo también.

Porque me gustó verla así, feliz y relajada, y deseé poder verla así siempre porque tenía una sonrisa preciosa que le iluminaba el rostro.

Las llamé a cenar en cuanto el pitido del horno me avisó de que las pizzas ya estaban. Nos sentamos alrededor de la isla y hablamos animadamente de tonterías varias mientras comíamos. Esther no parecía alterada ni molesta, como si el beso no hubiese significado nada para ella, y eso me hizo sentir muy desgraciado y, al mismo tiempo, aliviado.

Estaba hecho un verdadero lío, porque por un lado quería sacudirla hasta que confesara que su mundo se había ido al garete, igual que lo había hecho el mío; pero, por el otro, quería que se mostrara indiferente, como si el beso no hubiese supuesto para ella nada más que algo intrascendente que podía olvidar con facilidad, porque eso me facilitaría a mí el poder borrarlo de mi mente también.

Cuando terminamos de cenar, Gia bostezó exageradamente y nos dio las buenas noches. Yo me levanté también y metí los platos y los cubiertos en el lavavajillas mientras notaba los ojos de Esther fijos en mí.

¿Por qué no se iba? ¿Por qué me observaba tan detenidamente?

Le di las buenas noches y le pedí que apagara las luces cuando se acostara, pero cuando pasé por su lado, algo que no podía evitar, me cogió del brazo y me miró con intensidad.

—Tenemos que hablar de lo que ha ocurrido —me dijo en un susurro, incómoda y vacilante.

Se me cayó el estómago a los pies y tuve ganas de salir corriendo. Fuera lo que fuese lo que iba a decirme, no quería oírlo. Estuve a punto de soltar una de mis tonterías, en plan «¿Ocurrido? ¿Qué ha ocurrido?», poniendo una de mis poses indolentes. Pero me mordí la lengua y asentí, porque tenía razón, teníamos que hablar.

—Está bien. Tú dirás. ¿Sobre qué quieres hablar?

Creo que mi tono fue más borde de lo que había querido, porque tensó los hombros e hizo un mohín de disgusto con los labios.

—Sobre el beso, por supuesto.

—Ah, no te preocupes —solté sin pensar, y, aunque tuve ganas de darme de bofetadas, mi boca siguió hablando sin que yo pudiera detenerla—. Ha sido una tontería. La tensión de la tormenta y esas cosas, ya sabes, nos ha llevado a besarnos. Pero no le des más importancia de la que tiene.

Frunció el ceño. Su mirada, antes cristalina, se volvió opaca. Vi como se replegaba en sí misma de nuevo, y sacaba al exterior la máscara que la Esther profesional usaba en el trabajo.

—Sí, exacto. Eso era lo que quería decirte, precisamente, que hiciésemos como si no hubiera pasado nada porque, en realidad, no ha sido importante.

—Por una vez, estamos de acuerdo en algo —suspiré, ¿aliviado?

No. No fue un suspiro de alivio. Fue un suspiro de resignación. Por supuesto, ella se arrepentía de haberse dejado llevar y temía que yo me tomase aquel beso impulsivo como una invitación a seducirla.

Asentí con la cabeza mientras me colgaba de los labios mi sonrisa más superficial y le di las buenas noches haciendo una parodia del saludo caballeresco. Mi mano revoloteó en el aire, me incliné hacia adelante y le dije:

—Buenas noches, señorita Blanch.

Me marché erguido, intentando mantener la compostura y la dignidad, negándome el hecho de que me estaba derrumbando por dentro y de que mi corazón se había resquebrajado tanto como las paredes del *palazzo* que estábamos rehabilitando.

Capítulo siete

Al día siguiente, no podía quitarme de la cabeza lo sucedido. Dante no quería darle importancia, lo dejó claro, y yo acepté hacer como si nada. Al fin y al cabo, con su comentario me dejó claro que para él había sido precisamente eso: una tontería. Era algo que debía pasarle con muchas mujeres. Seguro que las besaba sin más, sin darles importancia, como si fueran meras secundarias en su magnífica obra en la que tenía el papel protagonista..., el papel de Casanova; su favorito.

Para mí sí tenía importancia. ¡Había besado a Dante! ¡A mi jefe! Y eso no era propio de mí. Y lo peor era que me había gustado. No, me había encantado, y era incapaz de sacármelo de la cabeza.

«¿Por qué le he dicho que hagamos como si nada?». Y encontré rápidamente la respuesta: no quería líos. Eso era lo mejor. Hacer como si nada, seguirle la corriente. Tenía una vida ordenada, tenía unos objetivos, y no podía dejar que una historia de amor interfiriese con ellos. Una aventura como aquella, un romance de verano adolescente, era lo último que necesitaba en aquel momento. Si con un solo beso estaba así de alterada, no quería ni imaginar lo que podría suponer ir más lejos en aquella locura.

«No, eso es imposible. Él es italiano, está enamorado de Venecia, y yo soy española y no voy a irme de Barcelona. Es imposible, y solo podría ser temporal».

—¡Esther! —di un respingo y me volví. Estaba tan centrada en mis pensamientos mientras fingía revisar uno de los planos que no había escuchado a Renzo llamarme—. Perdona, es que no me oías.

—Ah, perdona, Renzo, ¿qué pasa?

—El capataz necesita los planos de las cañerías.

—Sí, sí, claro. —Rebusqué en el portaplanos y le tendí el que había venido a buscar. El chico me miró extrañado—. Es este. Dile que luego lo deje en su sitio.

—Vale, ¿te encuentras bien? —preguntó preocupado.

—Sí. Sí, perfectamente. Ve a darle eso al capataz.

Renzo frunció el ceño, parecía que iba a preguntar algo más, pero cuando me volví hacia la mesa de trabajo se fue, para mi alivio.

«Dios santo... Nunca he estado tan distraída en el trabajo. Y es culpa de Dante».

Volví la mirada hacia la puerta. Ya era casi medio día, y Dante no había aparecido por el *palazzo*. Él siempre llegaba puntual al trabajo, y últimamente se pasaba los días trabajando como el que más, así que me extrañó que no estuviera allí a esas horas.

«¿Le habrá afectado lo que pasó anoche?», me pregunté con cierta angustia. «No, eso no puede ser. Él es un casanova, y yo solo soy una conquista más que apuntar en su lista», me respondí a mí misma, molesta.

Al final, incapaz de centrarme, decidí ir en busca del capataz.

—Carlo, ¿has visto a Dante hoy? —El hombre estaba en la cocina revisando el plano que Renzo le había dado. Se volvió hacia mí al escucharme.

—No, señorita Blanch, no sé nada de él. Pensé que había llegado con usted.

—No, parece que no ha venido esta mañana —respondí—. Avísame si llega, ¿vale?

—Claro, no se preocupe. Seguro que se ha dormido.

Pero ya estaba preocupada. Dante no se había dormido un solo día, y estaba tomándose todo aquello en serio. ¿Y si le había ocurrido algo?

Intenté volver al trabajo, pero fui incapaz de centrar mis pensamientos en nada que no fuera él. Por mucho que lo intentase, volvía una y otra vez al beso, y a su extraña ausencia aquella mañana. Al final, chasqueando la lengua, decidí superar mis reticencias y llamarle.

Pensaba echarle una bronca por no aparecer por allí, pero los tonos sonaron uno tras otro, y nadie respondió.

Aquello sí que era raro, Dante siempre respondía. Que no lo hiciera acrecentó aún más mi preocupación, y marqué el número de Gia.

—Hola, Esther, ¿qué hay?

—Gia, ¿sabes algo de Dante? No ha venido hoy a trabajar y no se pone al teléfono.

—¿No estaba en casa cuando te has levantado? —preguntó, extrañada.

—No, hoy he venido sola. Pensaba que él se había adelantado, pero no está aquí.

—Qué raro... —Esa respuesta no me ayudaba a calmarme—. Mira, voy a pasarte la localización de su apartamento y nos vemos allí en media hora. Seguro que está allí, no te preocupes, ¿vale?

—Gracias, Gia. Te veo allí.

El apartamento de Dante no estaba lejos, pero en el trayecto tuve tiempo para montarme las más variadas películas. Pensé en accidentes, en borracheras que acababan con Dante ahogado en el canal e incluso en que se hubiera partido la cabeza en la ducha. Mi imaginación, alimentada por la ansiedad, podía ser mi peor enemiga. Cuando llegué a la puerta de su casa y vi a Gia esperando la sensación de fatalidad se acrecentó en mi interior.

—¿No abre la puerta? —pregunté preocupada tras saludarla con dos besos.

Gia negó con la cabeza, también parecía algo alarmada.

—No, vamos a subir para asegurarnos —respondió mientras sacaba unas llaves del bolso y abría la puerta.

«Espero que no le haya pasado nada por el trabajo. No está acostumbrado a este ritmo... Tal vez le he exigido demasiado», pensé absurdamente. No quería ni plantearme que hubiera tenido algo que ver con lo pasado la noche anterior, aunque lo prefería a encontrármelo desmayado en casa, o algo peor.

—Dante, ¿estás bien? —preguntó Gia nada más entrar en el apartamento.

No hubo respuesta. No había ni rastro de él en el salón, ni en la cocina, así que fuimos a su habitación. La puerta no estaba cerrada, y estaba algo revuelta; las puertas de los armarios estaban abiertas, había ropa limpia sobre la cama. El suspiro aliviado de Gia me tranquilizó un poco.

—No te preocupes, Esther, no le ha pasado nada.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Y si han entrado a robar?

—No, no, faltan zapatos y ropa. Ha debido irse a una de sus escapadas.

Al menos aquello significaba que nada le había pasado, así que dejé de angustiarme por su integridad; sin embargo, aquello me molestó.

—¿Cómo? ¿Tiene costumbre de irse sin avisar? Tenemos muchísimo

trabajo —dije sin controlar mi tono. Gia esbozó un gesto resignado y se encogió de hombros.

—La verdad es que a mí me suele avisar, pero no creo que tengamos que preocuparnos por nada. En unos días volverá, siempre lo hace.

Resoplé. Mi irritación era evidente, nunca he sido muy buena ocultando lo que siento, y Gia me puso una mano en el brazo con un gesto tranquilizador.

—Es un irresponsable —rezongué.

—Vamos a tomarnos un café —sugirió ella, sonriéndome—. No te estreses, al fin y al cabo es él el que tiene más que perder en el proyecto.

En eso tenía razón, pero yo no estaba enfadada por su falta de seriedad, que tampoco me gustaba, sino porque sabía que había huido como un cobarde después de lo que había pasado la noche anterior. Desde luego, esa no era una forma madura de enfrentarse al tema, ni de hacer como si nada ocurriera, que parecía que era lo que deseaba que hiciéramos.

«No sé qué esperaba de él. Tal vez no deja de ser el casanova que alardea de ser, y yo solo he estado fantaseando con que era diferente. Ahora ha hecho otra muesca en su hoja... Eso, o es un maldito inmaduro, y no sé qué me parece peor».

Mi enfado no servía de nada, así que accedí a irme con Gia. Tomamos ese café, hablando sobre su trabajo en el palacio ducal. Era evidente que trataba de distraerme, y lo consiguió durante un rato, pero cuando regresé al trabajo mis pensamientos volvieron de nuevo a centrarse en Dante, en el beso que me encogía el estómago recordar, y en lo que estaba haciendo. La ansiedad no me dejaba centrarme en el trabajo, así que el resto del día lo pasé a trancas y barrancas, con la sensación de que estaba haciéndolo todo mal.

Lo peor era que la idea de que pudiera haberle pasado algo estando de viaje aún me rondaba la cabeza.

Cuando regresé al apartamento, ya de noche, pensé en llamarle. Tenía el móvil en la mano, y había tomado la decisión de mantener la dignidad intacta y no dejarle una sola llamada perdida cuando el aparato comenzó a sonar: era mi madre.

Suspiré. Era la última persona con la que quería hablar, pero le prometí que hablaríamos cada noche. Aunque se estuviera saltando mi condición de ser

yo la que llamase, descolgué.

—Hola, mamá.

—Hola, hija, no veía la hora de llamarte, ¿has ido hoy a trabajar?

—Sí, claro, ¿por qué no iba a hacerlo? —pregunté a desgana.

—Por las inundaciones, las he visto por la tele y son terribles, la gente va con botas altísimas, ¿te estás protegiendo bien? No vayas a resfriarte.

—Sí, mamá. Aquí es normal, la gente sigue trabajando con los bajos de las casas llenos de agua...

—Pues sí que están locos esos venecianos, pero tú...

—Mamá, me vas a perdonar pero ahora mismo no puedo hablar —la corté, intentando que mi tono fuera neutro, pero Marga tenía una especie de sexto sentido y cuando se quedó callada unos instantes supo que se había dado cuenta.

—¿Qué te pasa? ¿Seguro que está todo bien?

Puse los ojos en blanco y ahogué un suspiro. Solo quería meterme bajo la ducha y olvidarme de todos. Del idiota de Dante, de mi madre y de mí misma y mi obsesiva cabeza.

—Sí, está todo bien, de verdad. Solo estoy cansada.

—A ti te ha pasado algo... ¿Tiene que ver con el trabajo? ¿Te está tratando mal tu jefe?

«Mi jefe es un idiota», repliqué mentalmente, pero me mordí la lengua.

—No, va todo bien. Las inundaciones van a retrasar un poco los trabajos y eso me pone de mal humor, nada más —mentí a medias.

—¿Seguro? —insistió. Odiaba que hiciera aquello, pero tenía que ser paciente.

—Sí, mamá... Quiero darme una ducha y acostarme, te llamo mañana, ¿de acuerdo?

—Pero hija...

—Buenas noches, te quiero mucho, mamá.

No le di tiempo a más réplicas y colgué, soltando un suspiro irritado.

En ese momento deseé poder contarle a mi madre lo que había pasado, tener su apoyo habría sido maravilloso, pero sabía que no podía contarle esa

clase de cosas a ella. Sabía lo mucho que le afectaba cuando me sucedía algo, y también sabía que odiaría a Dante sin conocerle siquiera y que me daría malísimos consejos. Pensé en ir a casa de Gia, le estaba tomando cariño y confianza en poco tiempo, pero era su prima y me dio una vergüenza terrible imaginarlo siquiera, así que la descarté.

Entonces pensé en Jaime. Había sido mi colaborador en muchos proyectos, contaba con él para el diseño de la decoración de interiores de los edificios que rehabilitaba, pero también era uno de mis mejores amigos. Estudiamos juntos en la universidad, e incluso tuvimos una historia, durante un tiempo. Fuimos novios, y fue una relación bonita, pero nuestra amistad se hizo tan fuerte que trascendió a la relación de pareja, y tuvimos que dejarlo para ser, simplemente, amigos. Nuestra relación de amistad sigue fuerte y contamos el uno con el otro cada vez que tenemos problemas, no solo en el trabajo. Normalmente era él quien me llamaba cuando le rompían el corazón o tenía problemas con las chicas, pero esta vez tendría que aguantarme él a mí.

Era un poco tarde, pero al tercer tono, Jaime respondió con la lealtad que cabría esperar de un amigo como él.

—Ey, hola, Esther, no esperaba tu llamada hasta dentro de unas semanas —respondió con un tono jovial.

—Hola, Jaime. Ya, no es por el proyecto... Es solo que me apetecía hablar —dije algo dubitativa. Realmente estas cosas se me daban mal, no me gustaba mostrarme vulnerable ante nadie, pero si no hablaba con alguien acabaría subiéndome por las paredes.

—Uh... ¿Qué significa ese tono apagado?

Suspiré y me dejé caer en el sofá, agotada. Me pasé una mano por la cara, intentando despejarme y buscar las palabras.

—Esther, ¿qué está pasando? —preguntó directamente al ver que tardaba en responder.

—He besado a mi jefe —solté sin preámbulos, para qué darle intriga—. Y para colmo es un idiota y un ligón insoportable.

Jaime se rio al otro lado de la línea, haciéndome fruncir el ceño de indignación.

—Vaya, parece que te gusta mucho.

Quise negárselo, escandalizarme y gritarle un rotundo «no», pero habría

sido una enorme mentira.

—Jaime..., creo que me estoy enamorando —dije con tono lastimero, en cambio—. Y no quiero, porque es verdad que es un idiota.

—Si te gusta a ti no puede ser tan idiota. Al fin y al cabo, una vez te enamoraste de mí, tienes un nivel.

—Jaime, estoy hablando en serio —le reprendí—. No sé qué hacer, y el muy imbécil ha desaparecido y creo que ha sido porque le he rechazado. Estoy hecha un lío, yo pensaba que le odiaba, y punto, y ahora... No lo sé, Jaime. No puedo concentrarme, casi me da un ataque de ansiedad en el trabajo, hoy no he dado pie con bola, y eso no lo puedo permitir. Este trabajo es mi vida, y él me está pagando... Ha sido un gran error.

—Escucha, Esther —dijo poniéndose serio, aunque en un tono suave—, respira. Pon los pies en el suelo y respira, tu cabeza está yendo demasiado lejos. Solo os habéis dado un besito, son cosas que pasan en la vida. Tómalo con calma y no te rayes tanto, si hoy has rendido mal en el trabajo por eso, mañana rendirás mejor, pero piensa una cosa: si te gusta ese tío, no pasa nada, vuélvelo a besar hasta que te canses y asunto solucionado.

—¿Y si me enamoro? Yo no quiero enamorarme de él, eso sería un problema, yo tengo mi vida, tendré que elegir, me hará sufrir...

—Para, para —me interrumpió Jaime—. No vayas tan rápido, solo le has dado un beso y ya estás pensando en un futuro de desgracias. Todo eso solo está en tu cabeza, los puentes hay que cruzarlos cuando se llega a ellos, no puedes cruzarlos antes, así que toda esa rayada solo sirve para angustiarte.

—¡Pero es que...!

—Shhh —me interrumpió, chistándome—. Métete en la ducha, ponte una película que te guste y desconecta del trabajo, pero, sobre todo, intenta desconectar de tu cabeza. Y no te preocupes, mañana por la mañana me vas a tener ahí, y podrás llorar sobre mi hombro todo lo que quieras.

—¿Qué? Pero, Jaime... ¿cómo vas a hacer eso?

—Tenía que ir igualmente a trabajar, ¿no? Pues adelantaré el viaje, así podré comenzar a organizar las cosas cuanto antes.

Suspiré. Me sentía un poco mal por obligarle a adelantar el trabajo, pero también me hizo sentir arropada y apoyada.

—Gracias, Jaime.

Cuando colgué me sentía mucho mejor, y decidí hacer caso al consejo de mi amigo.

Fui un cobarde y hui.

La mañana siguiente a aquel beso que había convertido mi vida en un caos, y después de pasarme toda la noche despierto pensando en Esther, en el beso, y en las dolorosas palabras que nos dirigimos después (¿que había sido fruto de la tensión del momento? ¿Estoy tonto, o qué? ¿Que no había sido importante? No lo sería para ti, chata, pero para mí...), hice las maletas y me marché.

Me levanté de la cama antes de que el sol saliera. Salí de casa de Gia cuando todavía era de noche y caminé, furioso y triste a partes iguales, hasta mi casa para hacer las maletas y largarme de Venecia durante unos días.

Necesitaba poner distancia con Esther, alejarme de ella para que mi obsesión desapareciera y, así, conseguir poner orden en mis propios sentimientos. Sabía que se había convertido en alguien importante para mí pero, ¿hasta qué punto?

El recuerdo de Hannah revoloteó muy intenso durante aquellas horas. Había creído que estaba enamorado de ella y, cuando se marchó, creí que iba a morirme del dolor que sentí en mi corazón. Pero al cabo de los días el sufrimiento había ido convirtiéndose en un recuerdo vago, y solo me quedaban los buenos ratos que pasamos juntos y una bonita amistad.

¿Sería lo mismo con Esther? ¿Acaso yo era tan superficial que era incapaz de amar con intensidad?

Me fui arrastrando la maleta hasta el aparcamiento de la vía Libertà, donde siempre aguarda mi coche: un BMW serie 6 descapotable. La metí en el maletero y me senté al volante.

Suspiré, enfadado conmigo mismo, sintiéndome un cobarde, y lo golpeé con furia hasta hacerme daño en las manos.

Más calmado, arranqué y enfilé hacia el puente que me sacaría de Venecia, la ciudad que tanto amaba, pero que en aquel momento me parecía demasiado triste y asfixiante para seguir en ella.

Me fui al norte, a Cortina d'Ampezzo.

Escoger la estación de esquí como mi destino no fue al azar. Sabía que mi

grupo de amigos estaban allí en la primera escapada de invierno que hacían, y fue algo automático decidir reunirme con ellos. Necesitaba estar rodeado de mis amigos, de mi gente, para sentirme arropado, aunque desde luego no pensaba abrir mi corazón a ninguno de ellos. Lo que necesitaba era volver a sentirme yo mismo, aunque ese «yo» fuese el de siempre, el frívolo cabeza hueca del que siempre me acusaba de ser Esther.

Necesitaba rodearme de trivialidades vacías para poder pensar.

El viaje en coche desde Venecia hasta la estación dura unas dos horas, pero yo me tomé tiempo para llegar. A media mañana entré por fin en la cabaña que habían alquilado y todos se sorprendieron al verme, pero me recibieron con los brazos abiertos y alguna que otra chanza a causa de los rumores que corrían sobre mi «fiebre obrera» que me había llevado a trabajar con mis propias manos. Aguanté las bromas con buen humor y me reí con ellos, pero pasó algo muy extraño: los miré con lástima y, por primera vez en mi vida, no sentí que perteneciera a aquel grupo de hombres y mujeres ociosos que solo se dedicaban a esperar el dinero que les enviaba papá, sin más pretensión en la vida que divertirse y pasárselo bien.

Los juzgué como Esther me había juzgado a mí, como si fuese mejor que ellos. Y me di cuenta de qué veía Esther cuando me miraba a mí. Los veía a ellos. Vidas vacías, sin sueños, sin esperanzas. Vidas lineales que no aportaban nada al mundo, ni a las personas que les rodeaban.

Y era precisamente rodearme de ellos lo que necesitaba en aquel momento. Esther había sacudido mi vida de una forma inmisericorde; me había vapuleado el ego y la confianza en mí mismo, y precisaba recobrarlas para recuperarlas. ¿Qué mejor que hacerlo al lado de amigos que eran como yo había sido? ¿Como todavía era en gran parte? Amigos que no me juzgaban.

Fue un alivio dejar de sentir sobre mis hombros el peso de los remordimientos y poder respirar con tranquilidad sin estar pensando en cómo iba a juzgarme Esther si me veía haciendo esto o lo otro. Pude reír por bromas sin sentido, beber sin medida, coquetear descaradamente con cuanta mujer se me ponía por delante, y holgazanear con tranquilidad.

O eso intenté.

Porque aunque Esther no estaba allí físicamente, sí estaba en mi cabeza, llenándomela de reproches que me merecía por andar ganduleando en lugar de asumir mis responsabilidades en Venecia.

El *palazzo*. Mi proyecto.

Mi propia conciencia había tomado prestada la voz de ella para martillearme, una conciencia que no sabía que tenía, pero que se había presentado sin pedir permiso y que me estaba amargando la fiesta.

También estaba presente en mis recuerdos más recientes. Porque cada sonrisa que veía, me transportaba a cada uno de los momentos en que yo había conseguido que Esther sonriera, siendo consciente de que cada vez que ella curvaba sus hermosos labios era un regalo. Esther no sonreía a menudo, y que lo hiciera gracias a mí... era como un pequeño milagro.

Y las conversaciones...

Hasta la más trivial, solo con que uno de los tertulianos hablara con entusiasmo sobre cualquier tema, traía a mi mente la pasión que Esther derrochaba cada vez que hablaba sobre arquitectura, edificios, y todas esas cosas sobre las que yo a duras penas sabía nada. Y la manera en que lograba que hasta yo me emocionara al ver el brillo de sus ojos mientras hablaba.

Supongo que, en gran parte, todo eso tuvo la culpa de que, la segunda noche en Cortina d'Ampezzo, decidiera beber hasta perder la conciencia, hasta dejar de sentir, de pensar, de recordar. Hasta que mi cabeza se convirtiera en un nubarrón denso y pesado que me abotargara.

Y fue mi borrachera la que me llevó a creer, en un estado de estupidez total, que mi problema con Esther iba a resolverse echando un polvo con otra mujer. Que así iba a lograr quitármela de la cabeza y arrancármela del corazón. Porque eso era lo que debía hacer. Porque Esther me había dejado claro que no quería tener nada conmigo, que para ella yo era un irresponsable, un niño rico sin oficio ni beneficio, que no sabía lo que era tener que luchar por algo.

Me despreciaba.

¿Por qué, entonces, iba yo a querer que mi corazón siguiese acelerándose cuando pensaba en ella? ¿Por qué demonios iba a desear volver a besarla? ¿Por qué iba a permitirme echarla de menos?

Ángela había estado tonteando conmigo desde el primer momento en que pisé la cabaña. Ya nos habíamos enrollado más de una vez, y ambos sabíamos que nunca habría algo serio entre nosotros. Se había pasado la tarde poniéndome ojitos tiernos y provocándome con sus frases subidas de tono

susurradas al oído. Yo me había reído y le había seguido el juego, intentando desterrar así a Esther.

Hasta que decidí que no tenía bastante con jugar aquellos juegos inocentes. Que necesitaba más. Que quería follarla para obligar a mi mente a dejar de pensar en Esther, aunque fuese solo un rato.

La invité a subir a mi habitación y, cuando ya habíamos empezado a besarnos y a quitarnos la ropa, mi maldita conciencia decidió usar mi propia voz para recriminar mi comportamiento.

Porque estaba engañando a Esther, aunque no tuviese nada real con ella. Sentí que la estaba traicionando, sin importar que ella me despreciase. Estaba sufriendo porque no me amaba, ¿y mi reacción era acostarme con otra?

Y porque estaba engañando a Ángela, aunque ella no esperase de mí más que un polvo divertido. La estaba utilizando para borrar a Esther de mi mente y eso no estaba bien. No era justo para Ángela, ni para Esther, ni para mí.

Me sentí vil, despreciable, abyecto, infame, indigno, y rastrero. Un montón de palabras que vienen a significar lo mismo: que yo era una mala persona.

Ángela ya se había quitado el vestido y estaba desabrochándose la camisa, cuando la cogí por los brazos con suavidad y la aparté de mí.

—Lo siento —le susurré—, pero no.

—¿No, qué? —me preguntó, sonriendo, quizá pensando que solo era un juego—. ¿Quieres hacerlo vestido? A mí ya me está bien —susurró, pegando sus pechos contra mis pectorales.

—No, Ángela. Me refiero a que... no quiero hacerlo. Lo siento, pero me encuentro fatal.

Hablaba arrastrando las palabras por culpa de la monumental borrachera que había pillado. Ella, en lugar de enfadarse, se preocupó por mí, lo que hizo que me sintiera aún peor. Creyó que con ese «me encuentro fatal» me refería a algo físico.

—¿Quieres que llame a un médico? —me preguntó, cogiéndome del brazo y ayudándome a llegar a la cama—. Me quedaré contigo y te cuidaré. No te preocupes.

Me dejé caer sobre la cama, sentado, sintiéndome completamente derrotado. Yo era un cabrón con todas las letras, porque me agarré a su suposición para negar lo que de verdad me estaba pasando.

—No, gracias, no es necesario. Solo quiero quedarme solo para vomitar en paz. Vete, vuelve abajo y pásatelo bien en la fiesta.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Está bien.

Cogió el vestido, se lo puso a toda prisa y salió, dejándome por fin solo. Solo.

Fue entonces cuando todo el peso de las emociones se derrumbó sobre mí. Cuando me di cuenta de qué me pasaba en realidad. Cuando me vi solo, en la habitación, sentado en una cama enorme y vacía, como vacía había estado mi vida, sin fuerzas ni ilusiones, hasta que llegó Esther para provocar un maldito terremoto.

Esther, con sus ojos brillantes, su seriedad, su tenacidad, su fuerza, su pasión por el trabajo y la pasión más profunda que pude entrever cuando la besé. Estaba convencido de que tenía un volcán escondido que había reprimido durante toda su vida de adulta para enfocar todas las energías en conseguir sus objetivos de triunfar en el mundo de la arquitectura.

Y yo ardía en deseos de liberarlo, de provocar una erupción y hacer que estallara entre mis brazos.

Pero aquí estaba, como un cobarde, sentado en una solitaria cama mientras me compadecía de mí mismo.

Me sorprendió que se me nublaran los ojos y, cuando alcé la mano para frotarlos, me descubrí llorando.

Las lágrimas cayeron rodando por mis mejillas y un sollozo desgarrador me atoró la garganta.

No podía seguir así. Yo no era un cobarde. ¿O sí?

Me había pasado la vida rebelándome contra mi padre, haciendo todo lo contrario de lo que él quería de mí, pero amparándome en el dinero que, religiosamente, me enviaba cada mes.

Sí, había sido un cobarde; porque un valiente le hubiera tirado el dinero a la cara y se hubiera buscado la vida trabajando como cualquier otro ser humano.

Sí, era un cobarde, y un niño malcriado incapaz de conseguir algo por sí

mismo. Incluso en aquel momento seguía siéndolo porque había recurrido a mi madre para poder llevar a cabo el proyecto que yo creía, en mi estúpida ceguera, que sería mi liberación.

El asunto del *palazzo* no era algo que pudiera cambiar. La propiedad y el dinero destinado a convertir aquella ruina en un hotel, eran suyos.

Pero mi amor por Esther era auténtico, genuino, y solo me pertenecía a mí.

¿Acaso no era el momento de tomar la decisión y hacer algo al respecto?

Sí, iba a ser una batalla difícil de ganar porque Esther era una mujer dura de roer. Tendría que luchar contra sus prejuicios y su visión sobre mí no era nada favorable. Pero yo también podía ser tenaz, tanto como ella, y estaba dispuesto a arriesgarlo todo con tal de conseguirla.

Me limpié las lágrimas, avergonzado, pero con el ánimo mucho más liviano. Iba a volver a Venecia inmediatamente, iría a verla y le diría claramente qué sentía por ella.

Iba a confesarle mi amor.

Porque la amaba, joder. La amaba como jamás había amado a nadie. La amaba de verdad, sin peros ni excusas. Esther hacía que yo quisiera ser mejor persona, algo que ni siquiera Hannah había conseguido.

¿Qué otra explicación podía haber, si no era que la amaba?

Imaginar un futuro sin ella, era una tortura. Incluso el matrimonio, del que había huido durante toda mi vida como alma que lleva el diablo, me parecía un fin en sí mismo, una meta, un objetivo. Casarme con Esther, formar una familia, apoyarla en su carrera, facilitarle la vida y hacerla feliz. Eso era lo que anhelaba con todo mi corazón.

Me levanté de la cama, decidido a marcharme en aquel mismo momento, a pesar de estar aterrado de que ella me apartara de una patada en el trasero.

Pero mi cuerpo y el alcohol que me había metido entre pecho y espalda, decidieron que no era el momento.

Mareado y a punto de vomitar, corrí hacia el baño.

Mi regreso iba a tener que esperar unas horas.

Capítulo ocho

Llegué a Venecia a media mañana.

Había pasado una noche terrible por culpa de la borrachera y me levanté con una resaca antológica, pero en lugar de quedarme en la cama compadeciéndome y quejándome como un moribundo, que es lo que había hecho siempre, me di una ducha, me tomé un puñado de aspirinas y emprendí la vuelta a mi ciudad.

Al llegar dos horas más tarde, ni siquiera pasé por mi casa para dejar la maleta. La dejé en el coche, pensando que ya volvería a por ella más tarde. Mi obsesión era buscar a Esther, besarla hasta que perdiera el sentido o me abriera la cabeza de un guantazo, y declararle mi amor.

Porque estaba enamorado. Hasta las trancas. Como nunca antes lo había estado.

Subí las escaleras de su casa de dos en dos. Ni siquiera sé por qué fui primero al apartamento en lugar de al *palazzo*, aunque sabía que en alguno de los dos sitios la encontraría.

Debí haber ido primero al *palazzo*.

Cuando llamé a la puerta, me abrió un tío. Alto, rubio, delgado pero musculoso, con cara de sueño y... en calzoncillos. Se rascó la cabeza mientras bostezaba y me miraba con un interrogante pintado en la cara.

—¿Sí? ¿Qué quieres?—me preguntó en español.

—¿Quién coño eres tú?

No fue mi mejor momento, lo admito. Fui antipático, descortés y muy maleducado; pero tengo una justificación: de repente, estaba enfadado y terriblemente celoso. Porque, a ver, que un tío abra la puerta del apartamento de una chica, vistiendo solo unos calzoncillos, solo puede significar una cosa. Por lo menos, en mi mente calenturienta.

—Eso debería preguntártelo yo, ¿no crees? ¿Quién eres tú y a quién buscas?

—Soy el dueño del apartamento. —Mentira. En realidad, pertenece a la familia, pero para el caso...—. Y quiero hablar con Esther. ¿Dónde está?

—En la ducha. ¿Por?

Su actitud chulesca me sacó de quicio. Estaba ahí, plantado delante de la puerta como si estuviera en su propia casa, impidiéndome el paso, medio en pelotas y sonriendo provocador.

Esto no podía acabar bien. De ninguna de las maneras.

—Son las once y media de la mañana. ¿Qué coño hace que no está en la obra? —exclamé.

No era eso lo que me moría por decir. Lo que quería era entrar a la fuerza, buscar a Esther y gritarle «¿¿por qué me has hecho esto?!». Porque me sentía traicionado, aunque no tuviese ningún motivo real. Esther y yo no estábamos saliendo. Solo nos habíamos dado un beso fugaz en una noche de tormenta, un beso que ella calificó como error y del que no quería volver a hablar. ¿Qué importaba si yo me había enamorado de ella hasta las cejas? No nos habíamos hecho ningún tipo de promesa.

Pero yo había rechazado a una mujer hermosa y divertida que estaba bien dispuesta a meterse en mi cama, mientras Esther retozaba con este ejemplo de masculinidad ibérica.

¿Acaso el karma podía ser más cruelmente irónico?

Mi orgullo estaba por los suelos y pisoteado.

—Hemos estado toda la noche despiertos y necesitaba descansar, ya me entiendes.

El muy cabrón soltó aquello y se quedó tan a gusto. Incluso se permitió el lujo de guiñarme un ojo con complicidad, como si yo fuese a alegrarme de ver que mis paranoias no lo eran tanto, y que Esther, mi Esther, había estado retozando con este... este... tío, mientras yo penaba por ella.

Qué. Bonito.

Le di un empujón y entré como una tromba, llamándola a gritos. Perdí los estribos, he de reconocerlo. La furia y el miedo estaban enzarzados en una batalla para apoderarse de mi control. Pero, ante todo, quería que fuese ella misma la que me lo dijera: Dante, he estado toda la noche follando con este tío. Sea quién sea.

—Por cierto, me llamo Jaime —se presentó con sorna detrás de mí. Incluso creí oírle ahogar una carcajada.

El nombre me sonó vagamente, pero no presté más atención a mi memoria.

—Me importa una mierda quién eres.

Fui directo al baño pero allí no había nadie. Estaba todo recogido, la ventana un poco abierta para que se ventilara, y no había ni rastro de humedad.

Hacía horas que allí no se había duchado alguien, o las paredes embaldosadas estarían chorreando.

Abrí la puerta del dormitorio. Todo estaba en su sitio y la cama perfectamente hecha. No había ni una sola señal de que allí hubiese habido una noche de sexo loco.

Me giré y entonces me di cuenta de que en el sofá había una almohada y un par de mantas.

Miré al tío, Jaime, que seguía en la puerta, partiéndose el culo de risa, aunque hacía esfuerzos por no estallar en carcajadas.

Qué cabrón. ¿Se había burlado de mí?

—Me vas a decir ahora mismo qué... quién... dónde...

Creo que tuve taquicardias. Me llevé la mano al pecho y sentí que mi corazón estaba latiendo tan deprisa que parecía a punto de salirse por la boca, una boca que se aturulló y no pudo hacer más que balbucear incoherencias.

—Eres Dante Macchi, supongo —me dijo, perdiendo la risa de repente y mirándome muy serio. Creo que llegó a preocuparse. No sé si me puse pálido, pero debió faltar poco.

—Y a ti qué te importa quién soy yo —escupí, rabioso.

«Una palabra más de burla, y le arranco la cabeza», pensé.

No soy un hombre violento. Nunca me ha gustado meterme en peleas, y siempre he pensado que las diferencias se solventan hablando; pero en aquel momento, mi yo más prehistórico salió a flor de piel y mis ansias de golpearlo fueron tan fuertes, que apreté los puños hasta clavarme las uñas en las palmas.

—Soy Jaime Rodríguez. Trabajo con Esther, y también soy su amigo. Y si eres Dante, tal y como sospecho, deberías saber que a estas horas Esther está en el *palazzo*, trabajando.

Mi cabeza estalló. Jaime. Claro. El tío que iba a hacerse cargo de la decoración del *palazzo* en cuanto las obras estuviesen terminadas. El mismo

tío del que Esther dijo que no solo era guapo, sino que además era inteligente, dejándome clara su opinión sobre mi menguada capacidad intelectual.

Me erguí con dignidad y caminé hacia la puerta. Había hecho el ridículo más espantoso pero me negaba a admitirlo.

—De acuerdo. Muchas gracias por la información —le dije al pasar ante él—. Por cierto, —añadí, mirándolo con seriedad—, te quiero fuera de mi casa en una hora.

Quise ser tajante, pero creo que resulté más patético que otra cosa. Jaime ahogó una risa, me palmeó la espalda con condescendencia y me empujó con suavidad hacia la salida.

—Claro que sí, tío, lo que tú digas —soltó, burlándose, antes de cerrarme en las narices.

Subí las escaleras, furioso, aguantándome las ganas de aporrear la puerta y seguir aporreándolo a él cuando la abriera. Enfurruñado como un niño, llamé en casa de Gia mientras en mi cabeza daba vueltas la imagen de él en calzoncillos.

Aunque también estaba claro que había dormido en el sofá.

¿Y qué? ¿Acaso eso era una prueba de que no habían hecho el amor? No, no lo era. En absoluto. Bien podían haberlo hecho y que después él se fuera a dormir al sofá por... por... por lo que fuese. ¿O no?

Golpeé de nuevo la puerta de Gia y esperé unos minutos. No me abrió, y me fui de allí refunfuñando sobre las mujeres que no están nunca en su casa cuando uno las necesita, sin que me importara que fuese viernes por la mañana y que, por lo tanto, Gia estuviese trabajando.

Estaba tan nervioso, enfadado y alterado, que tuve ganas de gritar como un gorila cuando ve que su territorio es invadido por otro macho peligroso que quiere levantarle a las hembras.

En mi caso, solo había una hembra que me importara: Esther. Una mujer a la que, en esos momentos, quería gritarle hasta desgañitarme para deshacerme de toda la frustración que acarreaba encima.

Estaba cansado, con resaca, me sentía enfermo y, encima, estaba tan furioso que podía estallar como una bengala en cualquier momento.

Muy malas condiciones para ir a ver a Esther.

Por suerte, todavía me quedaba algo de sentido común como para darme cuenta de que, si iba a ver a Esther y le montaba un número en el *palazzo*, mis oportunidades con ella, que ya eran nimias, se convertirían en inexistentes.

Respiré hondo, apoyado en la esquina de la calle. Cerré los ojos intentando calmarme.

No podía ir a verla en aquel estado. Pero tenía que hacerle saber que había vuelto.

Saqué el teléfono y abrí el *Whatsapp*.

«Estoy de vuelta. Siento haber tenido que irme. ¿Nos vemos en un rato?».

Esperé su contestación. Tardó varios minutos en leerlo, y algunos más en contestar.

«Estoy en la obra hasta las cinco», me contestó. Me pareció fría y distante pero, ¿qué podía esperar? Me había ido sin avisar a nadie, huyendo como un cobarde, comportándome como el niño mimado que siempre me acusaba de ser.

Me fui a mi casa para tumbarme en el sofá y allí, mirando el techo como un idiota, me repetí una y otra vez que Jaime solo era un amigo; que todo lo que había en mi cabeza era una película que me había montado a causa de los celos; que debía darme unos días a ver qué pasaba. Y que, además, Esther no era (todavía) nada mío, y que tenía todo el derecho a hacer lo que le viniera en gana, y yo no tenía derecho a montarle un escándalo por una absurda suposición.

Pero...

Pero si, al final, resultaba que sí estaba liada con Jaime, iba a tener que joderme.

La llegada de Jaime me había ayudado a calmarme. Llegó el día anterior, a mediodía, y estuvo conmigo toda la jornada de trabajo, hablándome de sus ideas y valorando el lugar. Me ayudó a centrarme y a distraer mis pensamientos del idiota de Dante. Por la noche conseguí dormir después de estar un rato hablando con él y viendo series en el sofá. Pero esa mañana, desde que había recibido el mensaje, volvía a estar nerviosa.

Estoy de vuelta. Siento haber tenido que irme. ¿Nos vemos en un rato?

¿Se podía tener la cara más dura? Ni siquiera me explicaba nada, y me escribía como si nada hubiera pasado. No estaba segura de querer verle, aunque tenía muchas ganas de decirle cuatro cosas, pero sabía que si comenzaba a hablar, no pararía.

—Vamos a comenzar a retirar las vigas dañadas, la carcoma ha hecho estragos en esas últimas, tendremos que aplicar un buen tratamiento al resto. —El capataz me estaba hablando, pero desde que Dante me había escrito apenas podía prestar atención a nada.

—Sí, haced lo que consideréis adecuado.

«Es un irresponsable, podría comprender que quisiera alejarse de mí, pero este proyecto es suyo, es el jefe. Tiene que tomar decisiones, y no está», pensé cada vez más enfadada.

Pasado el mediodía, Dante apareció en el piso dónde estábamos Renzo, el capataz y yo supervisando los avances de los obreros que subidos en los andamios terminaban de apuntalar el techo para retirar las enormes vigas dañadas. Sentí que mi cuerpo se tensaba nada más verle, y tuve que reprimirme para no comenzar a gritarle allí mismo. Le saludé con dos besos cuando se acercó, tensa, y él me miró como un ciervo mira los faros del coche que está a punto de arrollarlo.

—Lo siento, Esther, tuve que irme por una cuestión familiar, era urgente.

Conté hasta tres mentalmente, pero casi podía notar el humo saliendo de mis orejas. Las tenía ardiendo de puro enfado.

—Ya, claro —respondí secamente, y ya no pude callarme—. Me parece muy bien que atiendas a tu familia, pero no te costaba nada avisar. Ya has dejado claro que eres un irresponsable y no debería haber esperado nada de ti.

—Esther, no estás siendo...

—Estos últimos días me había hecho una idea muy diferente de ti —le interrumpí, sin dejarle hablar. Ya había abierto las compuertas y no podía parar—, pero está claro cómo eres en realidad.

—He tenido que irme, no es nada que yo...

—¿No lo has elegido? ¿No has elegido no responder a una sola llamada? ¿Ni dejar un solo mensaje? ¿Era demasiado esfuerzo para ti?

Sin darme cuenta, elevé el tono, y los obreros volvieron las miradas hacia nosotros, dejando lo que estaban haciendo. Renzo, que estaba a mi lado, se

apartó un poco, como si temiera que yo estallara en cualquier momento.

—Te pido disculpas por... —intentó decir Dante.

—No las acepto. Tu deber era estar aquí, y si no podías, al menos habernos dejado dicho que pensabas largarte un par de días para que no nos preocupáramos.

En realidad, yo era la única que se había preocupado. Su repentina huida me había provocado una ansiedad como hacía tiempo no tenía, y odiaba que eso me sucediera. Odiaba no saber qué le había pasado, pero lo que más aborrecía era no entender qué estaba pasando dentro de mí.

—Yo no...

—¿Qué ha pasado? ¿Cuál es tu excusa? ¿Se ha muerto alguien? Porque espero que sea algo realmente importante.

Veía a la perfección cómo la tensión crecía en él y apretaba los dientes, hasta que tampoco él pudo soportarlo más.

—¡Me fui por el beso, ¿vale?! —estalló de pronto, y el silencio cayó en la sala durante un largo instante. Dante resollaba, yo le miraba con los ojos muy abiertos, sorprendida a pesar de haberlo sabido. No fui capaz de replicar, y él continuó—. Me ha hecho sentir cosas que jamás he sentido, y me acojoné. No sabía qué hacer con todo eso, por eso me fui, porque me aterra. Porque estoy asustado de muerte, Esther. Porque nunca he estado enamorado de nadie, y menos de alguien como tú, que me mira desde arriba, que me hace sentir torpe e indigno.

Me quedé clavada en el lugar. Todo el mundo había dejado de trabajar y escuchaba la confesión de Dante con atención, conteniendo el aliento. Yo quería que la tierra me tragase, ni siquiera me sentía preparada para saber algo así, para aceptarlo siquiera.

—Es verdad que he sido un juerguista —continuó—, es verdad que no he hecho otra cosa que vivir la vida hasta ahora, pero tuve mis motivos, en ese momento los tuve. Pero también puedo ser responsable, y digno de confianza, y me he esforzado mucho por demostrártelo estos días. Nunca en mi vida he trabajado tanto por algo, y lo estoy haciendo por ti, porque quiero impresionarte y que dejes de mirarme como si fuera imbécil. Porque quiero ser digno de alguien como tú.

Abrí la boca, intenté decir algo: que yo no era nadie especial, que yo no

tenía nada de digno o merecedor de ese esfuerzo, pero nada salió de mi boca. Me sentí temblar por dentro, y solo podía desear con fuerza que la tierra se abriera en ese mismo momento.

—Tú me has etiquetado y me has juzgado desde que me viste, me has condenado sin conocerme realmente... ¿Quién lo ha hecho peor, Esther?

El corazón me resonaba en los oídos. Dante me miró con los ojos acuosos, apretando los dientes de rabia. Esperó unos segundos, pero no pude responderle, y entonces se fue, caminando con dignidad, bajo la mirada atenta de toda la plantilla del *palazzo*.

Aquella fue la declaración de amor más hermosa y, a la vez, más horrible que nadie me había hecho en la vida.

Parpadeé, y miré a mi alrededor. Las manos me temblaban, y sentía un intenso calor en la cara, que se acrecentó cuando vi a los obreros, al capataz y a Renzo mirándome como si esperasen que el espectáculo continuara.

—¡Volved al trabajo! ¡El espectáculo ha terminado! —les grité, y me fui a grandes zancadas en busca de la escalera que llevaba a las terrazas.

Estaba avergonzada, y asustada. Mi corazón latía con tanta fuerza que sentía que iba a estallarme, y una presión en el pecho me robaba el aliento. Una vez arriba, lejos de miradas ajenas, solté un grito y di una patada a la cornisa, intentando que la ansiedad se rebajara hasta al menos dejarme respirar. Respirando profundamente, cuando logré calmarme, me senté en el suelo y apoyé la espalda en la cornisa, cerrando los ojos.

—Contrólate, Esther. No tienes que tomarte las cosas así, solo tienes que pensar fríamente —me dije a mí misma en voz alta.

Necesitaba ver las cosas con más naturalidad. Esto le pasaba todos los días a la gente, ¿no? Enamorarse, discutir, declararse delante de los empleados...

Resoplé, y comencé a hacer una lista mental de pros y contras. Necesitaba analizar lo que estaba pasando para calmarme, aunque resultase raro, allí no había nadie para juzgarme. Pensé primero en las cosas malas que tenía Dante.

«Es un poco inmaduro. No sabe gestionar sus emociones. Es un ligón. Es algo histriónico, y no se toma la vida en serio. No sé si es de fiar», enumeré los contras mentalmente, y luego pensé en las cosas buenas que creí ver en él: «Es sensible. Es divertido. Sé que se preocupa por mí, porque me ha estado

cuidando todo este tiempo, y en especial desde que tuve el accidente con la dichosa góndola. Cuando quiere, es voluntarioso, y trabajador».

El colofón de la lista lo estaba sintiendo en ese mismo momento: al pensar en él, sentía un revoloteo extraño en el estómago. Esas malditas mariposas de las que la gente solía hablar. Esas que ya no podía ignorar, porque me estaban matando.

Cuando logré recomponerme, pasé con tanta dignidad como pude por delante de los trabajadores, que se pusieron a cuchichear mientras bajaba las escaleras. Estaba muerta de vergüenza, odiaba los numeritos, pero era consciente de que había comenzado yo echándole la bronca a Dante delante de todos.

Por el camino de vuelta a casa no pude aguantar y llamé a Jaime. Le conté con todo lujo de detalles lo que había pasado, intentando no echarme a llorar como una idiota. Tenía los nervios y las emociones a flor de piel, y no me gustaba nada sentirme así, tan perdida y tan fuera de control.

—No sé qué hacer, ni cómo sentirme, Jaime... —le estaba lloriqueando.

—No puedo creerme que tú, Esther Blanch, que ha luchado por todo lo que tiene, se acobarde en una situación como esta —replicó él, apelando a mi orgullo.

—No estoy segura de arriesgarme por alguien como él. No acabo de confiar.

—En esta vida no hay apuestas seguras —respondió él. Me venía bien tenerle cerca, y que respondiera a mis llamadas en esos momentos. Era algo así como la voz de la razón—. Tienes que lanzarte y arriesgar si realmente estás sintiendo que todo esto importa, y por cómo estás, está claro que te importa. Lánzate por una vez, Esther, vive y no pienses solo en tu trabajo. Tienes que llenar tu vida de más cosas.

Tomé aire y lo mantuve en los pulmones unos instantes. La voz de Jaime me calmaba, me hacía sentir más segura y ver el camino más claro, aunque me sintiera al borde de un precipicio. Pensé durante unos instantes en lo que decía, sintiendo que esas mariposas en mi estómago se revolucionaban cuando pensaba en seguir su consejo.

—Tienes razón... —concedí al fin. Erguí los hombros y caminé más segura sobre los adoquines, infundiéndome valor—. Siempre he luchado por

lo que quería, sin hacer caso al miedo. Ahora no será diferente. Si me equivoco y me caigo pues... me levantaré y seguiré andando.

—¡Esa es la Esther que yo conozco! Sí, señor. Todo irá bien cuando te relajes, ya lo verás.

—Gracias, Jaime... Te veo dentro de un rato en casa.

Al colgar, aprovechando que la conversación con Jaime me había envalentonado, marqué el número de Dante y esperé a que respondiera. Tras siete tonos, acepté que no iba a hacerlo.

«Bien... Estará enfadado, con razón», pensé, y volví a tomar aire profundamente mientras cambiaba el rumbo de mis casos.

Iría a su casa y me disculparía. Yo no era ninguna cobarde.

Me fui a casa, amargado y enfadado con Esther, conmigo, con el mundo...

¿Cómo podía haberme enamorado de alguien como ella? Me sentí estúpido. ¿De verdad creía que confesar que me había enamorado iba a cambiar algo? En aquel preciso instante, estaba convencido de que Esther tenía una roca por corazón, que su obsesión por el trabajo y por su carrera había opacado todo lo demás hasta el punto de hacerle olvidar que tenía sentimientos.

Estaba tan obcecado con mi propio sufrimiento y tan rabioso, que cuando el teléfono sonó y vi que era ella, me negué a contestar. ¿Para qué? ¿Para seguir oyendo sus reproches? ¿Sus juicios sobre mi estulticia y mi frivolidad? Ya lo había oído demasiadas veces en mi vida como para apetecerme escucharlo de su boca, otra vez.

Lo peor de todo era que yo era plenamente consciente de que tendría que seguir trabajando con ella. No iba a quedarme más remedio que seguir viéndola porque el proyecto del *palazzo* tenía que seguir adelante; no podía permitirme el lujo de tirar la toalla y defraudar a mi madre. Contra todo pronóstico, había confiado en mí para hacer que aquel edificio medio en ruinas que había pertenecido a nuestra familia durante generaciones, volviera a latir y estar vivo.

Cuando llegué a casa, cansado de las insistentes llamadas de Esther, apagué el teléfono y lo tiré sobre el sofá. Me puse la mano sobre el pecho y le ordené a mi corazón que resistiera. Me dolía y, aunque intenté buscar a aquel

Dante que había sido, el hombre al que nada le importaba, el frívolo cabeza hueca que no sufría por nada ni por nadie, no lo encontré. Había desaparecido.

Esther me lo había arrebatado todo, hasta la máscara con la que me había ocultado durante la mayor parte de mi vida.

Tuve ganas de llorar. De gritar. De romper cosas.

De huir, otra vez.

Pero me contuve. ¿De qué me iba a servir? De nada. Si huía, el dolor que arrastraba vendría conmigo, me seguiría a donde quiera que fuese, como un perro fiel. Nada lo calmaría, ni conseguiría atenuarlo. Tenía que ser fuerte, sobreponerme y seguir adelante.

Pero, ¿cómo?

Nunca me había sentido tan abrumado por el sufrimiento, no sabía cómo hacerle frente.

Aunque...

Si echaba la vista atrás, muy atrás, y volvía a mi infancia, quizá lo redescubriría. Porque fue en esa época cuando, por pura supervivencia y de forma inconsciente, empecé a convertirme en el hombre que había sido, un ser frívolo al que parecía que nada le importaba.

Las constantes críticas de mi padre, su mirada reprobadora, y sus palabras, dolorosas. «Eres un inútil. No sirves para nada. Eres una vergüenza para la familia. Un hijo mío no puede ser tan estúpido». Yo nunca era lo bastante bueno para él, jamás conseguí estar a la altura de sus expectativas. Y cuando empecé a rebelarme, cometiendo una locura tras otra, provocándole adrede para enfurecerlo, las palabras dejaron de dolerme y el odio que llegué a sentir por él, se transformó en una frívola indiferencia.

A veces me he preguntado por qué jamás dejó de mantenerme y siguió enviándome dinero regularmente. Quise creer que era porque en el fondo me quería, aunque ahora pienso sinceramente que solo fue porque temía las críticas de la gente; el qué dirán.

Mi padre siempre ha tenido una obcecación insana por el orgullo familiar. Todo debe plegarse a él, y cada uno de sus actos van encauzados a agrandar esa dignidad con la que reviste nuestro apellido. Un Macchi debe vivir conforme a su apellido, hacer ostentación de la riqueza que posee y mirar al resto del mundo por encima del hombro, con altivez y soberbia. Y, aunque ser

un vago irresponsable era una mancha para esa imaginaria dignidad, hubiera sido mucho peor si me hubiera convertido en un pobre desgraciado que no tenía dónde caerse muerto, viviendo entre la indigencia y el abandono.

Por eso siguió manteniéndome, y por eso no se opuso cuando decidí volver a Venecia: si me quitaba de su vista, su orgullo malherido sería mucho más soportable.

Y aquí estaba, enamorado de una mujer que, cuando me miraba, lo hacía como mi padre: con desdén, como si yo no valiese ni el aire que respiraba.

Me odié y odié mi vida. Y me vi incapaz de enderezarla.

Me derrumbé en el sofá y me tapé el rostro con las manos.

No debería haberle dicho nada a Esther. Debí guardar mis sentimientos bien escondidos, donde no pudieran hacerme daño, y seguir con mi máscara puesta, escondiéndome tras ella.

Pero ahí estaba, con el corazón destrozado y sin saber qué hacer con mi vida a partir de ese momento, cuando llamaron a la puerta.

Dude en levantarme y abrir. No tenía ganas de ver a nadie. Lo único que soportaba en aquel momento era la soledad, y verme obligado a hablar con alguien empeoraría mi estado.

Pero quien fuese no se rindió y su insistencia me obligó a levantarme del sofá, dirigirme a la puerta arrastrando los pies, y abrir.

Era Esther.

Mi primer impulso fue cerrarle la puerta en las narices, pero un caballero no hace algo así, y mi educación me lo impidió.

Aunque no me impidió hacer una mueca y preguntarle de malos modos:

—¿Qué quieres ahora? Ya he tenido suficiente por hoy. Déjame en paz.

—Lo siento —balbuceó, llamando mi atención. Entonces me fijé. Tenía el rostro desencajado y los ojos enrojecidos. ¿Quizá había llorado? Y lo que dijo a continuación, me desarmó—: Tienes razón.

—No me lo puedo creer —susurré, mirándola con esperanza. ¿Quizá mis palabras sí habían llegado hasta su corazón?—. ¿He oído mal, o acabas de darme la razón?

—Has oído a la perfección. —Intentó sonreír, pero lo hizo con tristeza—. He sido injusta contigo desde el primer momento. Te he tratado mal, te he

insultado constantemente sin que lo merecieras, y todo por culpa de la imagen que me hice de ti durante los primeros días. Pero también soy consciente de todas las cosas buenas que tienes, y sé que en realidad, eres un hombre bueno y trabajador.

Hablaba despacio, haciendo un esfuerzo para no atropellarse. Se retorció las manos por los nervios y no se atrevía a mirarme a los ojos, avergonzada.

Yo me emocioné por sus palabras. Nadie había dicho nunca algo tan bonito sobre mí. Que me considerara una buena persona era todo un premio, pero que encima me creyera trabajador en lugar del indolente vago que me había acusado de ser constantemente, hizo que la esperanza renaciera en mi corazón y que este se ensanchara de orgullo.

Esther creía en mí. A pesar de sus anteriores palabras, creía en mí.

Dejar de lado su orgullo y reconocerlo debía estar costándole un esfuerzo tremendo.

Quise hablar para agradecerse, pero ella me interrumpió poniéndome una mano sobre la boca, una mano que quise besar en aquel mismo momento, pero me contuve porque ella siguió hablando.

—Yo también me asusté del beso, ¿sabes? Me aterroricé, más bien. Por eso te pedí que lo olvidases, empujada por el miedo que me atenazó. Yo nunca he estado enamorada de verdad, hasta ahora, y no estoy acostumbrada a este sentimiento tan fuerte que me paraliza y que no comprendo. Y sigo terriblemente asustada; pero jamás he permitido que el miedo me impida luchar por lo que quiero, y estoy dispuesta a arriesgarme contigo, si tú eres capaz de perdonarme todos los desprecios que te he hecho. Porque lo siento, de verdad. Lo siento mucho y me arrepiento de todas las palabras horribles que te he dirigido.

—Por supuesto que te perdono —susurré, con la emoción estrangulándome—. En realidad, no hay nada que perdonar, porque acertaste en la mayoría de los insultos —intenté bromear solo por decir algo, porque la emoción me impedía hablar. Ni pensar.

Allí estábamos, el uno delante del otro, todavía en la puerta, mirándonos arrobados, deseando besarnos, abrazarnos, perdonarnos... Y lo único que se me ocurrió a mí fue dejar que mis celos hablaran por mí.

—¿Y qué pasa con ese tío?

—¿Qué tío? —me preguntó, extrañada.

—Ese que tienes en tu casa medio en pelotas.

—¡Ah! ¿Jaime? —se rio, dando un paso hacia mí y poniéndome las manos sobre el pecho. Al sentir su contacto, me estremecí agradablemente—. ¿Estás celoso?

—Claro que sí —refunfuñé—. Tengo ganas de estrangularlo desde el primer momento.

—Pues no deberías. Jaime es un buen amigo que ha venido a apoyarme cuando más lo necesitaba; y tienes que agradecerle que apelara a mi valentía para que yo esté aquí, ahora mismo, abriéndote mi corazón y deseando besarte.

—¿Deseas besarme? —le pregunté arrastrando las palabras, olvidando totalmente a Jaime.

—Me muero por besarte desde el primer día.

Sonreí, henchido de felicidad. Esther quería que la besara y yo no era nadie para llevarle la contraria.

Así que la besé, y descubrí que lo que sentí en aquel primer beso bajo la tormenta no había sido extraordinario, porque se repitió. El sabor de su boca, dulce, me embriagó. El calor de sus manos, indecisas pero valientes, me lanzó hacia una espiral de pasión que casi logró marearme.

La atraje hacia mí y cerré la puerta tras ella. Mis manos en su cintura; mi boca sobre la suya, nuestras lenguas, buscándose decididas a explorar la fuente de placer que se nos antojó inagotable; sus gemidos reverberando en mi boca; sus dedos temblorosos hundiéndose en mi pelo para atraerme más hacia ella...

La locura casi se apoderó de mí. El deseo fue tan intenso que dejé de pensar para solo sentir y deleitarme en aquel momento con el que había fantaseado y soñado tantas veces.

Pero no pude seguir adelante.

La conciencia, o mi honor, que creía inexistente; no sé qué fue lo que me obligó a apartarme de ella, respirando con agitación, para dirigirle unas palabras de las que me arrepentí inmediatamente, y de las que, al mismo tiempo, me sentí plenamente orgulloso.

Porque tenía que demostrarle a Esther que mi interés por ella no era solo

físico, que iba mucho más allá. Las palabras se las lleva el viento, pero las acciones siempre quedan en el recuerdo.

—No es el momento —le susurré contra los labios, posando las palmas de las manos sobre su rostro, acariciándole los pómulos con los pulgares—. No voy a hacerte el amor hasta que estés plenamente convencida de mi amor por ti, Esther.

—Pero...

—No, *cara mia* —musité entrecortadamente—. No voy a comportarme contigo como un casanova, aunque nada desearía más que cogerte en brazos, llevarte hasta mi cama y hacerte el amor hasta que gritases mi nombre, loca de placer. Pero voy a esperar hasta que no haya una sola duda en tu corazón.

Capítulo nueve

Noviembre al fin llegó. Después de la tercera inundación ya estaba más que adaptada a la vida en Venecia, y ya no me sorprendía llegar al *palazzo* y encontrar el vestíbulo anegado. Al final de las obras aquello dejaría de ser un problema con el sistema de contención y evacuación que había diseñado para las crecidas del agua. Estábamos a mediados de mes, y los trabajos iban a buen ritmo a pesar de las inclemencias del tiempo. Los obreros ya habían terminado de cambiar las vigas, se habían demolido algunos tabiques innecesarios y reforzado otros que eran vitales para la estructura.

Todo iba viento en popa, y así también iba mi relación con Dante. Me encontraba feliz, y tranquila, dejándome fluir por el momento que vivíamos sin pensar en lo que estaba por llegar. Dante, después de aquel viaje de huida, volvió a su rutina con energías renovadas, demostrándome que era tan trabajador como yo había creído. Estaba implicado en el proyecto, ilusionado, y no solo esto, me estaba tratando como a una reina. Poco a poco me había llevado a su terreno, y yo me estaba dejando convencer por aquella filosofía suya de disfrutar la vida, así que me dejaba arrastrar a un rincón y a otro de Venecia dejando al fin que Dante diera rienda suelta al guía frustrado que llevaba dentro. Gracias a sus paseos y al empeño que estaba poniendo por ponerme fácil la adaptación, no solo conocía Venecia al dedillo a esas alturas, sino que mi italiano había mejorado ostensiblemente.

Habían pasado tres semanas desde aquella escena en el *palazzo* que lo cambió todo, y estaban siendo las semanas más felices de mi vida. Durante esos días descubrí cosas de mí misma que no sabía: resulta que entonces supe que me gustaba perder el tiempo en el sofá devorando palomitas y viendo series, aprendí a no obsesionarme con invertir el tiempo en cosas útiles, y solo disfrutar de una buena comida, de beber un cóctel o de escuchar buena música mientras nos sentábamos en la terraza en casa de Dante.

Era sábado y volvíamos a casa después de un intento fallido de comprar entradas para la ópera en La Fenice. Aún no habíamos logrado un par de asientos, y estaban representando *Turandot*. Me moría por verla, sobre todo en ese lugar privilegiado, pero no estábamos teniendo suerte. Dante quiso tirar de

sus hilos para conseguir un par de entradas. Me daba vergüenza cuando usaba la influencia de su familia para conseguirnos cosas, era algo a lo que no estaba acostumbrada, así que no dejé que lo hiciera. Decidimos irnos a cenar para resarcirnos, pero yo tenía que ducharme y cambiarme antes de eso; el paseo me había hecho sudar y empezaba a pensar que olía como un tigre, por mucho que Dante me jurase que olía a gloria.

Jaime estaba ocupando mi sofá, como seguía siendo su costumbre cuando no estaba trabajando o callejeando por Venecia. Dante, como si acabase de recordar que estaba allí, arrugó la nariz al verlo. Le di un codazo para llamarle al control.

—Ey, hola, Esther. Hola, Dante, ¿qué tal el día? —saludó él, haciéndonos sitio en el sofá.

—Buenas tardes —dijo Dante educadamente. Le empujé con disimulo para que fuera a sentarse con mi amigo, y lo hizo, tieso como un palo.

—Voy a darme una ducha y a arreglarme, os dejo solos un rato, así que portaos bien. Quiero que sigáis enteros cuando vuelva —bromeé.

Jaime se rio, pero Dante me miró de reojo sin mucho humor.

Nunca fui de perder demasiado tiempo en el baño, pero esa temporada, desde que había empezado a salir con Dante, me pasaba al menos una hora arreglándome. Esa vez no fue distinta, me tomé mi tiempo duchándome, vistiéndome y maquillándome, y elegí uno de los vestidos que había comprado en una de las salidas con él; había ampliado mi armario con ropa cómoda para salir de excursión y con algunos vestidos para las salidas nocturnas o los conciertos. Me puse un vestido negro entallado, con más escote y la falda más corta de lo que acostumbraba. No obstante, me veía tan guapa en el espejo, con el pelo suelto y la ligera sombra de ojos, y los zapatos de tacón bajo, que no me sentí extraña.

Cuando salí al salón, los chicos se me quedaron mirando. Jaime sonrió, silbó y comenzó a aplaudir, pero Dante se quedó mirándome como si fuera una aparición divina.

—¿Qué os parece?

—Estás preciosa —dijo Dante.

—¡Vaya! No te arreglabas así cuando éramos novios —soltó Jaime inconscientemente.

La sangre me bajó a los pies, y le maldije mentalmente, manteniendo la sonrisa en los labios de forma tensa mientras le miraba con los ojos muy abiertos, intentando transmitirle telepáticamente lo mucho que la había cagado.

Dante le miró, poniéndose tenso, y el silencio casi se pudo cortar con un cuchillo.

No le había dicho nada porque sabía que no iba a tomárselo bien, y no tenía ganas de aguantar sus celos. Aún sin saber nada, sabía que sentía animadversión por Jaime a causa de eso, y ya me incomodaba lo suficiente tener que andar suavizándole cada vez que los dos coincidían en casa. Lo mío con Jaime era agua pasada, y no tenía ninguna importancia, pero no sabía cómo se lo tomaría Dante. Era algo que ahora, por desgracia, iba a comprobar.

—Ah... Claro que tú has cambiado mucho desde entonces —intentó arreglarlo, mirándonos a uno y a otro y pidiéndome ayuda con la mirada—. Eso fue hace muchísimo, y no tuvo ninguna importancia.

La mirada que me lanzó Dante era fría y cortante como el hielo.

—Con que solo erais amigos, ¿no?

—Sí, es lo que somos ahora, y de hecho lo dejamos por eso. Éramos más amigos que novios. De cualquier manera, de eso hace muchos años, y no tiene importancia.

Estaba dando más explicaciones de las que me gustaban, y la mirada de Dante no presagiaba nada bueno.

—Si tan poco importaba, ¿por qué no me lo habías contado antes? —inquirió, desconfiado.

—Precisamente para que no te molestaras. Desde que llegó Jaime es más que evidente que estás celoso, y quería evitarme esta escenita —dije cortante, sin poder evitarlo. Aquello no me gustaba nada. No me gustaba que se comportase de aquella manera, como un gallito de corral.

Aunque fuera verdad, Dante se ofendió, y se puso en pie enérgicamente, mirándonos a uno y a otro.

—¡No estoy montando ninguna escena! —exclamó, evidentemente molesto—. Es lógico que me moleste que me ocultes algo así, ¿no? ¿O es que no tenemos una relación?

Me esperaba esta reacción, por eso no le había dicho nada. Por eso se lo había ocultado. Me sentía desleal por haberlo hecho, pero no tenía por qué

tolerar esas ventoleras. Los celos siempre me han parecido insanos y molestos.

—Aunque la tuviéramos, mi pasado es cosa mía, y no tengo por qué darte explicaciones, ni tú tienes por qué ponerte así, ¿o me pongo yo celosa por cada mujer que te saluda cuando vas conmigo? Yo tengo más razones que tú para sentirme celosa, y no lo estoy porque confío en ti.

Dante me miró, impactado, y levantó las manos para pedirme silencio.

—Espera, espera... ¿Cómo que aunque la tuviéramos? Estamos saliendo, Esther.

—Sí, pero eso no es nada en firme. No hay nada oficial, y lo haya o no, no tienes derecho a exigirme nada —respondí, enfadada. Jaime nos miraba a uno y a otro sin atreverse a intervenir, y yo seguí aunque debí haberme callado en ese momento—. Además, ¿qué clase de relación vamos a tener si yo voy a irme a Barcelona en cuanto terminen las obras? No vayas tan deprisa, y desde luego, no te creas con ningún derecho sobre mí.

Vi cómo su rostro cambiaba entonces de color y se volvía blanco. No me gustaba tirarle esas cosas a la cara, pero eran verdades, y él se estaba comportando como un cretino. Tenía que ponerle los pies sobre el suelo y plantarle bien las bases.

Jaime se puso entonces en pie, al ver que la cosa se estaba poniendo muy seria, y se puso entre los dos, levantando las manos.

—Calmaos, por favor. Estáis sacando las cosas de quicio por una tontería que he dicho. Siento haberlo hecho, pero es verdad que no tiene importancia, no tenéis que pelearos por esto —casi suplicó, mirándonos a uno y a otro.

—Ya, una tontería —dijo Dante, sin apartar la mirada de mí—. Si lo sabré yo, que soy experto en hacer el tonto... ¿verdad, Esther?

Dicho esto, sin darme posibilidad de réplica, Dante se dio la vuelta, cogió su chaqueta y se fue caminando con toda su dignidad, como si estuviera cargado de razón.

Y yo me quedé allí, con mi vestido precioso, mi maquillaje y mis zapatitos de tacón; compuesta y sin cita.

Jaime se acercó a mí abriendo los brazos con intención de rodearme con ellos para consolarme. Se llevó un manotazo.

—¿Tú no te podías tener la boca callada? ¿Tenías que decir eso? —le

ataqué, irritada—. Lo has hecho a propósito, para fastidiarle, y me acabas de fastidiar a mí.

—¿Qué? ¡No! Te prometo que ha sido sin querer. Me ha impresionado mucho verte así.

Resoplé y me senté en el sofá, casi dejándome caer. Me pasé las manos por la cara y el pelo, negando con la cabeza.

—Os voy a matar a los dos, y luego me voy a matar yo por meterme en este berenjenal. Ya sabía que tontear con Dante me iba a traer problemas por algún lado —me quejé—. ¡Y todo es culpa tuya! Tú me empujaste a intentarlo.

Jaime se sentó a mi lado y me pasó un brazo por la espalda. Esta vez no le rechacé, le miré de reojo como un gato a punto de saltarle a los ojos.

—Si es culpa mía entonces me alegro, porque no es muy normal verte disfrutar de la vida como lo estás haciendo últimamente. Siento haber metido la pata, pero al fin y al cabo lo que nosotros tuvimos no es ningún secreto, ni nada de lo que debamos avergonzarnos. Si Dante realmente quiere tener algo serio contigo tendrá que lidiar con esos celos y aceptar tu pasado. —Maldito fuera Jaime, ¿por qué siempre tenía razón? ¿Y por qué no me dejaba estar enfadada y frustrada?—. Pero eso también depende de lo que tú quieras, porque no estoy seguro de que te estés tomando en serio la relación que está naciendo entre vosotros.

Suspiré, sintiendo que mis nervios se calmaban y podía pensar con más claridad. Seguía enfadada con Dante, pero reflexionar sobre lo que decía Jaime me ayudaba a gestionarlo mejor.

—No lo sé. La verdad es que no lo he pensado. Prefiero no hacerlo, decidí disfrutar de lo que venía y no quiero agobiarme con esas preguntas.

Jaime me miró sorprendido.

—No te reconozco, tú que siempre lo tienes todo planificado, ¿cómo es posible que a estas alturas no hayas pensado ya incluso en el vestido de tu boda?

Le di un codazo, él se rio, pero a mí no me hizo gracia. Le miré muy seria.

—Estoy asustada, Jaime. Yo tengo mi vida planificada, y no es aquí, es en Barcelona. Incluir a Dante en mi vida va a ser difícil porque yo no quiero quedarme en Venecia y renunciar a todo lo que he conseguido, con lo que me ha costado, ¿entiendes?

—Claro que te entiendo, pero estás siendo extremista —respondió encogiéndose de hombros—. Hay puntos medios. Si realmente os queréis encontraréis el camino para estar juntos a pesar de todo. Pero bueno, tienes razón en una cosa: ahora no es momento de pensar en eso. Disfruta de las citas...

—Me han plantado por tu culpa, te recuerdo —le interrumpí.

—Sí, bueno, entonces aprovechemos para vernos una serie y hartarnos de pizza, ya que te has engalanado como nunca hiciste conmigo, aprovechémoslo.

Al final me hizo reír. Y acepté. Me quedé con él toda la noche, viendo series hasta que caímos dormidos. Aunque no me pude quitar a Dante de la cabeza. Tenía que hablar con él cuando las cosas se calmaran.

Con que Jaime no era nada, ¿verdad? Que no tenía importancia que se quedara con ella, en el apartamento, ¿no? ¡Solo somos amigos, Dante!

¿Amigos? ¡Ja! ¿Que no tenía importancia? ¡Más ja!

¡Claro que tenía importancia! Habían sido novios y dormía cada noche en su sofá, a pocos metros de ella. En el mismo apartamento. Y no confiaba ni un pelo en él. Era demasiado guapo como para que fuese de fiar. Demasiado risueño. Demasiado amable. Demasiado... ¡todo, joder! Tenía la pinta de ser el tío perfecto con el que sueñan todas las mujeres, con esa dentadura perfecta y la sonrisa de anuncio de pasta de dientes.

Me fui de allí, ofuscado y renegando por lo bajo. Había confiado en Esther porque estaba seguro de que era una persona honesta. La más honesta que yo había conocido. ¡Y resultaba que era una mentirosa!

Mi instinto me había dicho que entre ellos había algo, pero la había creído cuando me aseguró que no era así, que solo eran amigos, que entre ellos no había nada.

¿Nada?

Si ya no había nada entre ellos, ¿por qué me había ocultado el «pequeño» detalle de que habían sido novios?

«Donde ha habido llamas, siempre quedan rescoldos». Ese refrán de la vieja abuela Giordina venía al pelo para aquella situación. Esther me lo había ocultado porque aún había algo entre ellos.

¡Y, encima, iba yo y los dejaba solos después de haber discutido con ella! ¡Es que hay que ser tonto! Le dejé el campo sembrado al maldito Jaime para que la consolara y me levantara la novia.

¿Fui irracional? Por supuesto. Los celos siempre lo son, aunque en aquel momento yo no fuese consciente de ello. Ni siquiera me di cuenta de que la película que me había montado no tenía ni pies ni cabeza.

Por suerte, me encontré a Gia en el portal. Pegó un respingo de sorpresa al verme bajar las escaleras como si fuese un ogro, pateando el suelo.

—¡Qué susto me has dado! —exclamó, llevándose una mano al corazón—. Y con esas pintas de querer matar a alguien...

—Pues mira, eso es algo que no descarto... —contesté con un gruñido.

—¿Qué ha pasado?

—Pues resulta que Esther y Jaime «te juro que solo es mi amigo», fueron novios. Eso pasa. Y me he tenido que enterar de mala manera porque ella no ha sido capaz de contármelo.

—¡Uy! —exclamó, y juro que me pareció que se estaba divirtiendo—, ¡ese chisme necesita ser regado con una buena copa de vino! —Me cogió por el brazo y tiró de mí hacia la calle—. Venga, vamos. Yo invito.

—No me apetece ahora mismo, Gia —protesté.

—Venga, hombre. ¡Es sábado noche! ¡La hora del coqueo!

—Para copas estoy yo... —murmuré, dejándome llevar, porque cuando se lo propone, Gia es como un huracán y no hay quien le lleve la contraria.

Además, necesitaba desahogarme para quitarme toda la mierda que me había caído encima.

A regañadientes, me dejé llevar por ella hasta la terraza del Vino Vero, en Cannaregio, donde nos sentamos con nuestras copas de vino blanco.

—Ahora, cuéntame qué ha pasado.

Lo hice. Le narré toda la conversación, sin obviar nada. Que Esther me había ocultado que ella y Jaime habían sido novios. Que ella dudaba de que tuviéramos una relación. Que tenía intención de irse a Barcelona en cuanto terminaran las obras... Resumiendo, que no daba un céntimo por nosotros como pareja, que estaba convencida de que lo nuestro tenía fecha de caducidad, y que no había sido honesta conmigo al ocultarme la relación que

había mantenido con Jaime.

Gia me escuchó sin interrumpir, atenta a mis palabras, hasta que terminé y le di un buen trago a mi copa.

—A ver —dijo cuando yo me quedé en silencio—, punto uno: teniendo en cuenta tus antecedentes, ¿te extraña que Esther dude de que vuestra relación sea en serio? ¿Qué has hecho tú para demostrarle que lo es? A fin de cuentas, la fama que tienes te la has ganado a pulso. ¿O no?

—Ni siquiera hemos hecho el amor, Gia. ¿Quieres más prueba que esa? ¡La respeto, joder! Para mí no es una más. Salimos a pasear de la mano; nos sentamos a cenar en mi casa, en el sofá, mientras vemos una peli; charlamos de muchas cosas... ¿Cuándo me has visto a mí hacer esas cosas con una mujer?

—Bueno, nunca he visto qué es lo que sueles hacer con las mujeres, gracias a Dios —exclamó en voz baja poniendo cara de asco—. Solo me faltaría tener esa imagen en mi retina. Puaj.

—Sin bromas, Gia. No estoy de humor.

—De acuerdo, sin bromas. ¿Tú le has dicho que vas en serio?

—Bueno..., no con palabras. Pero sí le he dicho que estoy enamorado de ella.

—Desde que te conozco, has estado enamorado de cincuenta mujeres, contando por lo bajo, y nunca has durado más de un mes. Excepto con Hannah. Eso, sin incluir a las conquistas de una sola noche, porque entonces la cuenta subiría demasiado...

—¡Está bien! ¡Vale! —Alcé las manos, exasperado—. Pero, ¿por qué me ha ocultado que Jaime había sido su novio? ¿Eh?

—¿Porque quizá ella no le da ninguna importancia? ¿Porque es algo que pertenece al pasado?

—¿O porque quizá todavía siente algo por él y le gusta tenerlo en su sofá, durmiendo bien cerquita?

—Qué cabezota eres, de verdad. ¿En serio crees que una mujer como Esther estaría saliendo contigo si sintiera algo por otro?

—Yo ya no lo sé.

—Sí lo sabes, aunque en tu ofuscación ahora no quieras reconocerlo. Simplemente estás celoso, Dante. Nada más. ¿Por qué? No lo sé. Pero solo

son celos. Y, ¿sabes? Los celos son problema de quien los tiene, no de quien los «provoca». —Entrecomilló la última palabra con los dedos mientras hablaba, recalcando que eso de provocar era muy relativo—. Dime, ¿Esther es celosa? ¿Sabe el nombre de todas las mujeres con las que tú te has acostado? ¿Le has hablado tú de todas tus amantes? ¿Le has hablado de Hannah?

—¡Claro que no!

No me gustaba el camino que estaba tomando la discusión, porque empezaba a darme cuenta de la estupidez de todos mis argumentos.

—Ah, claaaaro. Pero ella sí tiene la obligación de hablarte de sus antiguos novios, ¿no? Porque si te lo oculta, el señor tiene celitos. Pero, en cambio, tú no le has hablado de Hannah, por la que estabas penando todavía cuando ella apareció en tu vida.

Habló con recochineo, burlándose de mí. Me crucé de brazos, tozudo, pero también me puse rojo de vergüenza. Gia estaba haciéndome ver lo infantil y exagerada que estaba siendo mi reacción, y no me gustó.

—No es lo mismo —murmuré, enfurruñado. Gia me dio un manotazo en el brazo que me hizo soltar un «¡auch!», llamando la atención de los de la mesa de al lado, que nos miraron durante unos segundos antes de volver a su propia conversación.

—No me vengas con tonterías. ¿En qué se diferencia? ¿En que tú tardarías dos meses en recitarle la lista entera de tus exs?

—Yo no tengo ninguna ex —protesté—. No he tenido novias, solo rollos; y con Hannah, ni eso tuve. Y, desde luego, ninguna de ellas está durmiendo en mi casa, en mi sofá.

—Pero, a ver, ¿de veras crees que están haciendo algo a tus espaldas? ¿Qué necesidad tiene Esther de engañarte? Ni siquiera sois oficialmente novios, y desde luego, ella no parece de las promiscuas. Más bien al contrario.

—No, no somos novios oficialmente —la remedé, molesto porque Gia me estaba poniendo los puntos sobre las íes con una claridad meridiana, sin compasión, y dándome donde más dolía—. No lo somos, todavía —recalqué, haciendo énfasis en la palabra.

—¿Cómo que «todavía»? —se sorprendió—. ¿Tan pillado estás? ¿De verdad vas en serio con ella?

—¡Claro que voy en serio! ¿Por qué crees que estoy tan inseguro y hecho polvo? ¿Por qué crees que tengo tanto miedo a que ese Adonis español me la quite?

—¿Que te la quite? ¿En serio? Las mujeres no somos una propiedad, Dante.

Gia empezó con su charla feminista, pero yo ya no la escuchaba porque había tenido una revelación y encontrado la causa real de mis problemas: estaba inseguro. Por primera vez en mi vida, mi seguridad se había ido por el retrete porque no creía ser lo bastante bueno para Esther y estaba convencido, en lo más profundo, de que ella acabaría cansándose de mí y dándome la patada, en cuanto se diera cuenta de que yo no estaba a su altura.

Porque no lo estaba.

¿Qué tenía yo que pudiese ofrecerle a ella, a parte de mi amor incondicional? Nada.

Ella tenía una carrera brillante que estaba en ascenso. Era muy inteligente y tenía muy claro el futuro al que aspiraba, y el camino que debía recorrer para alcanzarlo.

Yo, en cambio, tenía un capricho al que llamaba proyecto pero que, en realidad, me importaba un carajo. Solo contaba con mi encanto, que ella solía despreciar, y mi apellido, que a ella no le importaba. Mis sentimientos... Bueno, dicen que el amor mueve montañas, pero yo nunca lo he visto. Así que mejor no confiar mucho en milagros.

Santa Madonna.

En realidad, solo podía confiar en que ella quisiese estar conmigo por mí mismo, por que llegase a sentir algo por mí, algo tan intenso como lo que yo sentía por ella.

Que me amara como yo la amaba a ella.

«Sí, claro —pensé—. Seguro que está muerta de amor después del numerito que he montado. No querrá verme nunca más. ¡Oh, Dios, ¿qué he hecho?!».

—La he cagado, Gia —le dije lastimero, interrumpiendo su discurso—. La he cagado mucho con ella. ¿Qué voy a hacer?

—Pues no lo sé, pero algo así no se arregla con un ramo de flores y un «lo siento». Tendrás que hacer algo muy grande, espectacular y romántico para que

te perdone.

Me reí con amargura. ¿Algo espectacular y romántico? Me imaginé dándole una serenata, como hacían antiguamente. Ponerme bajo su balcón, en el canal, subido a una góndola, y cantarle canciones de amor.

«Sí, seguro que algo así a Esther le encantaría, —pensé con ironía—. Será mucho más efectivo si me arrastro ante ella como un gusano mientras lamo el suelo con la lengua».

—Dame alguna idea, maldita sea —la apremié.

—Eh, a mí no me metas en tus cagadas. Tienes mucho ingenio: úsalo para algo bueno por una vez. Piensa en algo que ella desee mucho, ofréceselo y, sobre todo, júrale que nunca más vas a actuar como un gilipollas. Mete esos celos en una cajita y los tiras al Gran Canal.

Suspiré y me eché hacia atrás, apoyando la espalda en la silla. Miré hacia la pequeña porción de cielo que se veía sobre nuestras cabezas, con las estrellas titilantes brillando con intensidad. ¿Qué demonios había que Esther deseara mucho? ¿Qué?

De repente, una idea tomó forma en mi cabeza.

Sí, eso podría funcionar.

Me eché hacia adelante, sonriente.

—Ya sé qué voy a hacer.

Capítulo diez

«Como vuelva a liármela y a dejarme plantada, lo mato».

El lunes, vestida con el mismo vestido y con mis zapatitos de tacón bajo, esperaba en casa, intrigada con lo que Dante había preparado. La tarde del domingo me llamó por teléfono para disculparse.

—Sé que ha estado mal, y siento mucho la escenita que te monté... Deja que me disculpe como es debido —dijo con mucha honestidad. No usó tonos lastimeros ni intentó darme pena, así que decidí escucharle—. El lunes por la tarde pasaré a recogerte, estate lista, quiero llevarte a un sitio especial.

Así que allí estaba, terminándome un café mientras Jaime dibujaba en la mesa de trabajo, esperando a que Dante apareciera sin tenerlas todas conmigo.

—No sé si debería estar haciendo esto...

—Claro que debes. Él ha dado el paso para disculparse, aún puede arreglarlo.

Suspiré y dejé la taza humeante sobre la mesa.

—Estoy un poco decepcionada. Ya no estoy segura de que no sea cómo yo imaginé al principio. Me había hecho una imagen muy buena de él estas últimas semanas.

Jaime me miró arqueando una ceja, dejando el pincel sobre la mesa.

—Te has puesto demasiado guapa para comenzar con las dudas. No te preocupes ahora por eso, si es así lo descubrirás y podrás mandarle a pastar. Déjate llevar un poco, Dante no parece un mal tipo a pesar de esa cagada.

No quería rendirme a aquel pensamiento. Me entristecía. Las dudas me angustiaban, porque no podía cambiar lo que sentía por él a pesar de ellas, y me aterraba que me decepcionase de esa manera. Podía aceptar muchos defectos, todos los tenemos, pero los celos son algo con lo que me cuesta mucho lidiar... Y tampoco creía que debiera tolerarlos.

—Sí, tienes razón. Veré qué tiene preparado y cómo piensa arreglarlo.

—Eso está mucho mejor —dijo con una gran sonrisa.

Me sentí agradecida de que Jaime hubiera decidido adelantar su viaje para

apoyarme en esto. Lidar con el amor debería ser algo básico en la vida de un adulto, pero para mí era nuevo y aterrador. No es que no hubiera querido a Jaime durante nuestro noviazgo, pero eran otros tiempos, no tenía tantas expectativas en la vida y fue un amor temperado del que floreció una preciosa amistad como la que ahora teníamos. Lo de Dante era muy distinto y llegaba de una forma inesperada y demasiado intensa cuando ya tenía mi vida asentada y planteada.

Dante llegó puntual y me saludó con dos besos y un abrazo cariñoso. Lo que me sorprendió es que se acercara a Jaime y le tendiera la mano amablemente, estrechándosela cuando mi amigo se la ofreció.

—Espero que no te hicieras una imagen equivocada de mí la otra noche —le dijo con mucho aplomo.

—La mala imagen me la hice el primer día, así que no tienes de qué preocuparte —respondió Jaime riéndose.

—Ya... —respondió Dante torciendo el gesto—. Discúlpame también por eso.

«¿Qué se ha tomado este?».

Empezaba bien, pero aquella disculpa dirigida a Jaime no me la esperaba en absoluto. De nuevo mis prejuicios me habían hecho pensar que su orgullo no le permitiría aceptar ante Jaime que se había comportado como un idiota. Pero allí estaba, con la primera sorpresa de la noche.

—No pasa nada, pero mejor no hagas esperar a Esther. Lleva dos días subiéndose por las paredes por tu culpa.

Le dirigí una mirada fulminante a mi amigo, que se limitó a sonreírme con malicia y a guiñarme el ojo. Agradecía su presencia allí, pero a veces me irritaba siendo tan sincero.

—Sí, vámonos antes de que estrangule a alguien —dije medio en broma.

—Si me permites... —Dante se acercó y me ofreció el brazo. Acepté sin rechistar y salimos de la casa.

Nos detuvimos ante el teatro La Fenice. Estuvimos allí días antes, intentando conseguir entradas para la ópera, sin éxito, así que empecé a sospechar que Dante había logrado de alguna manera esas entradas.

—¿Qué tramas? —le pregunté suspicaz—. No habrás estado haciendo de las tuyas...

—Ahora lo verás. No te preocupes, no he hecho nada malo —dijo con una risita que no me tranquilizó, tirando de mi brazo con suavidad para llevarme por uno de los callejones laterales.

Las calles alrededor del imponente edificio eran estrechas, la única zona amplia era la plazoleta a la que daba la enorme fachada del teatro, donde se encontraba la puerta principal. No íbamos a usar esa, por lo visto, y Dante me guio hasta una entrada secundaria en uno de los laterales. Accedimos a un corredor largo, el suelo de madera, y el trajín de los artistas que iban y venían, vistiéndose y llevando prendas de aquí para allá componía un pequeño caos en el pasillo. Un señor de unos sesenta años, con una calvicie incipiente y una sonrisa agradable, vino a recibirnos de inmediato.

—Señor Macchi, le estábamos esperando. Señorita, es un placer recibirla —saludó con exquisita educación. Iba vestido de traje.

—Buenas tardes, Alessandro. —Dante saludó al señor estrechándole la mano, y luego se dirigió a mí—. Es el regidor, nos ha conseguido un lugar privilegiado.

—Gracias, Alessandro, el placer es mío, se lo aseguro —saludé al regidor, que enseguida nos guio por el teatro. Nos llevó a uno de los pisos superiores, dirigiéndonos a los palcos.

—Dante... ¿qué has hecho? Esto es muy...

Aquel trato preferente me hacía sentir muy extraña, avergonzada como si yo no mereciera nada de aquello. Dante me dedicó una sonrisa de medio lado.

—Esther, no te preocupes. No he hecho nada malo. El director me debe un par de favores, así que me los he cobrado.

—A veces hablas como un mafioso —le reprendí, medio en broma, pero en realidad aquella posibilidad me inquietaba un poco.

—Yo no valgo para mafioso y eso deberías tenerlo más que claro.

A aquello no pude replicar. Sabía que la familia de Dante se dedicaba a la política, pero eso en algunos países era casi un sinónimo de mafia. No obstante, él era demasiado disperso y despreocupado como para ocultar con tanta maestría que se dedicase a algo tan peliagudo. O eso quise pensar.

Todas esas tonterías pasaron a un segundo plano cuando llegamos al palco.

La vista del escenario desde allí era privilegiada, estaba en uno de los laterales, lo suficientemente cerca para ver el escenario al detalle sin que resultase molesto y teniendo una panorámica perfecta. Había dos sillas, forradas en terciopelo rojo, de madera dorada, y en la mesa entre las dos una mesa dispuesta con canapés de aspecto exquisito y una botella de vino con dos copas.

Me quedé congelada y en la entrada, sin terminar de creermelo que estaba pasando.

—Yo... Esto... Esto no era neces...

—Esther —me interrumpió Dante con un tono dulce—, te mereces esto y mucho más. Por favor, acéptalo, y disfrútalo, porque es solo para ti.

Me dejó sin palabras, y tampoco quise replicarle. Se me empañaron un poco los ojos y aguanté para que no se me escaparan las lágrimas. No sé por qué me afectaron tanto aquellas palabras, simplemente no estaba acostumbrada a que nadie se tomase esas molestias por mí, ni había tenido al alcance lujos como aquellos que no creía merecer. Sin embargo, por una vez, lo acepté. Me dejé guiar hasta el palco y me senté, la cómoda tapicería me envolvió con la caricia del terciopelo, y me dejé llevar en cuanto la música comenzó a sonar.

Fue un auténtico lujo poder asistir al ensayo general de *Turandot*, aunque yo estuve más pendiente de Esther que del escenario. La vivió con emoción, con los ojos brillantes, conmovida por la historia tan triste. Se mordió los labios cada vez que la esclava Liu salía al escenario, anticipando su trágico final, y cuando esta realizó su máspreciado acto de sacrificio, quitándose la vida para salvar al que era su único amor, el príncipe Calaf, las lágrimas asomaron a sus ojos y resbalaron por sus mejillas.

Le ofrecí un pañuelo y lo cogió mientras sorbía por la nariz.

—No entiendo que Calaf prefiera a esa princesa de hielo en lugar de a Liu —murmuró en voz muy baja, a nadie en concreto.

—Los hombres, a veces, somos muy imbéciles —le contesté sin reflexionar, pensando en mí mismo.

—En eso te doy la razón.

Sonrió y volvió a prestar atención al escenario, del que no volvió a apartar los ojos hasta que bajó el telón.

—¿A quién hubieras preferido tú? —me preguntó cuando por fin abandonamos La Fenice. Tenía los ojos risueños pero enrojecidos por las lágrimas que había derramado.

Esther quería parecer una mujer fría, pero su corazón era tierno, dotado de una especial sensibilidad que hasta aquel día solo había visto en ella cuando hablaba con pasión de la arquitectura.

—Calaf está enamorado de la *principessa*, no de Liu —intenté escabullir el bulto. Era evidente que la esclava era su personaje favorito y no quería contrariarla. Todo había ido muy bien hasta aquel momento como para meter la pata.

—Calaf está cegado por su belleza. ¿Cómo va a amarla si no la conoce? ¿Cómo puede amar a alguien que es tan cruel?

—Nadie escoge a quién amar, Esther. Pero cuando sucede, hay que amar el pack completo, con virtudes y defectos incluidos.

—Bueno, eso sería muy discutible. Hay defectos que no se pueden perdonar.

Caminábamos despacio sorteando a los turistas. Tuve la tentación de envolver su pequeña mano con la mía, como ya había hecho otras veces, pero Esther seguía enfadada conmigo y no me atreví. Tenía la sensación que ya no hablábamos de *Turandot*, sino de nosotros, y que sus palabras eran un reproche hacia mí. Un reproche bien merecido.

—Pero las personas pueden cambiar si se esfuerzan en ello —rebatí, pensando en mí mismo y en mi decisión consciente de no dejarme llevar nunca más por los celos.

—No todos son capaces de hacerlo.

—Sí, si se tiene la suficiente determinación.

Ella sonrió con tristeza y se cogió de mi brazo para apoyar la cabeza en mi hombro. Hacía un poco de viento y su pelo revoloteó haciendo que un mechón me hiciera cosquillas en la nariz.

—Tenemos que hablar, Dante —me dijo con tristeza, y mi corazón se detuvo durante un instante, preso del miedo.

—Lo sé. Pero no todavía. No hasta llegar a mi casa y haber disfrutado de la cena que he preparado. ¿Por favor?

—De acuerdo —asintió, y alzó el rostro para mirarme.

Quise besarla. Lo deseé con tanta fuerza que creí que la tensión me quebraría el cuerpo. La amaba y tenía tanto miedo a perderla, a que ella considerase que no era suficiente, que no valía la pena luchar por lo nuestro, que se me hizo un nudo en la garganta y tuve que forzarme a tragar saliva para deshacerlo.

Subimos a mi apartamento de soltero y Esther abrió mucho los ojos cuando vio la mesa preparada para una cena romántica, con un centro de flores, velas, el mantel de hilo de la bisabuela, los cubiertos de plata, la loza de porcelana china y las copas de cristal de Murano. Todo delicadamente dispuesto para impresionar.

—Vaya —sonrió—, ¿a quién debo agradecerle tanta dedicación?

—A mí, por supuesto.

—¿Lo has preparado tú? —preguntó con sorpresa.

—Claro —contesté sonriendo mientras me instalaba detrás de la barra de la cocina para calentar la cena—. Soy un buen partido. No es común encontrar a un hombre que sabe cocinar y preparar la mesa adecuadamente, poniendo cada cubierto y copa en su lugar.

—¿Has cocinado tú? Tienes suerte de que me encante la pizza congelada —bromeó, apoyando los codos en la barra para observarme.

—¡Eh! No solo de pizzas congeladas vive el hombre soltero, ¿sabes? Y tengo buenas manos para la cocina. Te chuparás los dedos, ya lo verás.

—Eso espero, porque tengo un hambre que me muero.

Encendí el horno con manos temblorosas. Me había pasado la mañana preparando todo el escenario para aquella cena, para que todo fuese perfecto y que Esther estuviese impresionada, y había llegado el momento de la verdad.

—¿Te gusta el faisán? —le pregunté.

—Nunca lo he comido, así que no lo sé.

—Pues hoy lo descubrirás.

Sonreí mientras me giraba hacia ella, la cogía del brazo y la acompañaba hasta la mesa. Aparté la silla como el perfecto caballero que soy para que

pudiera sentarse.

—Solo espero que no me envenenes —bromeó de nuevo. Me reí, intentando parecer distendido, aunque tenía una pelota en el estómago producto de los nervios.

Todo parecía que estaba desarrollándose bien, pero aquel «tenemos que hablar» había sido como un pájaro de mal agüero. Nunca venía nada bueno después de aquella frase.

Saqué el champán de la nevera y lo metí en el enfriador de plata con forma de copa, que había rellenado previamente con hielo. Sí, había sacado toda la artillería pesada para impresionarla, aun sabiendo que Esther no se dejaba deslumbrar por aquel tipo de cosas y que todo dependería de la conversación que íbamos a mantener durante la cena.

Yo había tomado una decisión, la de pedirle perdón, sincerarme totalmente con ella y, también, hablarle de Hannah. Tenía que hacerlo, porque si Esther me había ocultado que, en un tiempo lejano, Jaime había sido importante para ella a nivel personal, yo tampoco le había hablado de Hannah. Y, si quería tener una relación seria con ella, debía hacerlo, abrirle mi corazón sin esconder nada, y esperar que fuese benevolente conmigo y quisiera perdonarme, a pesar de mis muchos y variados errores y defectos.

El faisán me quedó delicioso, y dimos cuenta de él mientras charlábamos animadamente, disimulando nuestro nerviosismo por la conversación pendiente. Esther se abrió a mí, y me contó cosas de su niñez y de su familia, anécdotas divertidas del colegio y de sus amigas. Yo le hablé del internado en Suiza, y de mis barrabasadas que hicieron que acabaran expulsándome. Nos reímos, pero el miedo a perderla definitivamente estuvo presente en todo momento.

¿Cómo iba a reaccionar cuando le hablara de Hannah? Estaba seguro de que se enfadaría, y con razón. Yo le había montado una deplorable escena por culpa de Jaime, y esperaba que ella me pagara con la misma moneda.

Me sorprendió.

Cuando la conversación empezó a ser más íntima, y Esther me habló de sus primeros amores de adolescencia, riéndose de su propia inocencia, yo aproveché para hablarle de mi primer amor. Porque Hannah había sido la primera mujer de la que me creí verdaderamente enamorado.

—¿La sigues queriendo? —me preguntó en un susurro.

—No. Y ahora sé que no llegué a amarla de verdad. Pero sí le tengo cariño. Ella me enseñó muchas cosas sobre mí mismo, y eso tengo que agradecerse. Si ahora crees que soy un calavera —bromeé, componiendo mi mejor sonrisa burlona—, no quiero ni saber qué hubieras pensado de mí si me hubieses conocido hace un año.

—No nos hubiéramos conocido —dijo, muy seria, dejando el tenedor sobre la mesa para mirarme con intensidad—. Si tú no hubieses cambiado, jamás habrías aceptado el reto de tu madre, no te habrías hecho cargo de la rehabilitación del *Palazzo Della Luce*, y no me habrías contratado. Así que, supongo que, en el fondo, tengo que darle las gracias a tu amiga Hannah por eso.

—Tienes razón. —Sonreí, aliviado. Esther acababa de sorprenderme y de darme una lección. Esperaba que hubiera reproches por su lado, y que se enfureciera todavía más al recordar mi escena de celos del otro día. Pero no lo hizo. Aceptó la existencia de Hannah con naturalidad, sin darle más importancia de la que tenía realmente. Me sentí pequeño y abrumado por su generosidad—. Brindemos por todas aquellas personas y por todas las decisiones que nos han traído hasta aquí, a este momento de nuestras vidas.

Alcé la copa y la acerqué a la suya. El cristal de Murano vibró con un tono hermoso y brillante cuando las copas chocaron. Nos quedamos mirándonos, absortos en la visión del otro, y llevamos las copas a nuestros labios con lentitud y delicadeza para tragar un sorbo del delicioso champán.

Al fin, Esther bajó los ojos y suspiró. Dejó la copa sobre la mesa y volvió a alzarlos para mirarme con tristeza.

—Dante...

—No, ahora no. Salgamos al balcón primero. Quiero enseñarte el Gran Canal desde aquí. Es una vista magnífica a esta hora.

Asintió lentamente y se levantó. Le rodeé la cintura con el brazo y la acompañé al exterior.

Siempre supe que era un privilegiado por poder vivir en aquel apartamento y disfrutar de aquellas magníficas vistas que me regalaron muchos momentos especiales a lo largo de mi vida; pero, en aquel preciso instante, teniendo a Esther a mi lado, supe que aquel iba a ser el más especial de todos,

y que quedaría en mi memoria, para bien o para mal, durante el resto de mi vida.

El Gran Canal brillaba oscuro bajo nosotros. Las aguas negras reflejaban la luna, vibrante y hermosa; y, en los lugares en los que las luces del alumbrado centelleaban sobre ellas, se convertían en plata y oro incandescente, creando un ambiente mágico y embriagador.

Estuvimos un buen rato en silencio, observando aquella maravilla, con nuestros cuerpos pegados y mi brazo todavía alrededor de su cintura. Anhelé besarla, arrodillarme allí mismo y abrirla totalmente mi corazón. La miré, y vi sus ojos perdidos en la magia que nos rodeaba. ¿Era un buen momento? No, no lo era. Antes teníamos que hablar.

Fue como si ella leyera mis pensamientos, porque suspiró, giró el rostro hasta centrarse en mí, y habló.

—Todo lo que has hecho por mí hoy, me ha emocionado y me ha llegado al corazón, Dante. Lo aprecio, y lo agradezco. Es evidente que te has esforzado mucho para ofrecerme este regalo que no podré olvidar jamás. Acepto tus disculpas, y te perdono de corazón. Pero esto no arregla el problema de fondo: tus celos, y lo que pasó el otro día me ha hecho pensar en que el problema real es que no confías en mí.

En su tono de voz no había reproche alguno, ni amargura. Solo la tristeza de constatar un hecho que le hacía daño. Carraspeé y le cogí la mano, intentando huir de su mirada honesta. Estaba decepcionada, y me sentí como un maldito villano por todo lo que había provocado con mis celos infundados.

—No es en ti en quien no confío —dije, fijando la mirada en el *vaporetto* que se deslizaba sobre el agua del Gran Canal, avergonzado de mí mismo y de mi propia flaqueza—. Es en mí en quien no confío. Ni siquiera sabía lo que eran los celos antes de conocerte, Esther, porque nunca he sido un hombre inseguro. Hasta ahora. No confío en estar a tu altura ni en ser suficiente para ti. Tú... Tú tienes una brillante carrera por delante, eres fuerte, capaz y muy inteligente. Harás grandes cosas, estoy seguro de ello. Te has labrado un porvenir a base de esforzarte porque siempre has tenido muy claro lo que quieres, y no te has rendido nunca. En cambio, yo... Yo he sido un holgazán durante toda mi vida, y jamás me he tenido que esforzar por nada. Lo único que tengo es el dinero de mi familia y mi apellido, y ninguna de las dos cosas son importantes para ti.

»La cuestión es que nada justifica lo que hice y lo que dije. Me comporté como un cretino cuando, en realidad, debería darte las gracias por haberme dado una oportunidad que no me merezco.

—Dante... —Me puso una mano en la mejilla y me la acarició con suavidad. Cerré los ojos y disfruté de su contacto sin saber si sería la última vez que se produciría—. No debes agradecerme nada.

—Sí, sí tengo que hacerlo. Me calaste desde el primer momento y, a pesar de todo, decidiste que valía la pena arriesgarte. Eres una mujer muy valiente. Y yo, un cobarde.

—No eres un cobarde. No estás siéndolo ahora. A mí me pareces muy valiente.

—No lo soy, Esther, créeme. Siempre... —Sacudí la cabeza y me aparté de ella. No podía seguir sintiendo su mano sobre mi piel y pensar al mismo tiempo—. Desde que recuerdo, me he ocultado del mundo detrás de una máscara. Cuando durante toda la vida te han tratado de inútil y estúpido, al final acabas comportándote como tal, y haces estupideces. Y eso está bien durante la adolescencia, pero cuando se es adulto, es signo de cobardía, de no ser lo bastante valiente como para plantarte y decir basta.

—¿Quién te trataba así? —susurró, acercándose a mí.

—Mi padre, el excelentísimo diputado Massimo Macchi, número tres de Forza Italia y aspirante a llegar a ser Presidente de la República algún día. —Sonreí con tristeza—. Decir que nuestra relación es complicada, es un eufemismo. Siempre he sido una decepción para él, y todavía no sé por qué. Lo admiraba tanto cuando era un crío... Corría detrás de él por la casa, intentando llamar su atención, pero él nunca tenía tiempo. Supongo que fue en esa época en la que me di cuenta de que si me portaba mal y la liaba parda, conseguía que me prestara atención, aunque solo fuese para echarme una soberana bronca y castigarme. Con el tiempo, su exasperación por mi mal comportamiento se convirtió en decepción; y mis ansias de llamar su atención se convirtieron en mi forma de castigarle por sus desprecios. Y he seguido haciéndolo durante todos estos años llevando una vida disipada y holgazaneando. Mi actitud de casanova insensible y frívolo, al que nada le importa, siempre ha sido una máscara para ocultar mis inseguridades y, al mismo tiempo, mi manera de provocarle. Para él es una vergüenza tener un hijo como yo, un bueno para nada; y, para mí, lo es tener un padre como él,

alguien incapaz de ofrecer su afecto de una manera desinteresada.

—Nuestros padres nos moldean el carácter, no podemos huir de eso —susurró Esther, pensativa.

Me apoyé en la balaustrada de piedra y centré mi atención de nuevo en el canal. Esther se acomodó a mi lado, mirando fijamente las aguas.

—Sí, supongo que sí —acepté.

—Pero eso no es inamovible, Dante. Se puede cambiar.

—Eso intento. Eso empecé a hacer cuando acepté hacerme cargo del *palazzo*. Estaba harto de mi vida. Hannah... —Me callé, dudando, y la miré. No sabía si a Esther le molestaría si la mencionaba, pero su gesto de aceptación me instó a continuar—. Hannah me obligó a mirarme en el espejo, y lo que vi no me gustó, Esther. No me gustó nada. Y cuando tú irrumpiste en mi vida, conseguiste que lo que había sido un mero deseo, se convirtiera en realidad. Me esfuerzo, Esther, para ser mejor hombre porque quiero estar a tu altura. Pero tengo miedo de no conseguirlo y de que, entonces, decidas que no vale la pena estar conmigo.

—No debes esforzarte por mí, Dante. Ni por nadie. El secreto para conseguirlo, es hacerlo por ti mismo. No importa lo que los demás digan, ni siquiera las personas que tú consideres importantes en tu vida. Lo único que importa es lo que pienses tú de ti mismo. Yo estoy orgullosa de ti, aunque creo que nunca te lo he dicho.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué, exactamente, estás orgullosa de mí?

—Porque no te asusta el trabajo duro, por ejemplo. O porque, cuando te equivocas, tienes la suficiente honestidad y humildad para reconocerlo, y pedir perdón, como ahora mismo. Y porque luchas por convertirte en un hombre mejor, en lugar de conformarte.

—Me he hartado de conformarme, Esther. Me he cansado de estar sentado perdiendo el tiempo, viendo como mi vida pasa sin hacer con ella algo importante. Y, lo más importante que tengo entre manos en este mismo momento, es hacerte feliz, Esther. Quiero hacerte feliz. Y te aseguro que nunca he sentido la necesidad de hacer feliz a alguien que no fuese yo mismo.

—Me haces feliz —murmuró con la voz temblorosa—. Te aseguro que me haces muy feliz. Cada momento contigo me hace feliz. Y yo también tengo miedo, ¿sabes? Porque somos muy diferentes y porque no veo hacia dónde va

nuestra relación. Siempre he tenido la necesidad de controlarlo todo y tener mi futuro planeado al detalle, y ahora todo se tambalea solo por ti, y ya no estoy segura de nada.

—Yo solo estoy seguro de que te amo, Esther, y de que quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, ser tu pared maestra para soportar todas las cargas, buenas y malas, y mantenerte a salvo y protegida.

Los ojos le brillaron por mi analogía arquitectónica y le devolví la sonrisa, esperanzado. Quería que ella me dijera que también me amaba, y mi desilusión fue mayor cuando se limitó a suspirar y a decir:

—Va a ser muy difícil, Dante. Tu vida está aquí, y la mía, en Barcelona, y eso va a provocar muchos problemas.

—Encontraremos una solución, si nos esforzamos. Lo único que ahora quiero es vivir este presente y disfrutarlo. ¿Y tú?

Me miró con intensidad. Se irguió y se acercó a mí, fijando la vista en mis labios. Posó un suave beso sobre ellos, apenas un aleteo que me supo a poco; me cogió de la mano y me guió hacia el interior, hasta mi dormitorio y mi cama.

—Esther, no es necesario...

Interrumpió mi frase poniéndome un dedo sobre los labios. Sonriendo con picardía, me preguntó:

—¿Es que acaso no lo deseas, Dante?

—¿Desearlo? —Le devolví la sonrisa mientras me aferraba a su cintura con ambas manos y la pegaba a mí, cerniéndome sobre ella—. He soñado cada noche con este momento, desde el mismo día en que te conocí. Pero no quiero un polvo por lástima, Esther.

—¿Lástima? ¿Quién te tiene lástima, tonto? —bromeó, tirando de la camisa para sacarla de los pantalones y poder meter las manos por debajo. Me estremecí al sentir el contacto de sus dedos anhelantes—. Yo, no. Así que cállate de una vez y hazme el amor.

Se me erizó la piel y sonreí como un canalla. Esther quería hacer el amor conmigo, y yo ardía en deseos de complacerla. No me había dicho que también me amaba, pero ya no me importó porque sus actos hablaban por sí mismos.

La ropa cayó al suelo, y nosotros caímos sobre la cama. Estaba igual de nervioso que un adolescente virgen, y descubrí, con sorpresa, que realmente

era como si fuese mi primera vez porque iba a hacer el amor con Esther, la mujer que amaba.

Nuestros cuerpos se entrelazaron y nuestras bocas se buscaron, ansiosas, para unirse en un beso prolongado que originó una concatenación de gemidos y suspiros que surgieron de nuestras almas. Rodamos por la cama y adoré con mi boca y mis dedos cada milímetro de su piel. Hundí la nariz en su pelo, la hermosa melena que siempre llevaba aprisionada con moños o coletas, y que ahora se desparramaba, salvaje y libre, encima de las sábanas.

Sus pequeños pechos me provocaron, altaneros, para que les prodigara atención, y me convertí en el esclavo que los adoró con la boca.

La amé, como nunca había amado a otra mujer. La veneré como a una diosa y me postré a sus pies, rendido en cuerpo y alma, entregándole mi corazón y mi vida. Toqué el paraíso cuando por fin me atreví a unir nuestros cuerpos. Estaba húmeda y preparada, y me deslicé en su interior apretando los dientes porque temí perder el control como un adolescente en su primera vez.

Era cálida y suave, como seda ardiente. Sus manos recorrían mi cuerpo instando a moverme, clavando las yemas de los dedos en mi espalda mientras su boca buscaba la mía con desesperación.

Aquella noche descubrí, por fin, lo que era hacer el amor. No era solo un acto físico en el que dos cuerpos se entrelazan en busca del placer. También era un acto espiritual, en el que dos almas se funden en una sola y se entregan sin restricciones para alcanzar el Paraíso del que fuimos expulsados por nuestros pecados.

Yo toqué el Paraíso y quedé rendido a sus pies para el resto de mi vida.

Capítulo once

24 de diciembre

Estábamos todos sentados a la mesa: mi madre, mi padre, mis tíos y mis sobrinos. Los críos estaban armando escándalo, riéndose y apostando sobre los regalos que iban a recibir al día siguiente. Había estado participando en la conversación, pero no podía evitar distraerme y sentirme algo fuera de lugar. No porque lo estuviera, todos los años celebrábamos la Nochebuena de igual manera, mi tía Luisa y su marido venían, también mis primos y sus hijos, y la casa de mis padres se convertía en un caos durante algunas horas. No solía gustarme el escándalo que se montaba, pero me gustaba ver a mi familia, éramos pocos y nos veíamos de uvas a peras, pero me sentía extraña. Me faltaba Dante allí.

No les conté nada. Las cosas aún no estaban del todo claras, y no tenía el cuerpo para enfrentarme al torrente de preguntas y exigencias de mi madre, así que durante la cena me limité a hablarles de mi proyecto y de lo hermosa que era Venecia. Hablé de mi día a día obviando a Dante, y eso me hizo sentir mal en algún momento.

Lo echaba de menos, esa era la verdad. No podía dejar de pensar en su cara cuando nos despedimos en el aeropuerto; aunque sonreía, intuí cierta tristeza en él que me dejó preocupada. Tenía que viajar hasta Roma para ver a su familia, y eso incluía ver a su padre y enfrentarse a sus eternos reproches. Antes de que tuviera que entrar por la puerta de embarque Dante me dió un pequeño paquete: mi regalo de Navidad adelantado. Ya que no íbamos a estar juntos ese día, decidió entregármelo antes de que me fuera; quería que lo abriese el día veinticinco, pero no quise esperar, y decidí abrirlo delante de él. Cuando lo hice, una emoción cálida y repentina estuvo a punto de hacerme llorar. Con una promesa implícita, dentro de la cajita estaban las llaves de su apartamento. Le besé profundamente, y tuvo que separarme de él y recordarme que acabaría perdiendo el avión, o él acabaría secuestrándome.

A la hora del postre llegó también el momento de la tradicional discusión sobre política, y decidí disculparme para subir a mi cuarto. Usé mi cansancio

como excusa, aunque no era tal, el viaje se me había hecho cansado y apenas acababa de aterrizar de vuelta. Sin embargo, ya estaba pensando en regresar a mi amada rutina, a seguir viendo avanzar las obras que revelaban el espíritu renacido del *palazzo*... y a estar con Dante.

Aunque yo vivía en mi propio apartamento, mi madre siempre me pedía que me quedara cuando llegaban las navidades, y la habitación que me había pertenecido durante toda mi infancia y adolescencia permanecía intacta por mucho que le insistiera para que le diera un uso diferente. Me recosté sobre la colcha morada y observé los posters colgados: pinturas de Da Vinci, dibujos de Piranesi e ilustraciones de Escher decoraban las paredes de mi cuarto. Nunca fui una jovencita muy normal, cuando todas coleccionaban pegatinas y carteles de los Backstreet Boys, yo compraba libros de arte y arquitectura. Mi madre lo había dejado todo tal y como estaba cuando me fui a vivir por mi cuenta, justo después de la universidad.

Suspiré y busqué el teléfono para llamar a Dante. Llevaba las llaves de su apartamento en el bolso, y estas cayeron sobre la cama junto al aparato. Las cogí y las estreché entre mis dedos. No habíamos pasado ni veinticuatro horas separados, pero le echaba de menos como nunca había echado de menos a nadie. Marqué su número, ansiosa por oír su voz. Al tercer tono, me respondió.

—Hola, Dante —saludé en voz baja, temiendo que me escucharan hablar.

—Hola, *cara*. Qué bien que me has llamado... necesitaba una excusa para levantarme de la mesa.

Su tono me preocupó. Sonaba apagado, y Dante no solía mostrarse así nunca. Era un hombre alegre, incluso cuando estaba mal se esforzaba por disimular.

—¿Va todo bien? ¿He interrumpido?

—Sí, has interrumpido a mi padre dándome un sermón en la cena, pero está bien —suspiró—. Ya sabes, esto es difícil para mí.

—Sí... Lo siento, cariño. Ojalá pudiera estar allí.

—Ah, no. No desees esas cosas, es mejor así.

—Bueno, solo son unos días, pronto estaremos de vuelta en Venecia.

—¿Cómo te está yendo a ti?

Justo en ese momento escuché los pasos por la escalera, y supe que iban a

interrumpirme. Maldecí mentalmente, porque lo único que deseaba era tener un rato tranquila para hablar con él, pero iba a tener que esperar para eso.

—Bien. Oye, te llamo luego, ¿vale? Creo que sube mi madre.

—Vale. Te quiero —dijo apresuradamente.

—Y yo a ti —respondí antes de colgar.

En ese instante preciso se abrió la puerta y apareció mi madre, asomando primero la cabeza como un gato curioso.

«No podía ser otra», pensé con fastidio.

—Mamá, ¿por qué nunca llamas antes de entrar?

—Ay, hija, me tienes preocupada —respondió ignorando mi pregunta. Cerró la puerta al entrar y se acercó hasta sentarse en mi cama, junto a mí.

Que estuviera preocupada no era nada nuevo, y la verdad es que era bastante agotador, porque yo no había hecho nada para preocuparla.

—¿Por qué? ¿Porque me he ido después del postre?

Lo último que me apetecía en esos momentos era contarle mi vida a mi madre, pero hice de tripas corazón y traté de armarme de paciencia. Nunca habíamos estado tantos meses separadas. A mí me había sentado estupendamente, pero para mi madre debió ser duro. Aun así, era lo normal en la vida adulta de cualquiera, y odiaba que me hiciera sentir culpable por mis decisiones.

—Sí, y porque has estado muy ensimismada durante la cena. Pensé que te alegrarías más de volver.

—Solo estoy cansada por el viaje, no he parado en todo el día, mamá, y últimamente el trabajo está siendo muy duro. Apenas he tenido tiempo de relajarme, podré disfrutar más en cuanto duerma un poco. —Esbocé una sonrisa, aunque me quedó un poco fingida, y mi madre me conocía de sobra.

Se quedó callada unos instantes, pero leí en sus ojos que aquella explicación no la había dejado satisfecha.

—Hay algo más. Me lo dice mi instinto de madre. —«Lo sabía, ya tardaba en saltarle»—. Algo me estás ocultando, ¿por qué no me cuentas las cosas? ¿Es que no confías en mí?

Ahí estaba el viejo chantaje. La estancia en Venecia me estaba ayudando a relajarme, en parte, porque me mantenía alejada de mi madre. La quería

muchísimo, pero su constante cantinela sobre lo poco que la quería y el insuficiente caso que le hacía me tenían muy desgastada, y en esta visita navideña no iban a quedarse atrás.

«Ten paciencia», me dije mientras me sentaba en el borde de la cama.

—Hemos hablado todas las noches desde que me fui, te he contado todo lo que ha pasado durante estos meses, ¿por qué dices eso?

No me gustaba mentirle, pero no me sentía preparada para contarle lo que estaba ocurriendo. No era el momento y aún no sabía hacia dónde me estaba llevando mi relación con Dante. Los meses en Venecia estaban siendo maravillosos, nos dedicábamos a vivir el presente, cosa que yo no había hecho jamás en mi vida, y aún no habíamos puesto las cosas en claro sobre el futuro.

—Porque solo me hablas de trabajo, algo más harás allí.

—He ido a Venecia a trabajar, ¿no? Ya te conté que he ido a hacer turismo, y que Jaime está allí conmigo.

—¿Ha pasado algo con Jaime? —Vi que sus ojos se iluminaban. Marga se disgustó mucho cuando Jaime y yo lo dejamos, sé que le encantaba como yerno, y le costó mucho tiempo aceptar que no iba a serlo más.

—No, claro que no. Ha venido a trabajar, a veces salimos a ver cosas y es una buena compañía, pero nada más. Ya sabes que eso terminó.

—Qué pena, hija, porque ese hombre es maravilloso.

—Y lo es, y es maravilloso tenerle como amigo —repliqué.

—Entonces... ¿qué es lo que pasa?

No se daba por vencida. No pude evitar suspirar, lo que hizo que Marga me lanzara una mirada un poco ofendida.

—No pasa nada, en serio, no te preocupes más, mamá.

—Vale... Vale —respondió poniéndose tiesa, y supe lo que iba a decir a continuación—: Si no me lo quieres contar, no me lo cuentes. Total, yo solo soy tu madre, qué más da si me preocupo de más.

—Por favor, no me vengas con esas —respondí sin poder evitarlo. Odiaba que se pusiera en plan pasivo agresivo, y cada vez tenía menos aguante para esas cosas—. Siempre estamos igual, y de verdad, estoy cansada.

—Claro que siempre estamos igual, si no me cuentas nada.

Me puse nerviosa, y tuve que ponerme de pie. No quería hablarle mal a mi madre, pero no pude evitarlo hacerlo con cierta alteración.

—Es que no hay nada que contar; estoy cansada de tener que darte partes de todo y de que uses tu preocupación para que esté pendiente de ti y atada a ti —exploté.

Marga abrió mucho los ojos, mirándome escandalizada por mi atrevimiento.

—Yo no te pido ningún parte, Esther —dijo con un tono indignado.

—Sí lo haces, mamá. Constantemente me estás reclamando atención, quieres saber hasta el mínimo detalle de mi vida, y yo ya no soy una niña. No tienes que preocuparte tanto por lo que hago o dejo de hacer. Ya está bien —dije exasperada. Una vez que comencé a hablar no pude detenerme, aunque una voz en mi interior me gritase que no siguiera—. Ni siquiera debería sentirme con la obligación de llamarte todos los días. Cuando haga algo relevante, te lo haré saber, no es necesario que insistas tanto, y mucho menos que sufras y te preocupes por cosas que ni siquiera están sucediendo.

La cara de mi madre fue convirtiéndose paulatinamente en un poema al disgusto. Casi pude escuchar como su corazón se rompía, pero ya no podía callarme más. No quería volver a casa para encontrarme con esto, quería que las cosas fueran normales.

—Con la ilusión que tenía de que vinieras... y me estás dando la Navidad.

—¿Ves? ¿No te das cuenta de lo que haces? Siempre me estás echando cosas en cara, mamá... y haciéndome sentir culpable por cómo te sientes. No quiero tener esa responsabilidad y que tu felicidad dependa de mí, porque es injusto para las dos.

Ella se puso en pie pesadamente, como si le hubieran caído veinte años sobre el esqueleto en un solo instante. Se dirigió a la puerta, apartando la mirada de mí con un gesto dolido. Sentí que el estómago se me encogía y me dolía, pero no podía retirar nada de lo dicho, por mucho que sintiera la necesidad de mentirle y decirle que no sentía nada de eso.

—Vale, lo siento... Ya no te molesto más —dijo con tono lastimero al llegar la puerta y abrirla.

Me estaba haciendo sentir fatal, y quise pedirle perdón. Quise decirle que solo estaba cansada y todo aquello no lo había dicho en serio, pero sí que lo

había hecho. Era la verdad, aunque le doliera. Tenía que darse cuenta de cómo me hacía sentir.

Sin embargo, no podía dejarla irse así, y me acerqué a ella antes de que saliera al pasillo. La agarré de los brazos, le di la vuelta y la abracé. Marga se puso tiesa un instante, pero luego se ablandó y suspiró.

—Mamá, solo confía en mí, por favor —le pedí, estrechándola—. Cuando necesite tu ayuda, te la pediré, te lo prometo. Y cuando tenga que contarte algo, lo haré. No tienes que estar siempre sufriendo por mí, la vida me va muy bien...

Ella levantó la mirada hacia mí, con lágrimas en los ojos. Se las limpié con los pulgares cuando le cayeron por las mejillas.

—Yo solo...

—Solo te preocupas por mí, y agradezco mucho todo lo que te has esforzado para que tenga la vida que deseo. Os lo agradezco a ti y a papá, pero ahora soy yo la que tiene que caminar sola. Te quiero mucho, mamá.

—Y yo a ti... Siento si a veces soy injusta, tenía muchas ganas de verte.

—No te preocupes, nos quedan muchos días, los aprovecharemos, te contaré cosas sobre Venecia y sobre el *palazzo*, ¿de acuerdo? Aunque ya las hayas escuchado.

Marga asintió. Le di un beso en la frente y nos abrazamos durante un largo rato. No quería ser injusta con ella, pero no me arrepentía de haberle dicho todo aquello. Hacía mucho tiempo que lo necesitaba, y ahora podría esforzarme porque nuestra relación se normalizase y sanease, poniendo los límites necesarios para que no acabase ahogándome.

Cuando volví a la cama, más relajada, cogí las llaves del departamento de Dante y las estreché entre mis dedos hasta caer dormida.

Hablar con Esther me subió el ánimo, a pesar de haber tenido que interrumpir la conversación con brusquedad. Hasta el momento de oír su voz, estaba alicaído y melancólico, como un Byron actual.

Volver a casa de mi padre, aunque sea unos pocos días al año durante la Navidad, siempre me deprime. Aquí, entre estas paredes, vuelvo a sentirme el pobre niño desamparado y vulnerable que fui. Que, en cierta medida y a mi pesar, todavía soy. Aguantar sus ataques y sus reproches se hacía cada día más

difícil, y solamente me callaba y no replicaba, adoptando mi actitud indolente del que nada le importa, por mi madre.

Nunca he entendido por qué sigue con él, qué extraño poder tiene mi padre sobre ella que la mantiene fiel a su lado a pesar de ser un hombre insoportable, un tirano en casa, déspota y malhumorado. Quizá son sus fuertes convicciones religiosas, o un extraño sentido de la lealtad.

Me pregunto qué habría sido de mí si, cuando mi padre decidió trasladarse a Roma, mi madre hubiese decidido no ir con él.

Fuera como fuese, mi realidad era que estaba aprisionado en casa de mi padre hasta que terminaran las fiestas de Navidad, aunque yo deseara estar a cientos de kilómetros de allí.

Cuando nos despedimos Esther y yo y le regalé la llave de mi apartamento, estuve a punto de decidir ir con ella. Durante un segundo lo pensé seriamente, y lo único que me lo impidió fue el miedo a que ella no quisiera mi compañía. En lo referente a nuestra relación, yo iba muy despacio, tanteando el terreno con cuidado. La amaba, y ella a mí, de eso no tenía ya duda alguna; pero nuestro futuro era incierto, en tanto que ella tenía su vida en Barcelona y yo era incapaz de pedirle que renunciara a ella para quedarse conmigo, en Venecia. Por mi parte, pensar en abandonar mi ciudad, con la que tantos vínculos emocionales tenía, se me antojaba muy difícil, aunque no imposible.

Pero todavía había tiempo para pensar en ello.

Los trabajos de restauración del Palazzo della Luce iban viento en popa y, aunque la parte más difícil ya estaba terminada, todavía faltaban varias semanas para que pudiera decirse que habían concluido. En cuanto pasaran las Navidades comenzarían a levantar los muros para convertir las grandes salas en habitaciones más pequeñas, al mismo tiempo que empezaría el trabajo de restauración de los frescos (aquellos que pudieran ser salvados) de la planta baja; y, después, vendría la parte que Jaime ya había desarrollado sobre el papel.

Si todo iba bien, la inauguración del nuevo Hotel Della Luce sería en mayo, en plena primavera. Así que tenía casi cinco meses por delante para planear qué hacer con mi vida cuando Esther tuviera que marcharse.

Para colmo, aquellas Navidades habíamos tenido invitados: la familia Lombardi al completo. Me sentaron al lado de Francesca, la hija mayor, y mi madre no había parado de lanzarme miraditas desde su lado de la mesa,

animándome a conversar con ella. Hasta que, de la forma tan sutil con que suelen hacer las cosas las madres, acabó emparejándome con ella para acompañarla a la fiesta benéfica del día siguiente, ya que «ambos estábamos solos y no teníamos pareja».

Absolutamente delicioso. ¿Se entiende el sarcasmo?

Yo no tenía pensado acudir. Quería pasar el día haciendo la maleta para poder marcharme de allí cuanto antes, pero no podía defraudar a mi madre. No sé por qué siempre he tenido la necesidad de complacerla en todo, quizá para suplir la falta de complacencia de mi padre hacia ella.

Por eso acepté.

Me metí en la cama pensando en Esther. Bueno, siempre estaba presente en mis pensamientos, pero aquella noche, después de haber tenido que aguantar a mi padre con la sonrisa indolente en la boca, sintiéndome el ser más falso e hipócrita del planeta, necesitaba recordarme que ella me amaba, que yo ya no era de esa manera, y que gracias a ella había cambiado para convertirme en un hombre mejor.

Durante el día siguiente estuve tentado más de una vez de hablarle a mi madre de Esther; sobre todo, cada vez que alababa a la pobre Francesca mientras me miraba con los ojos brillantes por la emoción. Sus intenciones estaban transparentes y solo esperaba que su decepción no fuese demasiado grande cuando le dejase claro que no pensaba dejarme enredar por ella.

Hablarle de Esther terminaría con esta locura de querer emparejarme con una chica que, sí, era guapa y todo eso, pero que no era para mí.

Porque mi corazón ya estaba ocupado. Por Esther.

Pero si le decía algo sobre ella, estaba seguro de que se lo contaría a mi padre.

Y estallaría la guerra.

Mi padre jamás aceptaría que quisiera casarme con alguien como Esther; una muchacha de «clase baja», sin lustre en el apellido, sin contactos que él pudiera usar, y sin dinero ni propiedades que aportar a la familia.

Tendríamos una gran discusión que yo quería evitar a toda costa, sobre todo porque, mal que me pesase, todavía dependía del dinero de la familia. De él dependía que pudiera seguir con la rehabilitación y transformación del *palazzo*, y no podía arriesgarme a perderlo todo. Aún no.

Cuando el Hotel Della Luce fuese una realidad, cuando todas las facturas estuviesen pagadas y funcionase a pleno rendimiento, entonces podría desligarme de él de una vez por todas. Podría hacer mi vida junto a Esther, en Venecia o en Barcelona, o a medio camino entre ambas. No me importaría vivir constantemente subido a un avión volando de una ciudad a otra, siempre que ella aceptara ser mi esposa.

Y mi padre no podría hacer nada por impedirlo.

Eso creía.

¿Habría en el mundo alguien más iluso que yo?

La fiesta no resultó un muermo total gracias a Francesca. Lejos de la influencia de sus padres, resultó ser una mujer divertida y sensata. Posamos en el *photocall* como buenos vástagos de nuestras respectivas familias, sonriendo ampliamente como dictaban las normas no escritas. No es que yo fuese un habitual en la prensa del corazón; mi vida apartado de Roma me había alejado de ese tipo de eventos, y la prensa rosa había decidido que yo no tenía ningún interés para ellos.

Bailamos varias veces, para regocijo de nuestras respectivas madres, y las conversaciones que mantuvimos lograron relajarme y que incluso llegara a disfrutar de la fiesta; pero durante todo el rato sentí la constante atención de mi padre, con sus ojos pegados a mi nuca, observando, expectante.

No me sorprendió en absoluto que al día siguiente, al mediodía, cuando me levanté, me enviara a uno de los criados para anunciarme con ceremonia que me esperaba en su despacho.

Tuve la tentación de bajar en pijama, solo para molestarlo, pero me dije que yo ya no tenía porqué hacer ese tipo de cosas. Por eso me vestí adecuadamente y bajé las escaleras con orgullo y la cabeza bien alta.

Me imaginaba sobre qué quería hablarme: Francesca Lombardi. El aire apestaba a boda impuesta, y todas las maniobras de las que había sido objeto, me llevaban a esa conclusión.

Papá iba a llevarse una sorpresa.

Me recibió de pie, con el aura marcial que siempre lo rodeaba, a pesar de que nunca había estado en el ejército. Con pose arrogante, el cuerpo envarado y las manos detrás de la espalda, me invitó a sentarme con aquella voz rígida

que tanto había llegado a odiar.

Lo observé unos segundos antes de que empezara a hablar. Massimo Macchi ya no era joven, pero seguía siendo imponente a sus cincuenta y nueve años. Alto, de hombros anchos, y las sienas estratégicamente plateadas, daba la impresión de ser la severidad personificada.

Me dejé caer en uno de los sillones que había delante de la enorme mesa de caoba de su despacho, y crucé las piernas, indolente.

—Tú dirás, papá.

Arrugó los labios con desprecio y me miró de arriba abajo, como quien mira a un insecto antes de pisotearlo.

—Te he dejado mucho tiempo, Dante, para que pongas orden en tu vida y encuentres tu camino. Pero tú has desaprovechado todas las oportunidades. Y ahora, para colmo, estás derrochando todo el dinero de la boba de tu madre en un proyecto que, estoy seguro, va a fracasar. Dentro de poco te aburrirás de él, como siempre, y lo hundirás, como haces con todo en tu vida.

—Eso no es cierto —intenté protestar. Con cuatro frases había conseguido que yo volviera a sentirme el crío pequeño y desamparado que había sido, el inútil que imploraba su atención de cualquier manera.

Me lanzó una de sus miradas furiosas, las que congelaban hasta al mismísimo diablo, y cerré la boca con un chasquido, no atreviéndome a seguir llevándole la contraria.

Siguió hablando, enumerando la larga lista de cosas que había hecho mal en mi vida y de todo el dinero que le había costado. Mi cabeza actuó automáticamente, como hacía siempre que me encontraba en una situación como aquella: desconecté. Él siguió hablando y hablando, mientras yo me miraba las uñas, obsesionado con mi manicura, o me pasaba la mano por el zapato para quitarle la mota de polvo que había detectado allí. Bostecé un par de veces, buscando provocarle, pero él se limitó a entrecerrar los ojos y a seguir hablando, poniendo más énfasis en sus palabras.

Hasta que pronunció la palabra «matrimonio».

Esa palabra activó la alarma de mi cerebro, que chilló como una *banshee* histérica.

—¿Disculpa? ¿Qué acabas de decir? —pregunté con tranquilidad, poniendo ambos pies en el suelo e inclinándome hacia adelante.

Había llegado el momento de la verdad.

Mi padre me miró con irritación y apretó los labios para escupir con indignación:

—Lo que has oído. Vas a casarte con Francesca Lombardi.

—Ni de coña —exclamé, levantándome para irme de allí. No quería seguir escuchando y no quería discutir con él, pero sus palabras cortaron en seco mi retirada.

—¿Acaso crees que tienes algo que decir al respecto? —me preguntó, divertido por aquel estallido mío—. No tienes otra opción. Eres un inútil que no vale para nada. Para mi desgracia, eres mi único heredero, y no puedo permitir que, cuando yo muera, toda mi fortuna vaya a parar a manos de un irresponsable como tú. ¡La derrocharías en cuatro días! Francesca es una mujer responsable y tiene una buena cabeza para los negocios. Ella se encargará de...

—Ya te he dicho que no. No pienso casarme con ella, ni ahora, ni nunca. No voy a ser cómplice de tus chanchullos mafiosos. ¿Crees que no sé que lo que quieres, en realidad, es asegurarte el respaldo de Federico Lombardi para llegar a ser el número uno en Forza Italia?

—¿Te he dado permiso para que me interrumpas, acaso? —Me miró iracundo, echándose hacia adelante y apoyando los puños en el escritorio con rabia—. Cierra la boca, maldita sea. No tienes otra opción. No alguien como tú, acostumbrado a vivir a costa de mi dinero. Porque si te niegas a casarte con ella, se habrá acabado todo.

—¿En serio, papá? ¿Y qué es lo que harás?

Sonrió con maldad. Se le iluminaron los ojos. Estaba disfrutando con aquello, el maldito hijo de puta.

En aquel momento temí lo peor. Porque mi padre tenía todos los hilos en sus manos, y solo tenía que moverlos para joderme la vida completamente.

Y lo hizo.

Vaya si lo hizo.

—Dirás adiós a la asignación mensual que tan generosamente te he estado pagando durante todos estos años. Dirás adiós a tu precioso apartamento en Venecia. Dirás adiós a tu vida estéril. Y, sobre todo, dirás adiós a tu nuevo juguete, el maldito Palazzo Della Luce. Cerraré el grifo, te borraré de mi

testamento, y no verás un euro más en toda tu miserable vida. ¿Crees que tu nueva amiga te querrá igual cuando se entere de que eres más pobre que las ratas? ¿Que va a tener que mantenerte con su mísero sueldo de arquitecto porque tú eres incapaz de ganarte la vida?

Me cogió por sorpresa. No tenía ni idea de que mi padre estaba al tanto de mi vida. ¿Sabía de Esther y de mi relación con ella? Aquello me enfureció, mucho más que la amenaza.

—¡A ella ni la nombres!

—¿No quieres que mencione a tu fulana? —se burló, esbozando una sonrisa diabólica—. ¡Esta sí es buena! ¿Acaso el niño está enamorado de ella? ¿Pensabas casarte con ella? ¡Pues es una lástima! Porque una mujer como esa no es digna de ser una Macchi. ¿Crees que está contigo por amor? ¡No seas ridículo! Cada vez que te mira, solo ve montones y montones de dinero, la oportunidad de tener una vida regalada sin necesidad de trabajar, de vivir a lo grande. ¡Esas fulanas son todas iguales! ¿Acaso no te has dado cuenta? ¡Claro que no! ¡Eres un estúpido!

—¡Basta! —grité, enfurecido, golpeando la mesa con las palmas de las manos. Sentía que la sangre me rugía en los oídos y se apoderó de mí un deseo gigantesco de aporrear aquel odiado rostro hasta hacerlo sangrar—. ¡Basta! ¡Ella es mil veces mejor que tú! ¡Que todos nosotros!

—Ella no es nada —siseó, acercando tanto su rostro al mío que pude ver claramente las líneas rojas en sus ojos desencajados por la furia—. Es una cualquiera. ¿La quieres? Mantenla como amante. A eso no me opondré. Pero jamás llevará mi apellido. Tú te casarás con Francesca Lombardi, como yo me llamo Massimo Macchi.

El mundo se derrumbó a mi alrededor. Todo se volvió confuso y salí de allí tambaleándome, furioso y derrotado, con la risa satisfecha de mi padre clavándose en mis oídos. Quería matarlo con mis propias manos y, durante un solo segundo, pensé seriamente en hacerlo. Acabar con él, con su risa y con su tiranía, de una vez por todas.

Pero salí huyendo, aterrorizado de mí mismo. Mi padre nunca sabría qué tan cerca había estado de morir allí mismo, a mis manos.

Salí a la calle buscando aire para respirar. Me ahogaba y empecé a ver motitas anaranjadas pulsando en la periferia de mis ojos. Me froté los párpados y caminé dando tumbos por Roma. La gente se apartaba de mi

camino y me miraba como si tuvieran ante sí a un monstruo, como si pudiesen leer mis tenebrosos pensamientos y mi alma atormentada.

Quise pensar que tenía opciones, que encontraría algún camino que me permitiera mandarlo a la mierda sin perder a Esther ni el hotel. Que podría tenerlo todo. Solo tenía que exprimirme el cerebro.

Pero no lo había.

Capítulo doce

Fueron las mejores Navidades que había pasado en muchos años. Mi madre aflojó su actitud después de la charla que tuvimos, y yo pasé la mayor parte del tiempo con ella haciendo cosas que no solíamos hacer: salir de compras, merendar juntas, e incluso pasar la Nochevieja bailando en el hotel que, sorpresivamente, reservé para nosotros tres. Al despedirme de ella en el aeropuerto estuvimos abrazadas un buen rato, y le prometí que la llamaría a menudo para que supiera que estaba bien.

La añoranza también se hizo llevadera, no hubo noche en la que no hice videoconferencia con Dante. Echarle de menos me resultó gratificante, y alimentó mi ilusión por regresar a Venecia a seguir con el trabajo... y con nuestra relación. Todo iba viento en popa, y el éxito en mi vida sentimental me hacía sentir tan bien como el éxito profesional. Las cosas ahora parecían redondas.

Los últimos días noté a Dante algo más apagado. La visita a su padre le había dejado muy tocado, y no quería hablar de ello, pero yo sabía perfectamente lo que ocurría. No le consulté cuando decidí volver antes de reyes para darle una sorpresa. Pensé que aquello le alegraría y le haría olvidar un poco al capullo de su padre, así que aún con la resaca del fin de año, me subí en el avión rumbo a La Serenissima.

El vuelo era corto, pero yo estaba nerviosa, ansiosa por llegar, y no lograba distraerme. Junto a mí, una señora leía un ejemplar de una revista italiana, una de esas de prensa rosa. No suelen interesarme, pero algo en la portada de esta hizo que ladease la cabeza para verla mejor.

Al principio pensé que estaba alucinando. En la portada, un hombre con traje y una sonrisa seductora rodeaba los hombros de una mujer atractiva que miraba a cámara con naturalidad. Todo habría sido normal, era una revista más entre un millón, pero es que aquel hombre no era ni más ni menos que Dante. Bien, su familia era muy importante en Italia, él habría protagonizado más de una publicación en ese tipo de revistas, pero lo que hizo que se me detuviera el corazón en el pecho durante un instante fue la palabra «compromiso» en italiano, y en letras grandes y rojas, junto a su deslumbrante sonrisa. Cuando fui capaz de reaccionar le quité la revista de las manos a la pobre señora.

—¡Pero oiga...! —me increpó en italiano.

—Disculpe, solo quiero consultar el artículo principal —le dije sin mirarla siquiera, pasando las páginas a toda prisa.

—Ya era hora de que sentara la cabeza ese Macchi —comentó la mujer. Mi corazón comenzó a latir con furia.

Allí estaba, el anuncio del compromiso de Dante Macchi con una tal Francesca Lombardi, miembro de otra familia rica e influyente como la suya. Sentí como el color abandonaba mi rostro, y por un instante me quedé en shock, ni siquiera sabía qué pensar. Aquello, simplemente, no podía ser real. Me debí quedar dormida y estaba teniendo un sueño absurdo.

La mujer me quitó la revista, molesta. Reaccioné y saqué diez euros de mi cartera para tenderse los nerviosamente.

—Se la compro. —La señora aceptó y permitió que me quedase con la revista. Me miró extrañada cuando la agarré y la embuté en mi bolso de malas maneras.

El resto del viaje fue horrible. No podía dejar de pensar en aquello. ¿Por eso Dante estaba tan raro en las llamadas? ¿Me estaba ocultando esto? ¿Se había comprometido en mi ausencia o yo solo estaba siendo un pasatiempo? No podía ser. Sabía que Dante no me había mentado, veía la honestidad en sus ojos cada vez que me decía que me quería, en la forma en que me miraba, como si no hubiera nada más en el mundo merecedor de su atención.

No podía ser... pero, ¿y si era? Yo no tenía ni la mitad de clase que esa mujer. No provenía de una familia poderosa, y mucho menos rica. Yo no podía aportar nada a su vida, realmente.

Me sentí desesperar. Toda la ilusión que instantes antes había albergado se convirtió en algo amargo y las lágrimas se agolparon en mis ojos mientras intentaba tragármelas.

«Vamos a ver, tal vez estoy exagerando. Es un artículo en una revista del corazón», me dije intentando infundirme calma, mientras respiraba profundamente. «Este tipo de prensa suele mentir o trabajar sobre rumores, y se empeñan en emparejar a la gente famosa. Solo serán especulaciones. Sí. Seguro que es eso. Y, además, antes de desesperarme debería hablar con Dante y aclararlo».

Esos pensamientos lograron que mantuviera el control. Respiré

profundamente varias veces y traté de calmarme, pero no lo logré. No del todo. Estaba hecha polvo, y tenía un miedo atroz a que aquello resultase ser cierto.

Al bajar del avión pensé en llamarle y pedirle explicaciones, pero prefería hablar con él en persona, así que fui directa a su apartamento. Aquello estaba siendo muy diferente a lo que yo había planeado. Quería darle una sorpresa, presentarme felizmente allí, pero me sentía enfadada y engañada y no teníamos ánimos para ninguna fiesta. No al menos hasta que Dante me aclarase lo que había en esa revista.

Llamé al timbre. Lo hice varias veces antes de decidir sacar las llaves. Las miré unos instantes, las apreté entre mis dedos, deseando que todo aquello solo fuera una confusión. En ese momento tenía tantas ganas de ver a Dante como de estrangularle. Usé las llaves para abrir el portal y subí a su apartamento. La sangre me bajó a los pies y ahí se congeló, dejándome clavada en el umbral de la puerta: el salón estaba vacío. No había nada en los estantes, ni sus libros, ni sus películas; nada. Alterada, fui a su habitación y encontré los armarios abiertos y vacíos. Dante no estaba allí. Se había ido y yo sentía que iba a darme un infarto de un momento a otro.

Saqué el móvil de mi bolso con manos temblorosas, y casi se me cayó al suelo. Me detuve antes de marcar el número, apretando el aparato entre mis dedos. Sentía que la ansiedad me ahogaba.

«¿Y si está con ella? No. Calma. No puedo hacer esto. No puedo montarle una escena de celos. Tengo que serenarme antes de hablar con él. ¡Pero es que me ha mentido! ¡Algo está pasando!».

Y algo pasaba. Se había ido de su casa sin decirme nada, y aquello era más que raro. Era alarmante. ¿Se habría mudado a Roma sin decirme nada? ¿Me estaría ocultando aquello para asegurarse de que regresaba y terminaba mi trabajo en el *palazzo*? No. No podía ser tan ruin. ¿No?

Me detuve a pensar con frialdad, masajeándome las sienes con los dedos: no iba a llamarle. Estaba demasiado nerviosa y alterada, y no quería montarle un espectáculo. No aún. Tenía que decidir con la mente clara, y para eso debía calmarme. Jaime aún estaba en España disfrutando de las vacaciones navideñas, así que opté por acudir a Gia. Iría a su casa y le contaría lo que había pasado, y tal vez ella pudiera explicarme qué estaba sucediendo con

Dante antes de que le matase.

Gia me abrió y su sorpresa fue mayúscula.

—Esther, ¿qué haces aquí? ¿No volvías el cinco?

—Sí, pero quería darle una sorpresa a Dante, y la sorpresa me la he dado yo... —dije intentando mantenerme serena. Le devolví el abrazo con el que me saludó y entramos en su apartamento.

—Ah, vaya... Has ido a su apartamento —dijo como si supiera exactamente lo que yo había visto.

Al entrar en el salón de su casa me di cuenta de que no iba a poder tomar las decisiones de manera calmada: Dante estaba allí, sentado en el sofá. Se puso en pie de inmediato, mirándome con el rostro desencajado por la sorpresa. Estaba rodeado de cajas: las había en el suelo y sobre la mesa, cerradas y abiertas con el contenido desparramado sobre los muebles. Eran sus cosas.

—¡Esther, *cara mia!*

«No se ha mudado a Roma», pensé con cierto alivio. Pero cuando Dante se acercó a mí, sonriendo de pronto con un gesto de felicidad, saqué la revista del bolso antes de que pudiera abrazarme y se la estampé en el pecho.

Él se detuvo en seco, mirándome confuso, y cogió la revista con el ceño fruncido.

—¿Qué significa esto? Explícamelo antes de que siga montándome películas porque está a punto de darme un ataque —le dije mirándole con todo mi enfado, tensa y fría.

Dante cogió la revista y al mirar la portada suspiró profundamente. Pude ver el brillo de dolor en sus ojos cuando se pasó la mano por el pelo, desviando la mirada con afectación.

—Todo es mentira. Solo son rumores que mi padre ha difundido. Francesca y yo no vamos a casarnos.

Sentí que un peso terrible se apartaba de mi pecho y de pronto pude respirar con menos dificultades.

—¿Y por qué no estás en tu casa...? ¿Qué es todo esto?

—Ven, siéntate. Hay unas cuantas cosas que te tengo que contar... No quería amargarte las vacaciones y por eso no te lo he dicho antes.

Dante me cogió del brazo, y yo me dejé llevar. Sentí que las piernas me temblaban y la preocupación atenazaba mi estómago.

—Voy a hacer café y nos calmamos todos, ¿de acuerdo? —dijo Gia, y yo solo pude asentir, a la expectativa.

Me senté junto a Esther sin saber por dónde empezar. Iba a ser un duro golpe para ella, y no porque pensara que estaba conmigo por mi dinero. No era eso. Era porque todavía había muchas facturas pendientes por pagar, y yo no sabía cómo iba a hacerlo.

Me pasé la mano por el rostro pensando en todo el trabajo que se iba a ir al garete por culpa de esta situación. Quizá debí haber aceptado casarme con Francesca y me habría ahorrado todos estos problemas. Una boda por compromiso, dejándole claro a ella el motivo de nuestra unión y, después, cuando el Hotel Della Luce estuviese funcionando a pleno rendimiento, divorciarnos de mutuo acuerdo y darle así a mi padre en todas las narices.

Pero no podía. Quizá Esther lo hubiese comprendido, pero, ¿qué tipo de hombre habría sido yo si hubiese cedido al chantaje de mi padre? ¿Cómo hubiese podido mirarme al espejo sin sentir vergüenza?

No era una cuestión de orgullo, sino de tener respeto por mí mismo, un respeto que había aprendido a sentir hacía muy poco y que no quería perder por nada del mundo.

Además, lo de la revista me había enfurecido. Yo nunca había sido un personaje al que le dedicaran tiempo en ese tipo de publicaciones, así que no comprendía a qué venía el especular sobre mi posible matrimonio con Francesca Lombardi. Tenía que ser cosa de mi padre, seguro. Él habría filtrado la noticia con toda la intención del mundo, quizá porque estaba convencido de que yo acabaría claudicando a su deseo, o esperando que algo así provocara en Esther una reacción que acabara con nuestra relación. Y Esther había visto la revista y leído el artículo antes de que yo tuviera tiempo de hablar con ella y contarle lo que había sucedido en realidad.

Por suerte, ella es muy distinta a mí, mucho más racional y nada dada a dejarse llevar por los impulsos. En su lugar, yo le habría montado una escena dramática sin darle tiempo a explicarse. Así soy de idiota a veces, y sé que tengo suerte de que ella me ame a pesar de todo.

Gia, que se había apartado de nosotros cuando Esther llegó, apareció con una bandeja con una cafetera y tazas, y la dejó sobre la mesita. No dijo nada pero se sentó allí con nosotros, y con su presencia me dio el valor para empezar a hablar.

—Mi padre me tenía una sorpresa reservada. Ha intentado obligarme a casarme con la chica de la foto, que es hija de un tío importante dentro de su partido. Yo me he negado y, en consecuencia... me ha retirado todos los fondos, y ha obligado a mi madre a hacer lo mismo. Lo siento mucho, Esther.

—Espera... ¿qué quieres decir con lo de «retirarte todos los fondos»?

—Que me ha dejado sin blanca, sin dinero, sin nada. Ni siquiera sé cómo voy a poder pagarte a ti y a los demás lo que os debo por vuestro trabajo. —Sonreí, cansado, sin atreverme a mirarla—. Supongo que me demandaréis y me meterán en la cárcel —intenté bromear, sin saber si realmente no acabaría así todo.

—No puedes hablar en serio. ¿Cómo ha podido hacerte algo así? —exclamó, soliviantada—. ¡Es injusto! Has trabajado mucho para sacar adelante este proyecto. Pero, ¿en qué coño está pensando tu padre?

—En tenerme bajo su zapato, supongo.

—Es un imbécil que no merece tener a un hijo como tú —dijo, convencida de ello, y yo me supe arropado y querido como nunca me había sentido—. Qué hombre más odioso.

—En eso estamos de acuerdo —susurró Gia, mirándola—. Pero cuéntaselo todo, Dante.

—No hace falta —murmuré.

—Sí hace falta —afirmó con convicción—. Tío Massimo sabía de tu existencia...

—He dicho que no es relevante —intenté impedir que siguiera hablando.

—¿Qué quieres decir con eso, Gia? —intervino Esther.

—Que no aprueba vuestra relación, y yo estoy convencida de que todo ha sido una manera de obligar a Dante a dejarte. Pero Dante te quiere demasiado para permitírselo.

—¿Quieres decir que..?

—Que ha sido por ti, tontuela —soltó Gia con una sonrisa que me hubiera

gustado borrar de su cara. No hacía falta que Esther supiera esa parte, no quería que acabara sintiéndose culpable por algo de lo que no tenía ninguna culpa.

Esther palideció y me miró, desamparada.

—¿Por mí? —preguntó en un susurro que borró de golpe la sonrisa de Gia.

—Bueno, quiero decir que Dante te quiere tanto que ha renunciado a todo por ti. A eso me refiero. No a que tú tengas alguna culpa de lo sucedido. ¡Maldita sea! A veces pienso que estoy mejor calladita.

—Pues mira, sí —exclamé, enfadado con Gia. Me giré hacia Esther y le cogí las manos. Sabía qué pasaba por su cabeza en ese momento y tenía que quitárselo antes de que se hiciese demasiado grande—. Esther, escúchame, esto no tiene nada que ver contigo, ¿de acuerdo? Tiene que ver con la ambición desmesurada de mi padre y su necesidad de controlarme. Nada más. ¿Me escuchas?

—Sí, te escucho. —Parpadeó y una lágrima se deslizó por su mejilla—. Pero es lo más bonito que nadie ha hecho nunca por mí. Has renunciado a todo. Por mí.

—Bueno..., sí —afirmé, confuso. ¿Esther estaba emocionada?—. Pero no todo está perdido. Mi madre se las arregló aquella misma noche para poner el título de propiedad del *palazzo* a mi nombre —balbuceé—. Supongo que si lo vendo, me alcanzará para pagar lo que debo y...

—¿Venderlo? ¿Te has vuelto loco? Ni en sueños —exclamó con decisión. Se puso en pie y yo la miré, atónito. Casi pude ver los engranajes de su cerebro empezando a funcionar—. Que tengas el título de propiedad a tu nombre lo cambia todo. ¡El *palazzo* es tuyo! —Volvió a sentarse y me miró, ilusionada, con una amplia sonrisa curvando sus labios—. Seguiremos adelante con el proyecto.

—Eso no cambia prácticamente nada, Esther. No tengo ni un céntimo para seguir invirtiendo en la reforma. En realidad, ahora mismo, no tengo ni donde caerme muerto. Me vería durmiendo en la calle si no fuese por Gia.

¿Qué importaba que el *palazzo* estuviera a mi nombre si seguía sin tener el dinero suficiente para ponerlo todo en marcha? Si Esther pensaba en pedir un crédito en algún banco, podía olvidarse: los tentáculos de mi padre eran muy largos, y se iba a encargar de que ningún banco me lo diese.

—Escucha —me dijo, apoyando las manos en mis mejillas para obligarme a mirarla—. Conseguiste que nos dejaran entrar a ver el ensayo general de *Turandot*. Siempre estás tirando de tus contactos para tonterías como esa. Úsalos ahora para conseguir inversores. Conoces a mucha gente, que conoce a otra gente. Gente rica. Gente importante. Aquí, en Italia, y fuera de ella. Además, tienes labia, carisma y pasión: utilízalos para convencerles de que esto es un negocio con futuro para que inviertan en él. El *palazzo* valdrá diez veces más cuando esté terminado, y el negocio será muy lucrativo, eso ya lo sabes.

—Tienes razón —dije, animado de repente. Mi cabeza había empezado a funcionar y estaba elaborando una lista de personas que podían ayudarme a encontrar a quien quisiera invertir—. Sí, puede funcionar.

—¡Claro que puede funcionar! Va a funcionar —susurró con determinación, convencida de ello.

La miré y quedé arrobado. Mis ojos quedaron prendados de la luminosidad de su sonrisa y no pude evitar besarla. Me abalancé sobre sus labios y me apoderé de su boca con pasión.

—No sé qué hubiera sido de mí sin ti —dije, susurrando sobre sus labios entreabiertos—. Me has salvado el pellejo. Estaba en *shock* y ni siquiera era capaz de pensar. Menos mal que te tengo a ti y a este maravilloso cerebro tuyo del que estoy tan enamorado.

—¿Solo estás enamorado de mi cerebro? —me preguntó con un brillo pícaro en los ojos.

Iba a contestarle, enumerándole todo lo que amaba de ella entre beso y beso, cuando la voz de Gia le quitó todo el romanticismo al momento.

—Como sigáis así de acaramelados, voy a tener una subida de azúcar y vomitaré.

Empezamos a reírnos, nerviosos y avergonzados. Nos habíamos olvidado completamente de que mi prima estaba allí.

Capítulo trece

Los días que siguieron fueron frenéticos.

Me trasladé al apartamento que ocupaba Esther. Por suerte, aquel edificio no era propiedad de mi padre y no pudo decir nada al respecto, aunque lo intentó. Allí instalamos nuestro nido de amor, en el que nuestra relación creció hasta convertirse en algo sólido y consistente, a prueba de cualquier terremoto.

Durante el día me pasaba horas y horas al teléfono, llamando a la puerta de todo el mundo que conocía, buscando a alguien que pudiera estar interesado en el hotel. Fue una carrera contra reloj. Mientras, los trabajos en el *palazzo* seguían adelante. Pararlos era una locura y mandaría al traste con la agenda que teníamos prevista.

Pero eso nos daba un margen de menos de un mes para conseguir fondos. Si terminaba enero y no había conseguido el dinero para pagar a los trabajadores y a los que nos suministraban el material, tendría que rendirme.

Algo que no entraba en mis planes.

Por suerte, lo conseguí.

El día en que firmé el contrato con Edmund Halliwell, dueño y director general de los hoteles Halliwell, una de las cadenas hoteleras más grandes del mundo, los gritos de rabia de mi padre se oyeron hasta en el Polo Norte.

Desde ese momento, todo vino rodado.

Gracias al trabajo duro y a la profesionalidad de Esther y de Jaime (que al volver se había instalado en casa de Gia, con quién hizo buenas migas), conseguimos poner en marcha un hotel de lujo, con todas las comodidades modernas pero respetando las líneas clásicas de la estética veneciana.

Por primera vez en mi vida experimenté el orgullo de haber construido algo con mis propias manos, algo que era casi literal teniendo en cuenta las horas que había pasado trabajando como un peón más, acarreando escombros al principio, y materiales después. ¡Incluso llegué a subirme a un andamio!

El día de la inauguración fue apoteósico. Mi madre vino desde Roma para asistir. Mi padre, no, por supuesto. Presentarse habría sido como aceptar que se había equivocado conmigo, y eso jamás entraría en sus planes.

Afortunadamente para mí, mientras Esther estuviera a mi lado, ya no necesitaba la aprobación de nadie más.

—Estoy súper orgullosa de ti, cariño —me dijo mientras paseábamos por el inmenso vestíbulo repleto de invitados, en dirección al salón de baile en el que estaba desarrollándose la fiesta—. Siempre he creído en ti. Incluso cuando tú no lo hacías. Y me alegro mucho de que le hayas dado esta lección a tu padre. Ese hombre...

Yo no quería hablar de mi padre. Mencionarlo era como llamar al mal tiempo, así que la cogí del brazo y la arrastré hasta la pista de baile, pero sus palabras me habían emocionado.

Yo no le tenía en cuenta que ella también me hubiera retirado los fondos y me hubiera dejado en la estacada. Sabía que lo había hecho por culpa de mi padre. La noche de aquella discusión con él, cuando vino a verme después para entregarme el título de propiedad del *palazzo*, estaba desconsolada y avergonzada y yo la perdoné sin pensármelo.

—Gracias, mamá —le susurré al oído, mientras le rodeaba la cintura con un brazo para empezar a movernos al ritmo de la música lenta que la pequeña orquesta de salón estaba interpretando.

Miré hacia un lado, buscando a Esther. Tenía que estar por allí, entre el gentío que ocupaba el salón, pero la había perdido de vista cuando subí a buscar a mi madre, la primera huésped notable del Hotel Della Luce.

—¿Cuándo vas a presentármela? —me preguntó mi madre, obligándome a mirarla, sorprendido.

—¿A quién?

—A ella. La chica que ha conseguido que el tarambana de mi hijo siente por fin la cabeza. Tu padre echaba sapos por la boca sobre ella cuando te fuiste. Estaba muy gracioso. —Dejó ir una sonrisilla—. Ardo en deseos de conocerla.

—En eso estoy —confesé—. Ha de estar por aquí, en alguna parte, seguramente hablando o bailando con Jaime. Estoy muy enamorado de ella, mamá. Es una gran mujer, y estoy seguro de que te gustará.

—Te hace feliz, eso es suficiente para mí.

—Me alegro de que pienses así, porque voy a pedirle que se case conmigo, esta misma noche.

Mi madre se emocionó, y se enfadó por emocionarse. Se le empañaron los ojos y parpadeó con rapidez para evitar que las lágrimas se le escaparan.

—Se me va a estropear el maquillaje por tu culpa —bromeó, para añadir inmediatamente, conteniendo la emoción—. Tú, casado... jamás creí que llegara a vivir ese momento. Has renunciado a todo por ella, y te has convertido en un hombre de verdad. Estoy muy orgullosa, hijo. Mucho. Vamos a buscarla, quiero conocerla ya.

La encontramos en el bar. Estaba sentada junto a Jaime y el señor Mediavilla, que había venido también para la inauguración. Charlaban animadamente, pero cuando Esther nos vio entrar, se levantó y vino hacia nosotros con una sonrisa encantadora. Le di un suave beso en los labios que me supo a muy poco, pero me conformé pensando que, a partir de aquella noche, si todo iba bien, estaríamos juntos para el resto de nuestras vidas.

—Esther, quiero presentarte a mi madre, Nicoletta.

Esther, indecisa, le ofreció la mano. Mi madre, en cambio, la cogió por los hombros y le plantó un beso en la mejilla antes de abrazarla con mucho cariño.

—Hija mía, no sabes el regalo tan grande que me has hecho. —Esther sonrió y me miró, sin saber muy bien a qué se refería.

—Me has hecho sentar la cabeza, por fin —expliqué, también sonriendo.

—Ha sido un placer hacerlo —balbuceó, incómoda. Cuando yo solté una carcajada, abrió mucho los ojos y se ruborizó al darse cuenta del doble sentido que podían tener aquellas palabras.

Mi madre, como buena italiana, le guiñó un ojo.

—No permitas que eso cambie —susurró, haciendo que yo me ruborizara.

—¡Mamá! —exclamé, haciéndola reír.

Aquella conversación incómoda se terminó cuando, en el escenario, la orquesta quedó en silencio y el maestro de ceremonias requirió mi presencia allí. Era el momento de dar el discurso que inauguraría oficialmente el Hotel Della Luce.

Le di un beso a mi madre en la mejilla y cogí a Esther de la mano para arrastrarla conmigo. Intentó protestar, pero fui implacable. La quería a mi lado. Además, mi sorpresa no tendría sentido si ella no estaba allí, conmigo.

Me puse delante del micrófono sin soltarle la mano a Esther, y respiré

profundamente.

Estaba muy nervioso y empecé a sudar. Esther me apretó la mano para darme confianza y ánimos. La miré a los ojos, y empecé a hablar.

Agradecí a los invitados su presencia en este acto tan importante para mí. Hablé de los personajes ilustres que se habían paseado por aquellos salones en el pasado, y mencioné a todos los que habían estado implicados en el proyecto, dándoles las gracias por haber confiado en mí para llevarlo adelante.

Por supuesto, hice especial mención a Esther Blanch, la maravillosa arquitecta española que había asumido el reto de convertir un viejo *palazzo* en ruinas en un hotel moderno y confortable sin que, durante el proceso, perdiera su maravilloso encanto histórico.

—Esther Blanch, la hacedora de milagros —dije, girándome hacia ella para mirarla a los ojos con intensidad. Ella mantenía la cabeza gacha, avergonzada al recibir tantos halagos delante del público—, una mujer maravillosa con una mente privilegiada, sin cuya dedicación y trabajo nada de esto habría sido posible. Llegó a Venecia dispuesta a enamorarse de nuestra maravillosa ciudad sin imaginar que su tenacidad, su pasión por la arquitectura y, sobre todo, su risa cristalina y sus maravillosos ojos, lograrían que el mayor calavera de la ciudad se enamorara de ella y cayera rendido a sus pies. —Esther alzó los ojos muy abiertos para clavarlos en mí, sorprendida por mis palabras—. Me enamoraste sin pretenderlo. Tu honestidad y tu fuerza me han enseñado que todo es posible si se lucha por ello con ahínco. Tu ternura y tu generosidad me mostraron un camino muy distinto al que yo estaba siguiendo, un camino mucho mejor en el que la felicidad es posible. Esther, me robaste el corazón el mismo día en que nos conocimos; desde entonces, nada ha vuelto a ser igual. Has llenado mi vida de luz y de alegría, y te amo con todo mi corazón. —Tras una pausa que provocó expectación, me arrodillé ante ella y saqué un pequeño estuche de joyería del bolsillo—. Esther, ¿quieres casarte conmigo?

Todo el mundo se quedó en silencio. Jaime, Renzo, Gia, el capataz, la madre de Dante, todos los obreros a los que habíamos invitado, los invitados ilustres, las personalidades que habían aceptado la invitación: todos. Todos me miraban esperando que respondiera, y yo solo podía mirar al idiota de

Dante en un estado de shock del que me tuve que obligar a salir.

Esperaban una respuesta. Dante me miraba, esperando también, con un brillo de pronto inseguro en los ojos; le estaba haciendo sufrir, pero es que... ¿cómo se le había ocurrido hacerme algo así!?

Me moría por decirle que sí, pero ni siquiera habíamos hablado al respecto de algo así, y las cosas no se hacían de esa manera, yo no podía tomar una decisión que afectaría al futuro de los dos en un solo segundo, y no estaba dispuesta a aceptar sin conocer las condiciones.

Tomé aire y desvié la mirada hacia el público que nos observaba expectante, me arreglé la chaqueta del traje y me acerqué al micrófono. Carraspee antes de hablar:

—Por favor, disculpadnos un momento —dije cortésmente, y agarré a Dante del brazo para bajarlo del escenario y llevármelo a rastras tras él, a una zona oculta de las miradas. Él me miraba asustado y sorprendido—. ¡¿Pero cómo se ocurre pedirme así que me case contigo?! —exclamé cuando estuvimos a resguardo—. Por sorpresa, y delante de la gente, ¿estás loco?

—Las pedidas son así —dijo levantando las manos, no sabía si se estaba encogiendo de hombros o tenía miedo de que le diese un guantazo—. Sin el factor sorpresa pierden mucho romanticismo.

A veces me sacaba de quicio. Su idea del romanticismo no encajaba con la mía. Desde luego, lo que yo entendía por romántico no pasaba por hacer pasar a nadie por un apuro de esa magnitud.

—Pero Dante, no hemos hablado de esto... Sabes que voy a volver a Barcelona. —Dante sonrió entonces, y fue ensanchando la sonrisa según yo hablaba, cada vez más nerviosa—. ¿Cómo se supone que vamos a casarnos así? ¿Qué vamos a hacer?

Dante siguió sonriendo y yo sentí unas intensas ganas de darle una colleja, pero cuando se acercó y me agarró el rostro con un gesto tierno, sentí que las piernas se me aflojaban por culpa de sus ojos intensos y su sonrisa brillante.

—He pensado en todo eso, Esther. Claro que sé que quieres volver a Barcelona, por eso estoy dispuesto a irme contigo. Nada me ata aquí, y cuando eche de menos esta ciudad podré volver a visitarla.

El corazón se me desbocó en el pecho. Parpadeé, incrédula.

—Pero... Dante, ¿y el *palazzo*? ¿Cómo que nada te ata? Esta era la ilusión

de tu vida.

Dante soltó una risotada.

—No seas exagerada. He hecho esto para demostrarles a todos, y a mí mismo, que no soy un inútil, pero si hay algo que he visto claro durante estos meses es que la ilusión de mi vida eres tú.

Sentí el calor subirme a las mejillas, y cómo los ojos se me empañaban.

—Pero... ¿cómo vas a hacerlo? —pregunté con voz temblorosa—. No puedes dejarlo todo atrás después de tanto esfuerzo.

Dante me agarró las manos y las estrechó entre las suyas. Aguanté las lágrimas de emoción que pugnaban por aflorar.

—Ya he encontrado un comprador. Con el dinero que recibiré por esto podré construir una nueva vida donde quiera. Dijiste que valdría diez veces más en cuanto lo terminásemos, pero te equivocabas, he podido sacar más, no solo recuperaré la inversión y podré pagar a todo el mundo, sino que tendré ganancias sustanciosas. Podré empezar una nueva vida, contigo, allí en Barcelona.

Ya no pude aguantar más. La emoción estalló dentro de mí. Todos los problemas que podían habernos separado se habían esfumado gracias al esfuerzo de Dante. El muy pícaro había tramado todo aquello en secreto para darme la sorpresa que ahora me daba. Fue como si el cielo se abriera y el camino se despejara, y me sentí feliz. Plenamente feliz. Tanto que salté sobre él y lo abracé con fuerza, besándolo con todas mis ganas y mi entusiasmo. Dante me correspondió, agarrándome de la cintura y levantándome del suelo.

—Entonces... ¿cuál es tu respuesta? —preguntó con un jadeo al separarse de mis labios. Sus ojos brillaban con fuerza y su sonrisa iluminaba la noche—. Me estoy muriendo de ansiedad. Y el público también.

Había olvidado por completo a toda la gente que esperaba frente al escenario y que guardaba un silencio expectante. Dante me dejó en el suelo y le agarré de la mano, mirándole sonriente. Tiré de él y le llevé de vuelta a la tarima. Nos detuvimos ante el pedestal del micrófono y volví a carraspear. Los ojos de todo el mundo estaban fijos en mí, pero esta vez no sentí la presión horrible ni la parálisis que me habían asaltado hacía solo unos minutos.

—La respuesta es: sí.

Tal vez esperasen algo más espectacular, pero esa era yo. Odiaba las

multitudes, no me gustaba hablar en público, y la atención de la gente me ponía nerviosa. Pensé que se sentirían decepcionados, pero entonces, tras un segundo de silencio, todo el mundo estalló en vítores, silbidos y gritos de felicitación para ambos.

Dante me agarró de la cintura, me volvió con delicadeza hacia él y me besó, levantándome de nuevo del suelo mientras sellábamos nuestras intenciones con todas nuestras ganas y nuestra ilusión. Allí, bajo los vítores, los aplausos y las risas de quienes habían sido testigos, compañeros y, a veces, incluso cómplices de nuestra historia, me sentí la mujer más feliz del mundo.

Nunca me sentí incompleta sin un hombre. Me gustaba mi vida antes de que él llegase, pero ahora me gustaba aún más. Su presencia hacía los colores más brillantes, los sabores más intensos, las penas más llevaderas y las alegrías más gozosas.

La vida compartida era más fácil, y tener alguien que luchara a mi lado era una bendición a la que no iba a negarme.

Epílogo

París. Londres. Edimburgo. Viena. Budapest. Florencia.

El invierno siguiente a la pedida, nos casamos por lo civil en el ayuntamiento de Barcelona, con la presencia de la familia de Esther, y de mi madre y Gia, que vinieron desde Italia para asistir. Entre llantos ahogados y con mucha alegría, nos dimos el sí quiero durante un magnífico día soleado.

Nuestra luna de miel nos llevó por varias capitales europeas, todas con magníficos barrios antiguos llenos de edificios maravillosos que hicieron las delicias de Esther. Nos perdimos por callejuelas inhóspitas, visitamos templos emblemáticos, reímos bajo las estrellas y admiramos todas y cada una de las maravillas que se presentaban ante nuestros ojos.

Y, por fin, Venecia.

Terminamos el viaje en mi ciudad natal, durante los carnavales. El año anterior no pudimos disfrutarlo como era debido porque nuestras cabezas estaban completamente inmersas en la reconstrucción del Palazzo Della Luce y, aunque yo intenté camelar a Esther para ir a alguna de las muchas fiestas de disfraces que se celebran durante los diez días que dura, no pude convencerla de ninguna manera.

Pero, esta vez, no iba a escaparse.

Nos alojamos en nuestro hotel que, aunque ya no era nuestro, lo seguíamos sintiendo como tal. Gia se encargó de buscarnos los disfraces de pierrot y colombina, son sus respectivas máscaras elaboradas artesanalmente, y disfrutamos de la ciudad y de la fiesta.

Esther estaba radiante y no paraba de coquetear conmigo. Desde que estábamos juntos, ambos habíamos descubiertos facetas de nosotros mismos que teníamos escondidas: yo me había convertido en un responsable hombre de negocios que se levantaba cada día a las siete de la mañana, y ella en una mujer que sabía disfrutar de la vida sin dejar de ser la Esther de la que yo me había enamorado.

Nos ayudamos a encontrar el término medio a nuestras obsesiones y rompimos las máscaras tras las que nos ocultábamos.

Aquel anochecer, el último que íbamos a pasar en nuestra amada Venecia, paseábamos por el puente de Rialto. Estaba abarrotado de gente, como siempre, pero no nos importaba. Caminábamos juntos, pegados el uno al otro cerca de la balaustrada de piedra, y nos detuvimos un instante para admirar la puesta de sol que se reflejaba en el Gran Canal, dotando al agua de un tono anaranjado que hacía que pareciese en llamas.

—¿Echas de menos vivir aquí? —me preguntó ella, con voz melancólica.

—En absoluto —afirmé, y era cierto. Me había costado un poco acostumbrarme al ruido y al incesante palpitar de una ciudad como Barcelona, pero había aprendido a amarla.

—Al principio, tenía miedo de que no te adaptaras. ¡Eres tan veneciano! Sabía que tu corazón se quedaba aquí y...

—Esther, ante todo, soy un hombre enamorado. Mi corazón siempre está donde estás tú. Además, Venecia y Barcelona solo están a poco más de dos horas de avión —bromeé—. Tampoco es que esté al otro lado del mundo.

—Siempre haces lo mismo —se rio.

—¿El qué?

—Decirme algo bonito para, acto seguido, bromear. —Me puso las manos sobre los hombros y me miró a los ojos—. Soy muy feliz, Dante. ¿Lo eres tú?

—Soy el hombre más feliz del mundo. Enamorarme de ti es lo mejor que podía pasarme y...

Cortó mi frase con un beso para que no siguiera hablando. Le respondí con la pasión que se merecía.

—¿A qué ha venido esto? —le pregunté, sonriendo, cuando apartó los labios de los míos.

—Quería evitar que estropeases la declaración con una chanza. ¿Ves? No pasa nada malo.

—Sé que no pasa nada malo, pero me gusta hacerte reír.

—Y a mí me gusta reírme contigo. Me gustaría que esta luna de miel no terminara nunca —confesó, volviendo el rostro para admirar la puesta de sol—. Todo es tan... maravilloso. Quisiera poder estar viajando durante el resto de mi vida.

Dejé ir una carcajada de incredulidad mientras la abrazaba para pegarla a

mí.

—Mentirosa. Al cabo de unos días, te aburrirías y echarías de menos el trabajo. Y lo sabes.

—Supongo que tienes razón —susurró con tristeza.

—¡Eh! ¿A qué viene esa melancolía ahora? —exclamé, acariciándole la mejilla.

—No lo sé... —suspiró—. Bueno, no es verdad. Sí lo sé. Supongo.

—Esther, —le levanté el rostro empujándolo suavemente con los dedos hasta que volvió a fijar sus ojos en mí—, ¿qué ocurre?

—Que odio que las cosas no salgan como habíamos planeado.

—¿Y qué es, exactamente, lo que no ha salido como habíamos planeado? —exclamé, un poco exasperado. ¿Por qué no hablaba claro? Por mi cabeza pasaron mil cosas, todas malas, horribles, tristísimas.

—Que habíamos dicho que queríamos esperar para tener hijos, y te juro que no ha sido deliberado, pero se ve que el DIU ha fallado y...

—Espera, espera. ¿Me estás diciendo que estás embarazada?

Cuando ella asintió, el color desapareció de mi rostro.

Yo. Padre.

¡Santa Madonna!

Iba a ser un padre horrible. ¿Cómo podía llegar a ser un buen padre con la referencia que tenía? Sería como el mío, seguro, me volvería loco y lo volvería loco a él. Le arruinaría la vida. Lo machacaría sin querer como habían hecho conmigo. ¡Yo no podía ser padre! ¡No estaba preparado!

—Puedo abortar... —dijo con un hilo de voz, viendo mi reacción.

—¿Qué? ¡No! ¿Cómo se te ocurre algo así?

—Es que parece que no estás muy feliz con la idea —empezó a enfadarse.

Antes de que su genio estallara, la besé. Me apoderé de su boca y la saqué a conciencia, intentando recobrar me de la impresión.

¡Iba a ser padre!

¿No era maravilloso?

Por supuesto que sí. Lo era. Solo que...

—Estoy aterrado, Esther —confesé cuando aparté mis labios de su boca—. Eso es todo. Porque... no quiero ser como mi padre, y tengo miedo de convertirme en una copia. Dicen que los hijos perpetúan los...

—Déjate de gilipolleces, Dante. Tú no eres como tu padre. Tu carácter es completamente diferente.

—Sí, lo sé, pero...

—No hay peros que valgan. ¡Por el amor de Dios! Deberías estar saltando de alegría en lugar de estar ahí temblando como un flan.

—¡Estoy saltando de alegría!

—Ya, ya lo veo. Parece que te haya dicho que tu perro ha muerto, y no que vas a ser padre.

Padre. Papá. La sola palabra me aterraba. Iba a tener en mis manos la responsabilidad de cuidar, proteger y criar a un pequeño ser humano vulnerable e indefenso. Puse la mano sobre su tripa y cerré los ojos, imaginándome aquel pequeño ser, niño o niña, acurrucado allí dentro, creciendo, desarrollándose...

Respiré profundamente, decidido.

—Estoy feliz, aunque muerto de miedo. Esther, ¿me ayudarás a no convertirme en él? ¿Por favor? Si alguna vez hago o digo algo que...

—Te correré a gorrazos, no te preocupes —me interrumpió, sonriendo—. Pero dudo mucho que alguna vez te comportes con nuestro hijo como él hizo contigo. Tu corazón es mucho más noble que el suyo, y tienes demasiado amor aquí dentro —me puso la mano sobre el pecho—, como para cometer los mismos errores.

—Pero cometeré otros.

—Por supuesto. Ambos lo haremos. Somos humanos y eso es inevitable. Pero, si de algo estoy segura, es de que nuestro hijo crecerá en un hogar lleno de amor y comprensión, y heredará lo mejor de cada uno.

Esther tenía razón. Yo no era como mi padre, y ella no era como su madre. Una madre que había aprendido a respetar el espacio de su hija, al fin, y que no se presentaba en casa cada día con cualquier excusa tonta, y sin avisar.

—Tu madre va a estar más que dichosa.

—¡Ay, mi madre! —Le tocó el turno a ella de palidecer—. Va a volverme

loca en cuanto se lo digamos.

—Tu madre va a ser una abuela estupenda, ya lo verás. —La abracé y la besé en el pelo mientras volvíamos el rostro hacia la puesta de sol—. Soy muy feliz, Esther —confesé—. ¿Sabes que cuando te vi por primera vez, creí que eras una odiosa cascarrabias?

—¡Vaya! Yo creía que te habías enamorado de mí. Eso dijiste el día que me pediste que me casara contigo.

—Bueno, eso también. Fue algo extraño —confesé, aturdido al recordar aquel día.

—A mí me pasó lo mismo. Pensé que eras repelentemente guapo.

Solté una carcajada y volví a besarle el pelo.

—Menos mal que no nos dejamos llevar por los prejuicios y nos dimos una oportunidad.

—Los prejuicios nunca son buenos. Solo tuvimos que rascar un poco debajo de la superficie para darnos cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro. Te quiero, Dante —susurró mirándome con ojos emocionados.

—Te quiero, Esther —confesé, aturdido por el alud de sentimientos que me embargaban.

Nos amábamos y estábamos juntos, a pesar de las dificultades y de nuestras propias inseguridades. Nos amábamos, y eso nos daba la energía suficiente para luchar por nuestra felicidad.

El amor es el verdadero motor que mueve al mundo. Y, el que diga lo contrario, no sabe de qué está hablando.

Más novelas Sweetystories

RANCHO TRIPLE K

de Laia Sinclair

[Mientras esperas](#)

[Mientras sonríes](#)

[Mientras estás sola](#)

[Mientras sueñas](#)

AGENCIA DE DETECTIVES

de Laia Sinclair

[Un caso perdido](#)

[Un caso desesperado](#)

[LA DAMA DE BLACKMOORE](#)

de Eleonora Crane

[COMO CAÍDA DEL CIELO](#)

de Kattie Black

EL CLUB DE LAS CUATRO

de Angélica Bovarí

Malos presagios

Échale la culpa al Karma